ALEJANDRO CHELEN ROJAS

57983-2207

ALEJANDRO [illegible] ROJAS

HITLER CONTRA STALIN

B0D5474

VICTOR SERGE

ALEJANDRO CHELEN ROJAS

HITLER
contra
STALIN

La fase decisiva de la guerra mundial

TRADUCCION DE
Enrique Adroher

Este libro fue donado a
la Biblioteca Nacional de Chile
por el parlamentario y escritor
ALEJANDRO CHELÉN ROJAS

EDICIONES QUETZAL, S. A.
MEXICO, D. F.

205841

Primera edición, 1941

Queda hecho el depósito que marca la ley. - Copyright by Ediciones Quetzal, S. A.

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO
POR
EDICIONES QUETZAL, S. A.
PASAJE ITURBIDE, 18 — MEXICO, D. F.

INTRODUCCION

El objeto de este libro es el de plantear, con rigurosa objetividad, los problemas de la guerra de Rusia, con la que la segunda guerra mundial nos parece entrar en su fase decisiva. Escrito durante las batallas, en momentos en que no ha podido producirse todavía ninguna decisión, nos hemos esforzado por suministrarle al lector una documentación y unos puntos de vista de conjunto, de una importancia más duradera que la de la simple actualidad. Hemos tratado de esclarecer el presente, gracias al pasado reciente, y de establecer nuestras previsiones, en la medida en que la propia naturaleza de las cosas nos permite —y nos obliga— a hacerlo.

Nuestra objetividad no tiene nada que ver con la de los timoratos o los neutrales, para los cuales la verdad cambia de faz conforme a las circunstancias; la nuestra tiene por base la constante preocupación de defender al hombre y a la verdad, ya que el uno y la otra no pueden salvarse más que por sí mismos. La verdadera objetividad no puede ser aquella al servicio de intereses circunstanciales, mediante el sacrificio de los intereses superiores.

Dedico esta primera obra, escrita en América, a los combatientes y a los constructores de la Revolución Mexicana.

V. S.

Ciudad Trujillo (Rep. Dominicana),
Agosto de 1941.

CAPITULO I.

LAS VICTORIAS TIENEN HAMBRE

Es bastante difícil señalar un punto de partida exacto a la segunda guerra mundial. Quizá con el tiempo el tratado de Versalles, firmado en 1919, no sea considerado más que como una tregua en las guerras de decadencia o de renovación revolucionaria de Europa (según sean unos u otros los resultados). Desde el punto de vista estratégico de las potencias rivales, consideramos el 19 de julio de 1936 como la primera fecha de la guerra: en aquellos días, mientras Franco iniciaba la guerra civil en España, aviones Caproni despegaban en Italia para sostenerle ... La segunda fecha memorable es, incuestionablemente, la de la firma del pacto Hitler-Stalin, en Moscú, el 21 de agosto de 1939.

Durante cinco años, la URSS había mantenido una política de estrecha colaboración con las potencias democráticas, con Francia e Inglaterra, y daba su adhesión a la Sociedad de las Naciones. Litvinov, en el seno de este organismo, preconizaba incansablemente la seguridad colectiva. Estaba unida a Checoeslovaquia y a Francia por pactos

que equivalían casi a verdaderas alianzas militares. De la denuncia incesante de los atropellos sancionados por el tratado de Versalles había pasado a la defensa del **statu quo** de Europa. Estaba a punto de negociar un pacto tripartita con Francia e Inglaterra, alarmadas por el aplastamiento incruento de Checoeslovaquia. Delegaciones de los Estados Mayores británico y francés negociaban, incluso en el mismo Moscú, con Vorochilov y sus peritos. En fin, la agitación comunista en el mundo entero denunciaba al fascismo como al más bárbaro de los despotismos...

Por otra parte, el III Reich e Italia se habían unido al Japón por el pacto antikomintern y como la residencia del Komintern era precisamente Moscú, el hecho constituía algo más que una simple afirmación de principios.

Esta era la situación cuando se tuvo conocimiento, con el consiguiente estupor, de la firma en Moscú de un acuerdo germano-ruso, negociado en secreto, al mismo tiempo que se negociaba abiertamente con Londres y París. En la forma no era sino un pacto de no-agresión, pero concebido en términos tan pérfidamente claros que apareció inmediatamente ante el mundo bajo su verdadero aspecto. La URSS staliniana y la Alemania nazi se habían puesto de acuerdo para el desmembramiento de Polonia; la URSS dejaba manos libres al III Reich; desviaba la guerra de sus fronteras hacia el occidente; ante el dilema en que se encontraba, se había pronunciado por la alianza de hecho con el nazismo. Desde este momento Hitler podía iniciar el ataque. Más adelante, volveremos a referirnos a las causas y a los diversos aspectos del pacto de Moscú. Constatemos, por el momento, que una semana más tarde las divisiones motorizadas del General von Brauchitsch entraban en Polonia.

A partir del pacto de Moscú, el III Reich tenía las ma-

jores oportunidades de ganar la guerra sobre el continente. Unido a Italia, pasaba a constituir, en la Europa central, un bloque de 120 millones de habitantes, que amenazaba sobre dos fronteras a una Francia de 42 millones de almas; la Gran Bretaña, insular, apenas si iniciaba la movilización de sus 48 millones de habitantes (un total, en las filas aliadas, de 90 millones de almas). No concedemos a estas cifras masivas más que una importancia simbólica; en aquella fecha, la superioridad industrial y militar del Eje era todavía mayor. Ya debían, en realidad, haber ganado los alemanes la primera guerra mundial. Si la perdieron fué a causa de la participación rusa y de la intervención americana. La victoria del Marne fué sólo posible gracias a que millares y millares de mujiks se hacían matar en los pantanos de la Prusia oriental. La ocupación de Ukrania, en 1918, privó al alto mando alemán de fuerzas que le eran indispensables en los campos de batalla de Francia. Por esto, la neutralidad bienhechora y amistosa de la URSS, con sus 180 millones de habitantes, se convertía para Hitler en una prenda de victoria. El cálculo se ha demostrado justo.

Ahora, menos de dos años después de la firma del pacto, tras de haber desmentido el 6 de junio los rumores que anunciaban el conflicto germanoruso, el III Reich declara, de repente, la guerra a la Unión Soviética (22 de junio de 1941).

Esta guerra, cuyos fines económicos —la conquista de las riquezas natuales de la URSS— saltan a la vista, parecía querer ser evitada o diferida lo más posible por el Imperio nazi. Su estrategia, infinitamente prudente, se orientaba sólo y alternativamente hacia países débiles y vencidos por anticipado. Después le vimos retroceder ante la única gran empresa que llevaba consigo verdaderos pe-

ligros: la invasión de las Islas Británicas, que podía haber sido intentado con verdaderas posibilidades de éxito a la mañana siguiente del desastre de Francia. Hoy, le vemos recomenzar la más dura de las campañas napoleónicas. Por grande que sea la superioridad técnica y militar de Alemania, la URSS no podrá ser ni por entero ocupada ni definitivamente vencida, aun con el posible concurso ulterior del Japón. Hitler revela, de repente, al pueblo alemán, que se encuentra en guerra con la mayor parte del mundo civilizado; es arrojar a las masas el más peligroso fermento de desmoralización. Es renunciar a una enorme ventaja psicológica. Los hombres cuentan, incluso en los ejércitos mejor motorizados. No hay que olvidar que los alemanes han luchado de firme hasta la fecha porque, seguramente en el fondo, se sentían de acuerdo consigo mismos, porque tenían la sensación de llevar a cabo una guerra justa y necesaria. Pueblo pobre, combatía contra pueblos ricos, que le habían impuesto duros tratados. Tomaba su desquite, creía poder ganar algo con una victoria. Hitler ha volcado actualmente sus ejércitos contra un pueblo más pobre que el alemán, contra el pueblo que más ha luchado y más ha sufrido en el transcurso de los últimos veinte años, contra un pueblo con el cual simpatizan profundamente más de la mitad de los alemanes. Comunistas, socialistas, hombres de todas las tendencias de izquierda, no participarán en la campaña de Rusia sin un profundo sentimiento de revuelta. Contra las "plutocracias", el nazismo podía conseguir una cierta unanimidad; contra el pueblo ruso, contra el socialismo, el bolchevismo e incluso el stalinismo, ello ya no es posible. La guerra contra la Unión Soviética abre en Alemania una crisis moral. La Unión Soviética es mucho más de temer y mucho menos vulnerable

para el imperio nazi en su potencia social que en la de sus ejércitos.

Hitler podía iniciar esta guerra con muchas más posibilidades de éxito en 1939 que hoy, con una Rusia menos armada y pudiendo contar con el beneficio de la neutralidad —hasta cierta medida bienhechora— de la Gran Bretaña y de Francia. La burguesía de las dos democracias occidentales no deseaba otra cosa que esta salida a la crisis europea. Pero antes que una guerra social al Este, los dirigentes nazis, conocedores del peligro que lleva consigo el manejo de ciertos explosivos, prefirieron el choque con las potencias occidentales. ¿Qué otras razones superiores han determinado ahora su nueva actitud?

No vemos otra que ésta: la penuria creciente en víveres, en materias primas y en carburante. Un imperio nazi victorioso en el continente, que hubiese impuesto a sus enemigos una paz ventajosa, dictaría evidentemente a la URSS agrícola, sus condiciones de "colaboración económica". Y no habría manera de rechazarlas. Si el imperio nazi tuviese la menor posibilidad de imponer, a través de nuevas victorias, una paz de compromiso ventajoso a la Gran Bretaña (y, de hecho, a los Estados Unidos), continuaría este intento, dispuesto a volcarse en seguida contra la URSS. Ninguna acción decisiva parece posible a sus Estados Mayores antes del crudo invierno del tercer año de guerra. Y los expertos economistas han venido a comunicar a sus jefes que era preciso encontrar, a toda costa, y **antes de este invierno,** cereales, forrajes, materias grasas, minerales, combustibles y carburante. Ni una semana que perder; imposible ya de orillar el peor de los riesgos, o la situación amenaza convertirse pronto en catastrófica. He ahí la explicación. A partir de la primavera de 1940, los informes recibidos por diferentes conductos nos presentaban un país

dividido y descontento, donde sólo la juventud, perfectamente encuadrada por las organizaciones totalitarias, marchaba con verdadero entusiasmo; en la clase obrera, en cambio, igual que en la burguesía, comenzaban a surgir estados de ánimo semejantes a los de "1917-1918". El saqueo de Francia alivió a Alemania durante todo un invierno. Pero ya no queda nada que saquear en Europa; la guerra se eterniza y los Estados Unidos vuelcan en la contienda todo el peso de su utillaje y de sus riquezas fabulosas. De tres a cuatro millones de jóvenes alemanes llevan dos años combatiendo y de veinte a treinta millones de trabajadores llevan dos años trabajando diez horas diarias, apretándose el cinto y sin más consuelo que la palabra del Fuhrer . . . Las victorias tienen hambre. ¿Cómo poder alimentarlas?

Todo parece demostrar que Hitler no ha podido ya diferir más el acontecimiento. Ninguna posibilidad de elegir. Después de octubre, los fríos se apoderan de Rusia; había que actuar con rapidez para poder aprovechar los meses de verano. ¡Ni siquiera la posibilidad de elegir la hora! Stalin se encontraba en el mismo callejón sin salida. Obsesionado desde años por el terror a esta guerra, no dudamos que habrá intentado hasta el último momento conseguir una capitulación económica soportable. Sir Stafford Cripps, embajador de la Gran Bretaña, abandonaba Moscú el 11 de junio, completamente desalentado, pues Stalin parecía dispuesto a mantener, en este peligro mortal, su colaboración con el Imperio nazi. Periódicos ingleses hubo que dejaron entrever claramente la entrada en guerra de la URSS al lado de Alemania. Once días después, Maisky, embajador de Stalin en Londres, solicitaba enloquecido la ayuda del gobierno británico . . . Y es que Hitler no tiene ninguna necesidad del material humano del

Ejército Rojo —que por otra parte hay que alimentar—. Hitler no tiene ninguna necesidad de hombres; pero Stalin tampoco podía darle el petróleo y el trigo que exigía sin sumergir a Rusia una vez más en el hambre. Los excedentes de producción de la URSS, consagrados a la exportación, son de muy poca importancia; para satisfacer las exigencias de Alemania hubiera sido preciso echar mano de lo imprescindible: rehusar el trigo de Ucrania a la población del norte de Rusia y cortar a la agricultura motorizada el suministro en carburante. Ni el Fuhrer ni el "Jefe genial" tenían, en realidad, nada que decidir: habían dejado de pertenecerse a sí mismos.

•

CAPITULO II.

VERSALLES Y WEIMAR

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII la revolución industrial comienza a transformar rápidamente el mundo. En Inglaterra, la clase mercantil y manufacturera se asegura, con Cromwell, el predominio político desde 1640. En Francia, la burguesía decapita a la nobleza en 1789-93 y conserva el poder en sus manos. El artesanado deja rápidamente paso a la manufactura; nuevas máquinas aparecen todos los años. A comienzos del siglo XIX, Francia e Inglaterra son ya, con un proletariado en formación, grandes países capitalistas cuyas flotas, lo mismo que las de Portugal y Holanda, surcan todos los mares del mundo. En 1848, la revolución burguesa es derrotada en Alemania, que continúa siendo un país atrasado, dividido en varias docenas de pequeños Estados semifeudales. No consigue realizar su unidad hasta Bismark, con la victoria conseguida en 1870 sobre Napoleón III, es decir, sobre la burguesía francesa. Es en este momento que Alemania asciende al rango de gran potencia; su desarrollo industrial es más impresionante por el hecho de llegar con retraso

al campo de la concurrencia mundial. Levantando fábricas y astilleros en una época en que Inglaterra trabaja ya con un utillaje envejecido, fácil de superar en muchos casos, Alemania, por el hecho de su atraso industrial, se transforma en la mejor y más potente fábrica de Europa. Por análogas razones la industria americana, la última venida al mundo, demuestra hoy su poderío. La Alemania de Guillermo II llega demasiado tarde a los mares, en el momento en que los intercambios internacionales y la búsqueda de materias primas y de mercados que absorban los excedentes de producción, se convierten en fundamentales para la vida de las naciones. Sólo puede conseguir unas pocas y pobres colonias en Africa y algunas islas en el Pacífico. A partir de 1910, Europa entera se prepara para la guerra, para una guerra que debe decidir el reparto del mundo y el dominio del mar, es decir, de las grandes rutas comerciales del mundo.

No señalaremos de la primera guerra mundial más que los hechos fundamentales. Los Imperios centrales, Alemania y Austria Hungría, combaten durante cuatro años contra Francia, Gran Bretaña, Rusia, Italia, Estados Unidos y otros pequeños Estados, como Bélgica y Servia. Consiguen deslumbradoras victorias: invaden el norte de Francia, Bélgica, Servia, la Polonia rusa y, más tarde, la Ucrania. Gracias a una guerra submarina despiadada, amenazan con el hambre a las Islas Británicas. Y se hunden, repentinamente, en plena ofensiva victoriosa. Un terrible golpe de los ejércitos dirigidos por Hindenbourg y Luddendorf, acaba de situarles en Chateauthierry, sobre los flancos de París. Tomaban nuevos alientos cuando los franceses atacaron a su vez (fines de julio de 1918); después, los ingleses en la Picardía y el Somme, con una nueva arma de combate: los carros de asalto. Se hundieron, porque en el inte-

rior de Alemania y Austria Hungría la situación se había convertido en insostenible; los pueblos, desesperados, no querían combatir más. Luddendorf, recorriendo uno de los campos de batalla, se ve rodeado de soldados que a gritos le dicen que están hartos de guerra. Es **el día negro** del ejército alemán y tiene lugar apenas transcurrido un año de los primeros llamamientos de la revolución rusa, nueve meses después de la toma del poder por los bolcheviques.

Fines de 1918: las revoluciones irrumpen en Europa, no respetando más que las fronteras, erizadas de alambre de espino, de los países victoriosos. Austria Hungría se descompone en múltiples nacionalidades; Alemania se da un Gobierno socialdemócrata; Bulgaria se lanza por los caminos de una revolución campesina; Turquía, por los de una revolución nacional ... Se calcula que la guerra mundial ha costado a la humanidad 12.930,571 muertos, unos veinte millones de fallecidos por subalimentación, epidemias y otras causas diversas, y las destrucciones son evaluadas en 331,612 millones de dólares oro. Estas pérdidas equivalen a la destrucción completa de un gran país civilizado, rico y provisto de elevada cultura, del que no hubiese quedado ni un solo habitante, ni una sola herramienta, ni un solo campo cultivado ... La inteligencia, que no consiente verse desarmada ante hechos tan monstruosos, se acordará de que los socialistas habían anunciado la catástrofe y preconizado una reorganización social e internacional susceptible de evitarla, pero no eran los más fuertes; otros llevaban las riendas del mundo, y los socialistas se doblegaron y sufrieron.

Hacia 1919-1920 se termina un nuevo reparto del mundo, muy distinto del que había sido previsto. Los tratados de Versalles, de Saint Germain, del Trianon, de París de Sevres, arrebatan a Alemania sus colonias; devuelven

a Francia la Alsacia Lorena perdida en 1871; desmiembran la monarquía habsburguesa; crean nuevos Estados independientes: Polonia, Checoeslovaquia; amplían la antigua Servia, que se convierte en Yugoeslavia; amplían Rumania; recortan Turquía (aunque este último tratado, el de Sevres, no llega jamás a ser aplicado, ya que para ello sería necesario recomenzar la guerra contra los turcos y, en 1920, nadie quiere ya combatir, a menos de no ser por las banderas rojas). A fin de reparar las devastaciones cometidas por sus ejércitos, Alemania pagará 90 mil millones de marcos oro en 30 anualidades. Y, a fin de disminuir su poder, los autores del tratado de Versalles, forman una Austria independiente, manifiestamente insostenible. Por razones estratégicas, atribuyen a Checoeslovaquia los montes Sudetas, poblados por unos 2 millones de alemanes. Por miedo a una revolución socialista, consienten a Alemania un pequeño ejército profesional de 100,000 hombres, convenientemente armados. Los nuevos Estados multiplican, en la Europa central, en países de vieja civilización, a la vez agrícolas e industriales, y donde la colaboración económica es una necesidad vital, las fronteras aduaneras. Fundados sobre el principio de las nacionalidades, los nuevos Estados nacionales son, en realidad, mosaicos de nacionalidades descontentas. Europa resulta completamente balcanizada. Dos hombres demuestran con energía que estos tratados no la dejarán vivir: uno liberal, el economista inglés John Manard Keynes, y un socialista revolucionario, Lenin. Pero Poincaré responde con sequedad: "Alemania pagará".

Las líneas del reparto del mundo trazadas en Versalles no son las únicas. La revolución rusa, bajo el régimen de la "dictadura del proletariado", nacionaliza todos los medios de producción y de transporte, nacionaliza la tierra

que reparte entre los campesinos e intenta crear, en medio del mayor entusiasmo, una nueva sociedad, revelándose, sobre las ruinas del antiguo régimen imperial y en un país devastado por la guerra, como dotado de una energía prodigiosa. Rusia se opone al mundo capitalista. Por otra parte, las potencias victoriosas se llenan de deudas respecto de los Estados Unidos, para los que la guerra ha resultado el más brillante de los negocios. En el otro extremo del mundo, el Japón, ha logrado también enriquecer su patrimonio.

Los tratados de 1919 intentaban consolidar Europa agravando, al mismo tiempo, el estado de cosas que había hecho posible la guerra. En este sentido resultaron, en lo que a los hombres de Estado y a la gran burguesía se refiere, verdaderas obras maestras de ceguera y de impotencia. El espíritu que determinaba su acción parecía completamente incapaz de concebir soluciones nuevas, incapaz de un movimiento de generosidad o de valor. Que la Europa central, aparte la historia y la geografía, constituye un conjunto que no puede ser recortado a voluntad: que la economía condiciona ampliamente la geografía política: que las masas manifiestan nuevas aspiraciones y nuevas necesidades; que se hace imprecindible encontrar un **nuevo** equilibrio social de todo esto, parece que los autores del tratado de Versalles no quisieron saber nada. La mayor parte de ellos eran hombres de edad, formados en la buena época de la concurrencia capitalista, envejecidos bajo el imperialismo cuyo carácter no se habían tomado la pena de estudiar; y así se llega a una nueva fase de la historia en la que el mismo imperialismo resulta superado: la concurrencia victoriosa de los grandes imperios gobernados por los **trusts** y la alta Banca no podía ya asegurar el equilibrio interior de las naciones ni su equilibrio internacional.

Los años que siguen a la firma del tratado de Versalles están repletos de convulsiones sociales. Un nuevo orden intenta nacer, pero las clases dirigentes lo ahogan. Regueros de sangre corren sobre los empedrados de las ciudades de Alemania, de Hungría, de Italia, de los Balcanes. El hogar y la conciencia socialista de esta revolución creciente estaba en Rusia. En cambio, nada tan lamentable como la capitulación de la socialdemocracia oficial alemana. Estaba dirigida por unos millares de diputados, de consejeros municipales, de funcionarios sindicales y de administradores de cooperativas que se habían convertido, en medio del confort y de la prosperidad imperial, en instrumentos de la propia burguesía. Ligados sinceramente a los intereses de la clase obrera, habían conseguido mejorar, en la época del desarrollo industrial, las condiciones de vida de aquélla. Pero se agarraban a las viejas situaciones conquistadas, creyéndose socialistas, de la misma manera que los comerciantes se creen cristianos por el hecho de asistir a misa todos los domingos. Cuando los marinos, los soldados y los obreros amotinados levantaron de repente, en noviembre de 1918, sus banderas rojas, y cuando huía el Emperador camino de Holanda, el poder de Alemania pasó íntegramente a sus manos, ya que no había nadie más para tomarlo. Su única preocupación, lo han reconocido múltiples veces, fué la de "limitar los estragos". Temían, por encima de todos los gastos generosos de una revolución violenta (los mejores se habían limitado a esperar durante años la llegada de una revolución pacífica). Los padecimientos de una Rusia despedazada por las atrocidades de la guerra civil les confirmaba en su sentimiento; las amenazas de los Aliados, cuyas tropas seguían vigilantes sobre el Rhin, completaban la inculcación de una prudencia estrictamente burguesa. Llevaron a cabo, con buena voluntad, una política de cum-

plimiento del tratado de Versalles (luego, de pago de reparaciones), de represión del movimiento revolucionario y de estabilización de una democracia, a pesar de todo blandamente socializante, demasiado liberal. Como era fácil prever, todo esto debía volverse contra ellos. La reacción, cuya ayuda solicitaban durante las insurrecciones espartaquistas, les denunciaba como a los ejecutores serviles del tratado de opresión; la represión de la izquierda, les presentaba como el blanco de los odios de la vanguardia más enérgica de la clase obrera, escindiéndola mortalmente; las libertades democráticas permitían a las ligas militares y después a los partidos antidemocráticos financiados por la gran industria, el tomar impulso en medio de la desmoralización general. Fué el socialdemócrata Noske el que, en 1919, se puso al frente de las bandas monárquicas para ahogar en sangre una insurrección obrera socialista que acababa de rozar la victoria. Entonces cayeron, asesinados por oficiales cuyo crimen permaneció impune, los dos mejores cerebros del socialismo alemán: Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. El ex prefecto de policía socialdemócrata de Berlín, Grzezinski, relata en cambio, que en 1932, el Gobierno socialdemócrata de Prusia rehusó, por respeto a la legalidad democrática, la prohibición de la prensa nazi... Este fué el régimen de la Constitución de Weimar. En su conjunto, puede afirmarse que correspondía, aproximadamente, a las ideas y a los sentimientos del alemán medio e incluso de la mayoría del proletariado. "Ni reacción ni revolución". Se tenía pánico a los trastornos; se creía que todo acabaría por arreglarse; se vivía sobre un fondo de optimismo fácil, procedente aún de la pre-guerra.

CAPITULO III

ANTES LUDDENDORF...

Mientras la Alemania derrotada iba de crisis en crisis bajo la doble carga de Versalles y de sus propios trusts y konzerns, cuya concentración se convertía en fabulosa, la revolución rusa seguía una curva francamente ascendente, en medio de los mayores sufrimientos y de la más épica de las luchas. La historia sombría de los últimos diez años apaga hoy estos recuerdos; pero ellos continúan, registran hechos hacia los que será preciso volver quizá el día de mañana. La insurrección bolchevique funda el régimen de los Soviets en un país agotado por la guerra. Las grandes medidas tendientes a la nacionalización de las industrias y de los bancos encuentran, en los restos de las clases poseedoras, una resistencia sin piedad: huelga de técnicos, sediciones, guerras civiles, traiciones, llamamiento a la intervención extranjera, sea la de los Aliados o la de los enemigos de ayer, poco importa. Según esperen recibir ametralladoras de aquí o de allá, los generales blancos se dicen, alternativamente, germanófilos o aliadófilos, como por ejemplo Krasnov, atamán del Don. Por segunda vez en

la historia, después de la huída de los emigrados franceses a Coblenza, en 1790, se demuestra que las clases privilegiadas así que sus intereses vitales entran en juego, pierden toda clase de patriotismo y se revelan dispuestas a todas las traiciones. La fuerza moral de las naciones no reside precisamente en ellas mismas. Durante cuatro años, 1918-21, la República de los Obreros y de los Campesinos —es el nombre que orgullosa y justamente se da a sí misma—, levanta ejércitos de la nada; domina el hambre, los terribles inviernos de hambre y de epidemias, sin medicamentos ni combustible; expulsa a los franceses y a los rumanos de Odesa, a los británicos de Arkangel y de Transkaspia, a los turcos del Cáucaso, a los japoneses de Vladivostock; aplasta sucesivamente a todos los ejércitos blancos levantados contra ella con las armas proporcionadas por Inglaterra y Francia: Miller sobre el Mar Blanco, Youdenitch en las inmediaciones de Petrogrado, Denikin en el corazón de Rusia, el Almirante Kolchack en la misma Siberia. Y estos prodigios son realizados mientras el bloqueo decretado contra ella en París y Londres obliga a privaciones inmensas que ocasionan millones de víctimas, muchas más, indiscutiblemente, que las producidas por el terror, el terror obligado por el llamamiento a las intervenciones extranjeras. Asegurada la victoria, después de la guerra con Polonia los Soviets —estos existen—, consiguen poner nuevamente en marcha, bajo su propia dirección. formada por obreros revolucionarios, la industria y los transportes, con tal éxito que, en 1925-26, el nivel de consumo por cabeza de habitante alcanza, y en cierta medida comienza a sobrepasar, el de la pre-guerra. La "capacidad política de las clases obreras", para emplear la expresión de Proudhon, parece suficientemente demostrada. En esta época, Rusia se convierte en un hogar de ideas, de esperanzas y de creación intelec

tual hacia el que se dirigen las miradas del mundo entero. Comienza a producir grandes obras, nuevos escritores; se ofrece como ejemplo viviente. Se concede y se reconoce que ella está gobernada por hombres de buena fe, enérgicos, duros en el combate, incansables en el trabajo, despojados de las viejas ambiciones... En primera fila, tres cabezas para nombrar sólo las más altas: Lenin, Trotski, Bujarin. Son los grandes animadores, los teóricos de la "marcha hacia el socialismo".

Saben muy bien, lo dicen y lo subrayan en infinidad de circunstancias, que la Rusia agrícola, retrasada en su desarrollo económico con relación a los países de la Europa central y occidental, no está madura para darse un régimen socialista. No se socializa ni la miseria ni una agricultura que se encuentra, en ciertas regiones, en la etapa de la carreta de bueyes. Tomaron el poder: 1) porque el capitalismo se hundía en el descrédito y en la total desorganización; 2) porque las masas populares tomaban espontáneamente el poder y no había más remedio que darles una dirección consciente; 3) porque se dibujaba sobre el país la sombra de una dictadura militar, que no podía encontrar a los problemas económicos más que soluciones de represión, de terror (contra las masas), de esclavitud y, más tarde, de marcha a la guerra, y 4) porque, convencidos de la inminencia de una revolución socialista en Europa, cumplían de esta manera con su deber de internacionalistas. "Si es preciso sacrificar la revolución rusa a la revolución alemana —que presenta muchas más probabilidades de éxito—, dijo un día Lenin, no dudaríamos en hacerlo". (Citado de memoria).

La fundación de la III Internacional, lo mismo que toda la táctica de expansión revolucionaria de los primeros años, responden a estas preocupaciones. Los mar-

xistas rusos consideran que la Europa de Versalles no es viable, que la República de Weimar es un edificio político híbrido y transitorio, que la República de los Soviets está condenada si permanece rodeada de Estados capitalistas. Ven lejos y juegan fuerte. Su deseo consiste en actuar de comadronas, de la manera que sea, de la revolución alemana. Bajo regímenes socialistas, la Alemania industrial y la Rusia agrícola, sosteniéndose mútuamente, serán salvadas de la miseria, de la reacción y de la guerra. Las riquezas naturales de Rusia, sus riquezas agrícolas, las riquezas industriales de Alemania, su formidable capacidad de producción, una vez unidas, acabarán con la superproducción de la una y el subconsumo de la otra. La Federación soicalista puede asegurar inmédiatamente a sus habitantes, un aumento general de bienestar; de golpe, se transforma en una potencia tan considerable —del Mar del Japón al Rin—, que no tiene ninguna necesidad de transformarse en una potencia militar. ¿Quién se atreverá a amenazarla? Es evidente que pronto atraerá bajo su órbita a los pequeños países de la Europa central y meridional (Bulgaria e Italia parecen maduras para la misma revolución). Su grandiosidad económica y su resplandor moral asegurarán su invencibilidad. Los hombres, en lugar de fabricar cañones, empezarán, por fin, a trabajar por una vida más digna.

Este vasto destino de la revolución europea, cuyo éxito hubiera cambiado la faz del mundo (y, sobre todo, hecho imposible la reacción stalinista en Rusia), fracasa por tres veces: en 1920, en 1923, en 1933. En 1920, el Mariscal Pilsudski, aliado de Francia, considerando la República de los Soviets al final de sus fuerzas, invade la Ucrania, llega hasta Kiev y es derrotado por los ejércitos de Trotski, al mando de Tujatchevski. El Ejército Rojo llega

hasta las puertas de Varsovia, donde Weygand y Pilsudski le inflingen una gran derrota. El intento de llevar la revolución de Polonia, y después a Alemania, en la punta de las bayonetas, sufre un grave quebranto.

En 1923, la gran industria y la alta Banca alemanas se niegan a pagar por más tiempo las reparaciones debidas a los Aliados, provocando la ocupación de Renania por el ejército francés y una crisis inflacionista que sitúa al país al borde de la misma revolución; pero la clase obrera está dividida, los socialdemócratas, que siguen siendo la mayoría, retroceden ante los peligros y los gastos de la batalla por el poder. El movimiento aborta y es en este momento cuando vemos salir de la obscuridad, en el putsch ridículo de Munich, al insignificante partido "nacional socialista", obra de un agitador retribuído por las organizaciones militares clandestinas, que se llama Adolfo Hitler. A través de todos estos acontecimientos, los 100,000 hombres de la Reichswehr, magníficamente armados y organizados bajo los ojos protectores de las comisiones interaliadas, aparecen como una fuerza suficiente para contener al proletariado alemán. La presión diplomática, económica y financiera de las potencias victoriosas se ejerce sin parar en el mismo sentido. Cuando tenían lugar las discusiones de Versalles, referentes a la oportunidad o no de dejar a Alemania un pequeño ejército profesional, parece que el Mariscal Foch pronunció la siguiente exclamación: "Antes Luddendorf que Liebknecht..." La Reichswehr, instrumento de la reacción, se convierte en una escuela militar rodeada de organizaciones ocultas, que multiplican indirectamente sus efectivos. Es el núcleo del futuro ejército alemán. Y durante el motín de Munich se pudo ver en la calle al viejo Luddendorf, teórico y jefe del insignificante partido nazi,

marchar tranquilamente frente a la tropa, mientras Hitler se agachaba rápido sobre el empedrado. Lo que sembraba Foch en Versalles debía recogerlo veinte años más tarde Weygand en el Somme . . .

CAPITULO IV

DOS FENOMENOS PARALELOS: STALIN, HITLER

La derrota de la revolución alemana en 1923 abre la crisis del partido comunista ruso. ¿Qué hacer si la revolución alemana no es posible, si la URSS se ve obligada a vivir aislada? ¿No resultará más prudente replegarse sobre sí misma, buscar en el interior la solución de los problemas económicos planteados por el desequilibrio de una industria débil en un gran país agrícola? Sólo en esta manera de esbozar el problema se encuentran ya los puntos fundamentales de la doctrina del socialismo en un solo país. Por otra parte, la oposición reclama la democratización del régimen, la vuelta a las tradiciones de los comienzos de la revolución, mientras que los recién llegados, que nutren las filas de la burocracia, tienen la tendencia a mantener una especie de estado de sitio, que no es otra cosa que la justificación de su dictadura, porque se sienten demasiado vulnerables a la crítica. Pero en el caso de que la URSS decida acomodarse a vivir largo tiempo rodeada de enemigos necesitará ser armada, armarse continuamente. ¿Es que es éste el momento de

levantar el estado de sitio? Además, si hay que renunciar a la colaboración de la técnica alemana e intentar crear, sin créditos extranjeros, una nueva industria, ¿cuantas privaciones no será preciso imponer a las masas? y ¿es que será éste precisamente el momento de concederles la libertad de palabra? Semejantes argumentos de la burocracia parecen hijos del buen sentido. En realidad, carecen de todo valor. En medio de estas dificultades, la verdadera fuerza del nuevo régimen debería residir en la colaboración estrecha de sus ciudadanos. Un pueblo invitado a trabajar de firme y con miras al porvenir, aceptará mejor las privaciones presentes si se siente comprendido. Pero es evidente que será difícil de gobernar en el caso contrario, y ello no es una cuestión de poca monta en un país pobre, en el que la participación en el poder implica ventajas materiales modestas, aunque reales. El país se muestra más bien pasivo. Empieza a vivirse mejor. Se quiere trabajar en paz y el contorno de los grandes problemas se desdibuja de día en día. Después de la tensión nerviosa y del entusiasmo de los años revolucionarios, tiene lugar una fuerte reacción psicológica. Las discusiones se eternizan en el seno del Partido, a través de citas completamente ininteligibles para el hombre de la calle. La burocracia consigue imponerse fácilmente sobre la pequeña minoría, que piensa y que reúne a la mayoría de los cuadros del partido y a más de la mitad de los vencedores de la guerra civil. A partir de 1924, inmediatamente después de la muerte de Lenin, Zinoviev, Kamenev y Stalin apartan del poder al más calificado de los líderes de la oposición: a Trotski. Después, cada nueva agravación de la situación económica reproduce las discusiones y reafirma el poder de la burocracia. En 1927, la revolución china despierta nuevas esperanzas: aliada a

la China roja, la URSS puede aun salvarse; ya no podrá ser ahogada en el interior de sus fronteras. Pero la colaboración de Stalin con Chang-Kai-Shek conduce a la matanza de los obreros comunistas de Shanghai, decretada por el mismo general chino. El presidente de la III Internacional, Zinoviev, y Kamenev, el ejecutor testamentario de Lenin, son excluídos del Partido con Trotski y otros muchos militantes destacados. Stalin gobierna con la "derecha", Rykov y Bujarin. Esta derecha intenta halagar a los campesinos, a fin de conseguir una cierta acumulación espontánea de riquezas. Pero es ya demasiado tarde. De repente, en 1928, se produce una seria crisis de trigo, cuando los campesinos dejan de entregar el grano al Estado, que lo paga a un precio demasiado bajo y que no les proporciona suficientes artículos manufacturados. ¿De dónde sacar los artículos manufacturados? ¿De dónde sacar los recursos necesarios para construir las fábricas que producirán algún día artículos manufacturados? ¿Cómo detener la crisis del trigo? ¿Cómo hacer frente a estos peligros, con un partido decapitado de sus mejores cabezas, reducido al silencio y cada vez más descontento? Stalin, preocupado más que nada por la conservación del poder, apoyándose en la casta de funcionarios que representa —más impopular cada día—, expulsa a la "derecha" del Gobierno y declara la guerra a los campesinos.

El primer plan quinquenal de industrialización es concebido y aplicado en las condiciones más deplorables: reacción en el interior, eliminación de la vieja selección del partido, fracasos sangrientos de la Internacional Comunista en China, conflictos con los campesinos, necesidad de armarse... Y viene a coincidir precisamente con la crisis económica mundial de 1929. Con una pequeña

diferencia: que mientras el mundo capitalista sufre una crisis de superproducción, que determina el paro forzoso de millones de hombres, Rusia sufre una crisis de subconsumo, que la hunde en el hambre. Precisamente es en este momento cuando el régimen stalinista consigue su pleno desarrollo. Es lo que nosotros llamamos el Termidor Soviético, término que estuvo de moda en la Rusia de aquellos días: la contrarrevolución burocrática cristaliza sobre el terreno conquistado por la revolución socialista. ¿Acaso el stalinismo se encontraba ya en germen en el bolchevismo, del que procede? Se encontraba ya en él, de la misma manera que multitud de enfermedades están en germen en todo organismo sano. El bolchevismo contenía, también en germen, un humanismo nuevo y una doctrina libertaria del Estado; pero estos gérmenes fueron eliminados por los de la intolerancia y el despotismo, no en virtud de ningún fatalismo interior, inherente a las ideas o a los hombres, sino como consecuencia de una serie de circunstancias históricas que crearon un terreno favorable a ciertos gérmenes y fueron mortales para ciertos otros.

El Estado staliniano, desde 1929, dos años después del golpe de Estado que convirtió a Stalin en el Jefe del Partido, poco puede dar a los campesinos, a los que necesita arrancar en cambio, para la industrialización y para el armamento, materias primas y cereales. Espoliados, ¿cómo es posible obligarles a trabajar la tierra, a sembrar, a recoger . . .? Ya no tienen ningún interés en ello. Para obligarles, será necesario agruparles en cooperativas agrícolas, dirigidas y controladas por funcionarios comunistas. Pero, ¿y si resisten? Stalin decretará entonces la expropiación y la deportación de los kulaks, es decir, de los campesinos ricos —y así serán califica-

dos todos los que resistan—, y la colectivización será total y obligatoria. De esta guerra, declarada por el Estado burocrático a los cultivadores, saldrá la URSS arruinada, debilitada, amenazada por todas sus fronteras, quién sabe si condenada. En 1934, el 75 por ciento de los campesinos pertenecen a los koljoses (explotaciones agrícolas colectivas). La prensa oficial —y no hay otra— entona cantos de victoria. En realidad, el país muere. Según las cifras oficiales citadas por el Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Molotov (**Pravda del 29 de enero de 1935**), se calcula en 5.500,000 el número de campesinos "ricos" expropiados y deportados a la Siberia septentrional o al Asia central. La cifra verdadera es muy superior, seguramente. Regiones enteras han sido despobladas y la mayor parte de los deportados han perdido la vida. En 1937, las estadísticas oficiales constatan que, desde 1928, el número de las familias campesinas ha pasado de 24.512,000 a 19.930,000; es decir, en nueve años ha habido una disminución de 5.907,000 familias, de más de 4 personas cada una por término medio. Hay que admitir que las ciudades han absorbido, seguramente, una cierta parte de esta población rural espoliada, pero queda siempre en pie la desaparición pura y simple de más de 15 millones de habitantes. El hambre lo explica todo. Entre 1929 y 1933, la ganadería (caballos, bueyes, cerdos y corderos) desciende de 270 millones de cabezas a 118 millones. Se calcula que la construcción, muchas veces onerosa, de tractores, está muy lejos de haber compensado la pérdida de fuerza motriz resultado de la desaparición de 17 millones de caballos, sobre un total de 33 millones, entre 1928 y 1936. En 1934, el punto más bajo de la curva del hambre, Stalin mejora el estatuto de los koljoses, a fin de hacerlos un poco más soporta-

bles... Pero el mal ya está hecho. Pasemos por alto la sangre derramada. Es el precio pagado por las nuevas industrias. La producción de acero pasa, de 5'9 millones de toneladas en 1932, a 16'4 millones en 1936. Nuevas fábricas (automóvil, aviación, química) y nuevas centrales eléctricas han sido construídas. Pero después de una caída vertical, que representa para el obrero ruso de 1932-33 una miseria sin precedentes —nefasta para la producción—, los salarios reales, revalorizados en 1935, continúan siendo en nuestros días inferiores de un 15 a un 30 por ciento, según los casos, a lo que eran en 1926, a lo que eran a fines de la revolución y bajo el antiguo régimen.

La industrialización era necesaria: el plan de conjunto constituía en la producción una admirable innovación. Las ventajas de la cooperación sobre el cultivo de la pequeña parcela y del motocultivo sobre la tracción animal, no necesitan ser demostradas. La doctrina marxista del respeto a la pequeña propiedad rural, definida por Engels, Lenin y tantos otros, no necesita tampoco ser discutida. Esgrimiendo en su propio interés las grandes concepciones socialistas, pero movidos por un espíritu cada día más antisocialista, los funcionarios stalinistas del nuevo Estado totalitario han convertido a aquéllas en monstruosas y catastróficas caricaturas.

A través de estos desastres la burocracia ha ido fortificándose: si en 1934 existían más de 234,000 koljoses administrados cada uno por 3 o 5 dirigentes, ello significa que está formándose una nueva burocracia rural de más de un millón de hombres. Burocracia que aumenta la estabilidad del régimen en la misma medida en que no puede ignorar sus responsabilidades y se siente execrada por el pueblo campesino.

Paralelamente a esta terrible evolución de la URSS, la crisis económica mundial abruma al Reich alemán. En 1932, el "sistema" se encuentra al final de su curva; no se trata del "sistema de Weimar", como afirman los agitadores nazis, sino del propio sistema capitalista. La Banca y la gran industria concentran en sus manos un aparato colosal de producción que, no pudiendo funcionar más que con miras al provecho, no puede funcionar en absoluto, ya que los mercados extranjeros están cerrados o saturados. Y el pueblo alemán, que ha construído estas fábricas, vive miserablemente y no puede constituir un mercado... Siete millones de obreros sin trabajo deambulan por las calles de las ciudades industriales. La mayoría de ellos son jóvenes, y como no existen perspectivas que permitan esperar que esto pueda cambiar o terminar, se sienten sin trabajo para toda la vida. ¿El socialismo? Ha venido siendo sistemáticamente vencido desde 1919 (el valor de los 15.000 obreros revolucionarios asesinados en 1919-20 hacen falta ahora, sin duda, a las masas). La socialdemocracia ha sido desacreditaba por sus propios errores políticos; el Partido Comunista, por sus maniobras sin escrúpulos. Ha podido verse a este partido facilitar la victoria de Hindenburg, el viejo mariscal, encarnación sorda y senil, pero viva aún, de la reacción monárquica, en las elecciones a la Presidencia, con el fin de poner en derrota a los demócratas católicos y a los socialistas. Se le ha visto denunciar a los socialdemócratas como a los furrieles del fascismo. Se le ha visto desear el triunfo nazi para que se gaste en el poder y abra la puerta a la revolución. Se le ha visto coaligarse con el fascismo para derribar al Gobierno socialdemócrata de Prusia, última ciudadela de la demo-

cracia weimariana en liquidación. Y se le sabe a las órdenes de Stalin.

Por otra parte, Alemania es el país del mundo mejor informado sobre la situación interior de Rusia: terror, hambre y todo lo demás... Colonos alemanes establecidos desde hace dos siglos a orillas del Volga, regresan por millares y cuentan lo que han visto. La propaganda afirma que 140,000 colonos alemanes murieron de hambre en estas regiones, en 1933. ¿Es ello cierto? Muy posible. Precisamente cuando la economía alemana se hunde, la Rusia soviética, en lugar de ofrecer al pueblo alemán el ejemplo de sus soluciones, le presenta un aspecto odioso. Poco importa que a continuación recojan los comunistas, en medio de la desmoralización general, millones de votos. Ningún gran movimiento puede marchar hacia el socialismo en estas condiciones, con este formidable contraste.

En cambio el partido nazi, financiado por los grandes industriales, organiza sus tropas de choque, inunda al país con sus publicaciones y se convierte en un Estado dentro del Estado. Su ideología confusa halaga el espíritu nacional, su demagogia arrastra a los obreros. El uniforme, el pan y la impunidad, atraen a los jóvenes que quieren ir más lejos. Todo termina en una especie de farsa legal. El Canciller católico Bruening, cuyos decretos imponen la "gran penitencia" al pueblo alemán, acaba por lesionar, en cierta manera, los intereses de la gran burguesía. El viejo mariscal le llama, le reprocha el entregarse a experiencias bolcheviques, le despide brutalmente y llama al poder a Adolfo Hitler. El Fuhrer nazi no conquista el poder con sus tropas de choque; lo recibe de las desfallecientes manos del viejo señor. Nada de heroísmo ni de revolucionario en este acontecimiento. El

Reichstag se cubre de llamas, los cristales de los almacenes judíos caen hechos añicos... Nace el III Reich. Hasta el último momento, los comunistas no han dejado de disparar por la espalda a los socialdemócratas, al mismo tiempo que les dirigían inaceptables proposiciones de frente único (1933).

El fracaso de la revolución socialista en Alemania trae como contrapartida, en Rusia, el advenimiento de Stalin. La victoria de la burocracia stalinista en la URSS asegura como contrapartida, en Alemania, el advenimiento de Hitler. Sus destinos paralelos parecen complementarse.

CAPITULO VI

LA MARCHA A LA GUERRA

La desesperación de los sin trabajo y los subsidios de los grandes patronos (Hugenberg, Thyssen) han determinado el poder del nazismo. Los políticos de la industria pesada, lo mismo que los del capital extranjero, asisten a este advenimiento con más satisfacción que inquietud. Todo el mundo sabe que los extremistas en el poder se vuelven prudentes y moderados. En tiempos recientes, Arístides Briand, el propagandista de la huelga general, se ha convertido en el más escuchado de los oradores de la Sociedad de las Naciones; el organizador sindical Fritz Ebert (bien es cierto que éste no ha sido jamás un extremista), se ha convertido en el Presidente flexible y circunspecto de la República de Weimar; Mussolini, periodista vehemente del **Avanti**, se presenta en Italia, entre el Papa y el Rey, como un dictador casi perfecto. Sólo que los tiempos del arribismo fácil y de las contrarrevoluciones de opereta, un poco embadurnadas de sangre, han pasado a la historia. La economía alemana es una maquinaria muy seria: necesita producir o desaparecer, e incluso

desaparecer no es cosa fácil. El partido nazi conserva el poder poniendo las fábricas en marcha, disminuye los salarios reales, raciona el consumo, prolonga la jornada de trabajo... Pero, al mismo tiempo, impone el control a los patronos, reglamenta, planifica y vigila hasta el consumo de las clases ricas. Finalmente, proporciona trabajo a los parados.

¿Cómo producir, con qué objeto? El funcionamiento de un aparato de producción exige un circuito normal: producción de materias primas, renovación del utillaje y producción para el consumo. Las masas alemanas son demasiado pobres para constituir un mercado suficiente. Y los capitalistas no tienen ningún interés en abrir créditos con pérdidas. La economía carece de diversas materias primas, especialmente caucho y carburante; la fabricación de substitutos sintéticos es demasiado onerosa. La autarquía, en la que se encierra el III Reich, no puede durar indefinidamente. Permite resistir, pero a costa de un agotamiento total. Es algo así como un estado de sitio económico. No queda más salida que producir para la guerra, y cuando esta esté a punto no habrá más remedio que desencadenarla (a menos de conseguir, con el chantaje de la guerra, resultados equivalentes a los de una victoria militar). La fabricación en masa de armamentos puede agotar al país; es una inversión que se espera recoger más tarde, con los grandes beneficios de las conquistas: algo así como una hipoteca sobre el porvenir. Fatalmente llegará el día en que será preciso detenerse, cerrar lás fábricas o luchar. Otras soluciones teóricas sólo serían posibles en un régimen muy diferente. La riqueza extraordinaria de los armamentos alemanes son la mejor demostración de que el país poseía recursos suficientes en sí mismo para llevar a cabo, dirigido por

otros hombres e inspirado en otras ideas, una magnífica reorganización social y que hubiera podido, sin divisiones motorizadas, sin programas y sin matanzas, cambiar la faz de Europa. Inútil resulta volver sobre esta hipótesis, pero guardémonos muy mucho de olvidarla.

El nazismo se impone en Alemania gracias al trabajo que le proporciona. Los dictadores de hoy saben que es posible cometer crímenes impunemente, perseguir a los judíos indefensos (ya que no constituyen más que un 0'7 por ciento de la población), establecer campos de concentración, cortar con el hacha del verdugo las cabezas más hermosas y más enérgicas, suprimir la libertad de pensamiento, que responde solamente a las necesidades de algunas minorías inteligentes, con la condición de inaugurar de vez en cuando alguna escuela, pagar subvenciones a las mujeres embarazadas y proporcionar trabajo, aunque sea mal retribuido, a millones de trabajadores desesperados. Esto puede ser mantenido durante cierto tiempo y de una manera espectacular. Luego vendrá el salto en el vacío, con los tanques más pesados y los aviones más rápidos.

El día de la ascensión de Hitler al poder, una mortal amenaza se cierne sobre la URSS. Trotski, desde su destierro de Estambul, escribe que de estar en el poder ordenaría la movilización inmediata. Ninguna guerra preventiva sería más justificada que la de la Unión Soviética por su propia salvación y la liberación del pueblo alemán. Pero conocemos la situación interior de la Unión en este momento (cierto que la de Alemania no es menos lamentable). En Moscú, el organizador del Ejército Rojo es calificado de incendiario. Las gentes sensatas lo leen y se encogen de hombros. ¡Ya veréis cómo Hitler se gasta antes de dieciocho meses! El peligro es mortal para la

URSS ya que, con regímenes susceptibles de colaborar, las economías casi complementarias de Alemania y Rusia podrían salvarse y reforzarse la una con la ayuda de la otra; pero con regímenes enemigos, Rusia se siente una presa para Alemania y, reaccionando en consecuencia se convierte en una amenaza para ésta.

Sin embargo Stalin, con el fin de presentar al mal tiempo buena cara, simula cerrar los ojos al peligro. La diplomacia soviética recuerda, inocentemente, que el tratado de amistad (Rapallo 1922) que rige entre la URSS y la República alemana, sigue en vigor al no haber sido denunciado por ninguna de las partes. La colaboración entre los Estados Mayores —con la Reichswehr— continúa durante un cierto tiempo. Si los comunistas son acosados entre el Rin y el Oder, ese es un asunto del Komintern y no del Estado soviético. Estos pobres subterfugios no tienen que servir para nada. Un año más tarde, al rechazar Hitler estos anticipos, Stalin lleva a cabo un brusco viraje: recibe a Mr. Eden y a Mr. Laval, se adhiere a la Sociedad de las Naciones, ordena a los comunistas de los países occidentales, antimilitaristas hasta entonces, que se conviertan en los mejores propagandistas de la defensa nacional, de la democracia, de la Sociedad de las Naciones... En Ginebra, Litvinov estudia con M. Politis, el diplomático griego, las definiciones del agresor... Efectivamente, ¿qué otra cosa puede resultar más importante?

Si Rusia hubiese ofrecido en este momento un aspecto más atrayente, si hubiese mantenido un lenguaje sincero, si el comunismo no hubiese vivido de una falsa moneda ideológica (que ya es mucho pedir), el curso hacia la guerra hubiera podido ser contenido o, por lo menos, la proporción de las fuerzas en lucha, considerablemente modificada. El hundimiento de la democracia alemana, la

derrota sin combate del proletariado más numeroso y mejor organizado de Europa, provocan en varios países el despertar de las energías obreras, iniciativa que corresponde esta vez a los elementos socialistas. A principios de 1934, los **schutzbundler** de Viena resisten al golpe de Estado del Canciller Dollfuss, que pretende instalar un régimen corporativo copiado sobre el modelo italiano. Buen católico, movido por el odio al socialismo impío y a la lucha de clases, Dollfuss, apodado el Millimeternich por su pequeña talla y por su diplomacia mussoliniana, ordena abrir el fuego de los cañones contra las barriadas obreras. Koloman Wallisch es ahorcado. Advertidos por Otto Bauer, los hombres de Estado de París y de Londres se niegan a intervenir en favor de la democracia austriaca y de la Viena roja. Ellos también se pronuncian contra "la lucha de clases". Creen demostrar su fuerza entregando Austria al fascismo antes que al nazismo. En junio del mismo año, Hitler depura su partido a pistoletazos: de 500 a 1,000 muertos, se desconoce la cifra exacta. El Fuhrer se desembaraza así de algunos de sus más viejos compañeros de ruta: Roehm y Gregor Strasser. Basta ya de veleidades revolucionarias. En el mes de octubre, las Alianzas Obreras y los mineros de Asturias se levantan en armas para impedir que las derechas fascistizantes de Gil Robles puedan, mediante una combinación parlamentaria, tomar el poder en España. La insurrección es vencida, pero la maniobra de las derechas queda desbaratada. En Francia, el complot del 6 de febrero, organizado por los Cruces de Fuego y los antiguos combatientes, aborta lamentablemente, dando impulso a un vasto movimiento de defensa de la democracia, que se transforma en el Frente Popular.

Dos líneas de fuerzas se cruzan en estos años: la de

la clase obrera ascedente, a través del antifascismo, y la de la política extranjera de las grandes potencias que, excepto la URSS, secundan en todas partes el fortalecimiento del fascismo y del nazismo. La expresión más fuerte del antifascismo de las masas está representada por los Frentes Populares de Francia y de España. Son formaciones políticas que abarcan a la burguesía radical, a las clases medias avanzadas y a los partidos obreros; su enorme ventaja está en agrupar, para la defensa de las libertades democráticas, a vastas mayorías que se sienten fuertes en sí y que, en efecto, lo serían si sólo de contar sufragios se tratara. Pero su heterogeneidad social las conduce a la impotencia, es decir, a una defensiva titubeante y pasiva, precisamente en el momento en que sólo audaces reformas de estructura podrían resolver temporalmente los problemas planteados. ¿Cómo pueden, la burguesía liberal y los partidos obreros, llegar a un punto de coincidencia, por ejemplo, en el problema de la nacionalización de los trusts o de la depuración de la administración y de la policía? Los partidos obreros ven su acción paralizada. Perspectiva demasiado simple, dada la complejidad y la gravedad de la situación real. En España, el Gobierno de Frente Popular deja al mando del ejército a los generales Franco, Goded y Mola, cuyo estado de ánimo conoce perfectamente y cuyas intrigas no puede dejar de conocer. En Francia, el Frente Popular está maniobrado, de un lado, por la gran burguesía ligada a los radicales, y del otro, por los agentes de Stalin que dirigen el partido comunista, "colonizan" la C. G. T. y subvencionan la prensa sin distinción de opiniones.

CAPITULO VII

GUERRA CIVIL EUROPEA

Las elecciones parlamentarias acaban de dar, en Francia, una mayoría aplastante al Frente Popular cuando, repentinamente, en mayo-junio de 1936, un vasto movimiento huelguístico completamente espontáneo, se desencadena en todo el país, se propaga a Bélgica y repercute en España. Los líderes sindicales se ven desbordados. El movimiento se inicia en una pequeña fábrica de provincias, que ocupa a unas cuantas docenas de obreros: estos se niegan, los primeros, a abandonar sus talleres y, como un reguero de pólvora, la ocupación de fábricas, astilleros y minas, que nadie había previsto ni preconizado la víspera, crean, en toda Francia y en toda Bélgica, una situación nueva, adquieren estado de derecho... Evidentemente, la victoria electoral ha dado a la clase obrera una sensación de fuerza y de seguridad: después de semejantes elecciones, ningún Gobierno se atreverá a disparar contra los huelguistas y León Blum, llevado al poder por esta sacudida de las multitudes, declarará, en efecto, que no usará nunca la fuerza para obligar a evacuar las fábricas. La burgue-

nuevos seguros sociales, constituyen para un movimiento de tal envergadura, conquistas verdaderamente insignificantes, pero que tampoco serán jamás perdonadas.

sia francesa no perdonará jamás, ni al sufragio universal ni a la clase trabajadora ni a León Blum, el pánico inmenso que, en aquel entonces, le obligó a contraer la barriga. La semana de cuarenta horas, las vacaciones pagadas, los

Aquel año, precisamente, se celebraba el dieciocho aniversario del "¡Suspended el fuego!", que había puesto fin a la primera guerra mundial. Recordamos haber sostenido en Rusia, desde 1933, que trascendentales acontecimientos podían desarrollarse en España, teniendo en cuenta que el pueblo español era el único que, en el occidente, no había sido sangrado por la guerra y que, en consecuencia, conservaba toda su virilidad y toda su energía. Sosteníamos, también, que la clase obrera francesa, debilitada por la sangría de 1914-18, reharía poco a poco su capacidad de acción a partir de 1936, cuando los jóvenes nacidos a la mañana siguiente de la guerra alcanzasen su mayoría de edad. Decíamos que terminaría la recuperación de sus fuerzas hacia 1940-42, cuando la falta de natalidad de los años de guerra habría sido compensada. Para un país de baja natalidad, las consideraciones de este género tienen mayor importancia que para un país agrícola, de alta natalidad, como Rusia, o para un país de masas más numerosas y de natalidad más elevada, como Alemania. Por estas razones, el movimiento huelguístico de mayo-junio del 36 nos parece demostrar el final de la colvalescencia del proletariado francés y su verdadero despertar político, pero quizá es aún demasiado pronto para obtener de él un despliegue más eficaz de fuerzas.

Este no era el caso de España; de ahí la madurez de la guerra civil. Las derechas, que conspiran en Lisboa, en

Roma y en Berlín, toman la iniciativa. Hubieran podido ser rápidamente aplastadas en agosto de 1936, si el Gobierno legal de Madrid hubiese recibido de Francia las armas encargadas con anterioridad. Pero los dirigentes del Frente Popular carecen de decisión y la gran burguesía reaccionaria consigue paralizarlos valiéndose de diversos procedimientos, mientras Mussolini interviene presto y a fondo. Los reaccionarios franceses están dispuestos hasta tal punto a impedir la ayuda a la España republicana, tan seguros de la actitud del Gobierno conservador de Londres y de la intervención de Berlín y Roma, que el verdadero problema está en saber si la clase obrera francesa está en condiciones de entrar, a su vez, en la guerra civil, para impedir el asesinato de la República española, convertida en Revolución española. Y no lo está: 1), porque no ha terminado la recuperación de sus fuerzas; 2), porque carece de dirigentes: es imposible imaginar a Jouhaux o a León Blum asumiendo semejantes responsabilidades (quizá el staliniano Thorez fuese capaz de ello, pero, ¿a dónde iría? ¿Y es que le seguirían otros elementos que los de su partido?, y 3), porque, en el momento presente, tiene demasiado que perder y muy poco que ganar, además de encontrarse extraordinariamente dividida. Esto requiere una pequeña explicación. Una aristocracia obrera de varios millones de trabajadores calificados disfruta de excelentes condiciones de existencia muy parecidas a las de la burgusía media; sostiene ideas avanzadas, vota por la izquierda y lee periódicos de extrema izquierda; pero de ahí a combatir, ¡hay aún mucha distancia! Las tropas de choque de los comunistas son reclutadas entre los metalúrgicos de la región parisina, que perciben fuertes salarios; la mayoría de los mejores militantes revolucionarios pertenecen a los Sindicatos de funcionarios, de la enseñanza, de la industria del

libro, y gozan, económicamente, de situaciones estables. Las condiciones de vida de los corchotaponeros del Jura o de los obreros textiles de Amiens son ya diferentes, pero, además de no ser su peso decisivo, son, políticamente, menos avanzados. Finalmente, el trabajo duro, el trabajo negro, inestable y mal retribuído, es dejado en manos de unos dos millones de extranjeros: marroquíes, anamitas, polacos, checos, judíos, italianos, privados de todo derecho político. Una clase con una composición semejante no es casi una clase en el sentido tradicional de la palabra. Contra ella se agrupaban, sin embargo, cohesionadas y bien armadas —con armas procedentes de Italia y, quizá, de Alemania— organizaciones secretas, CSAR y otras que, al mismo tiempo que asesinan —a los hermanos Rosselli, por ejemplo, y por encargo de Mussolini—, extienden sus ramificaciones a la Confederación General del Patronato Francés, al Estado Mayor militar y a las administraciones oficiales, como lo demostrará más tarde el complot de los "cagoulards".

En el interior, la política de No-intervención de León Blum se apoya sobre este terreno social; en el exterior, es principalmente la de Chamberlain, es decir, la de los conservadores británicos. Por los aires y por los mares, divisiones enteras —la legión Cóndor, las Flechas Negras, etc.— llegan a España desde Italia y Alemania con modernísimo material de guerra. En el Comité de No-intervención, el Presidente, Lord Plymouth, declara con un humor glacial y siniestro, no tener conocimiento de estos hechos, mientras los embajadores de Alemania e Italia sonríen satisfechos.

Durante los dos primeros meses, cuando su intervención podía haber sido fácil y decisiva, Stalin se abstiene. Luego envía armas, material, víveres, aviación —excelente

como lo prueba la victoria de Guadalajara, conseguida sobre una división motorizada italiana—, cuadros y técnicos. A sus órdenes, y aprovechando el entusiasmo despertado por esta ayuda, el Partido Comunista inicia la conquista del Estado, persigue y asesina a sus adversarios, instala en el seno de la República una especie de dictadura inconfesable. Es el momento de los procesos de Moscú; la prensa recibe la prohibición oficial de criticar a la URSS. Diez mil antifascistas significados, antistalinianos al mismo tiempo, son encarcelados y guardados por diez mil guardias de asalto, bien alimentados en medio de la escasez general y dispuestos a la traición. Los stalinistas echan sucesivamente del poder a Largo Caballero y a Indalecio Prieto. Sus crímenes y sus manejos desacreditan al Gobierno de Negrín. ¿Es que se puede combatir y vencer en tales condiciones? Su consigna "Primero ganar la ganar", sirve para justificar la yugulación del espíritu revolucionario, preparando, en consecuencia, la derrota. Poco importan los batallones y los despachos mejor organizados. Un pueblo necesita razones profundas para luchar; se luchará con más entusiasmo por un nuevo orden social, que por el mantenimiento insostenible de la república burguesa, responsable de esta situación trágica y abominable. Las armas y el material ruso llegan tarde y en cantidades completamente insuficientes a pesar de que las reservas-oro del Banco de España han sido trasladadas a Moscú. Ni Euzkadi ni Asturias reciben nada; la Cataluña obrera y el Aragón libertario son privados consciente y deliberadamente de ellas. La conclusión obligada es que Stalin, más que ayudar a la victoria a una República que hubiese escapado fatalmente a su control, intentó prolongar la resistencia de España por razones de estrategia europea. Teme

que Francia, su aliada de entonces, sea cercada, y que el poderío alemán se extienda por el Mediterráneo.

En la misma URSS, estos años marcan una sangrienta crisis social, y si no puede hablarse a este respecto de guerra civil es que la matanza tiene un carácter estrictamente preventivo y unilateral. ¿Cuántas cabezas caen segadas por las depuraciones que anonadan al viejo partido bolchevique y a los cuadros formados por las victorias de 1918-1926? Varias decenas de millares, por lo menos. Otros millares y millares de víctimas son enviadas a los campos de concentración. Cierto diplomático soviético, refugiado en París, nos hacía observar sarcásticamente, que los treinta mil oficiales rojos fusilados en dieciocho meses hubieran podido constituir para España dos divisiones seleccionadas, las dos divisiones seleccionadas que le han hecho falta en ciertos momentos decisivos . . .

La guerra de las dos Españas terminaba en febrero-marzo de 1939 con la derrota de la República. Existían conversaciones secretas, ya en este momento, entre Moscú y Berlín. Una revista oficial de la Wehrmacht publicaba ya un elogio documentadísimo del Ejército Rojo. En uno de los Congresos, Stalin mantiene ya el más equívoco de los lenguajes, dejando entrever que la URSS no se dejará arrastrar a la guerra por la Gran Bretaña . . . A comienzos de mayo, Litvinov que, por encargo de Stalin, representa la política de colaboración y de seguridad colectiva, es despedido . . . Los peritos rusos, emigrados blancos y oficiales de los Estados Mayores soviéticos, consideran que la victoria germano-italiana en España ha modificado completamente la relación de fuerzas en el Mediterráneo. Las líneas de comunicación de Francia con su imperio africano están amenazadas y nuevas posibilidades de acción se abren para los vencedores. Sacrificando, por espíritu de clase, a

la República española, los conservadores británicos y los reaccionarios franceses, han trabajado para su propia ruina: han reforzado considerablemente el Eje bélico Berlín y Roma.

CAPITULO VIII

JUEGO DE TRAMPOSOS DEL QUE SALEN TODOS PERDIENDO

Otra serie de acontecimientos coincide con ésta y ambas trabajan en el mismo sentido y por las mismas razones. No los citaremos todos por ser demasiados... En 1934-35 Italia, miembro de la Sociedad de las Naciones, inicia de repente la conquista de Etiopía, miembro también de la Sociedad de las Naciones... Se sabe que, por los acuerdos de Stressa, Pierre Laval ha dado su consentimiento a esta empresa de Mussolini; si Inglaterra, cuyas vías de comunicación con la India por el canal de Suez se ven directamente amenazadas, quiere oponerse a ello, se encontrará completamente sola. La tarea no es, indiscutiblemente, superior a sus fuerzas. Si ordena el cierre del canal de Suez o el bloqueo de carburantes contra Italia, en lugar de hacer votar sanciones económicas a los países componentes de la Sociedad de Naciones, que no servirán más que a la propaganda del fascismo en el interior de Italia, la campaña de Etiopía hubiera abortado fácilmente. Mussolini se vería reducido a la impotencia; pero, ¿qué sería

de él? Provocada su caída, ¿quién podría heredar la sucesión? ¿Es que una república italiana sería menos roja, menos inquietante que la República española? Difícil de resolver. La inquietud de la conservación del antiguo régimen europeo convierte a los conservadores británicos en buenos conciliadores. Prefieren el crecimiento del Imperio italiano.

En marzo de 1938, mientras se lucha en España bajo el confortable camuflage de la No-intervención, Hitler ocupa Viena y anexiona la República austríaca, otro miembro de la Sociedad de las Naciones. Chamberlain no se mueve y Goering afirma, bajo palabra de honor, que el III Reich no abriga ninguna intención hostil contra Checoeslovaquia. En Francia, el Gobierno radical se encuentra dimitido precisamente el día del Anschluss. Algunos rasgos de aquel drama merecen ser recordados. Cuando, unos años antes, las fuerzas intactas del proletariado austríaco hubieran significado un apoyo considerable y una garantía para la democracia alemana, Checoeslovaquia, Francia e Inglaterra se opusieron abiertamente al Anschluss. Ahora, le dan su visto bueno. El Canciller Dollfus, que abrió fuego de cañón contra los barrios obreros ha sido luego asesinado por los nazis; católico a su vez, enemigo de las libertades obreras, su amigo y continuador Schuschnigg llama, a última hora, a los obreros socialistas de Viena, ofreciéndoles armas... Pero es ya demasiado tarde. Los carros de asalto de la Wehrmacht están en los barrios periféricos de la ciudad. Schuschnigg desaparece en la cárcel. El drama austríaco revela, por sí solo, todos los bajos fondos del drama de Europa.

Para Hitler es una gran victoria. El Imperio nazi está en marcha; Checoeslovaquia, clave del sistema de defensa francés en la Europa central, está cercada. Si se hunde al

mismo tiempo que la España republicana, la misma Francia quedará cercada. Hitler proclama su "última reivindicación territorial en Europa": los montes Sudetes, poblados por 2 millones de alemanes (hecho cierto), por cuya liberación está dispuesto a llegar a la guerra. Como que las fortificaciones checoeslovacas están construídas precisamente sobre los montes Sudetes, es del desmantelamiento de este país de lo que se trata en realidad. ¿Es que va a pegarse fuego a Europa por conservar simplemente y por la fuerza a dos millones de alemanes en el seno del Estado checoeslovaco, constituído en nombre del derecho de las nacionalidades? Esta posición versallesca es ya completamente insostenible. Chamberlain y Daladier toman el avión para Munich y ceden, no sin cometer precisamente la falta deseada y quién sabe si pedida por Hitler: La URSS, aliada de Francia y de Checoeslovaquia, miembro de la Sociedad de las Naciones, no ha sido ni consultada ni invitada. Conocemos el miedo de Rusia a un "pacto de los cuatro", que agrupara a las cuatro potencias occidentales contra el bolchevismo. A partir de este momento, Stalin comprende que será derrotado en España (la República agoniza) y que si el III Reich se vuelve contra el Este, se encontrará completamente solo. Durante la crisis checoeslovaca, Polonia ha secundado la política germanófila del "partido de los coroneles", que prefieren francamente el nazismo al sovietismo (Septiembre de 1938). La paz ha sido salvada...

Pocos meses más tarde, la ocupación de Praga por la Wehrmacht y la liquidación de lo que quedaba de Checoeslovaquia, termina con estas ilusiones. Triunfantes en Etiopía, en España, en Austria, dos veces en Checoeslovaquia —y sin necesidad de disparar un tiro—, los dos imperios totalitarios se dan perfecta cuenta de la superioridad que tienen sobre sus rivales. (A continuación veremos

en qué consiste esencialmente). Obteniendo buenos resultados con el chantaje de la guerra, continúan en él. Hitler se vuelve hacia Polonia y reclama, al mismo tiempo que Dantzing, el corredor imaginado en Versalles por los hombres de Estado, única invención histórica verdaderamente original.

Desenredando la madeja de estos acontecimientos no se puede menos que admirar su lado cómico y paradójico. Necesitaríamos, para poder hablar de ello con propiedad, la punzante ironía de un bufón de Shakespeare. Puede verse tropezar y caer a los hombres de Estado más conocidos de Europa en las trampas que ellos mismos han abierto para los demás. El Coronel Beck, Ministro de Estado de Polonia, para poder anexionar el pequeño distrito de Teschen, participa en el desmembramiento de Checoeslovaquia. Traiciona la alianza francesa. Hélo ahí, agarrado a su vez por el cuello por su nuevo aliado nazi, llamando desesperadamente a Francia en su socorro... Gran Bretaña y Francia dan garantías militares a Polonia y a Rumania, con las que no existe ningún medio eficaz de comunicación en caso de guerra, salvo por Rusia, a la que acaban de dejar de lado en las conversaciones de Munich. Francia e Inglaterra ofrecen su alianza a la URSS, para la defensa de Polonia y Rumania, constituídas hace veinte años como posiciones estratégicas contra la URSS y con territorios de la Rusia Blanca, de Ukrania y de la Besarabia, arrancadas por la fuerza a la Rusia revolucionaria.

Las conversaciones de Moscú, en junio-julio de 1939, con miras a la constitución de un pacto tripartita Gran Bretaña-Francia-URSS, son iniciadas en estas circunstancias singulares. En el fondo, los rusos pueden preguntarse muy bien si las democracias occidentales no pretenden desviar la guerra hacia la URSS. ¿Es que el Estado Mayor francés to-

maría la ofensiva sobre el Rhin en caso de que Hitler marchase sobre Moscú? La opinión francesa, tal como se ha manifestado en el transcurso de la guerra de España, no lo permitiría, simpatizando como simpatiza en su parte más activa y poderosa con los nazis. ¿Los ingleses harían algo más? Después de haber dejado estrangular a la República española, ¿lucharían para salvar al "bolchevismo"? Los rusos tienen derecho a dudar de ello. No obstante, los generales ingleses y franceses enviados a Moscú mantienen conversaciones extremadamente laboriosas con el Mariscal Vorochilov. Este se presenta rodeado de un importante Estado Mayor de jefes fusilados y dispone, sobre la mesa, las estadísticas más falsas que puedan darse en el mundo. Juego de tramposos, del que salen todos perdiendo. Paralelamente, en los corredores vecinos, tienen lugar otras conversaciones entre Stalin, "Jefe genial de los trabajadores de todos los países", Stalin "marxista", Stalin derrotado en España, Stalin-Comintern, Stalin patrón de Thaelman y de los comunistas alemanes, y Hitler, que ha suprimido las libertades obreras en la Europa Central, Hitler antimarxista, Hitler vencedor de España, Hitler anticomintern, carcelero de Thaelman, verdugo de los comunistas alemanes (aunque en este capítulo no es menos cierto que quizá hayan sido fusilados más comunistas alemanes en Rusia que decapitados en Alemania). Y estas conversaciones son las que prevalecen. Ribbentrop y Molotov intercambian, ante los fotógrafos, sorprendentes apretones de mano; Stalin, detrás de ellos, exterioriza una astuta sonrisa, pensando, sin duda, haber engañado al mundo entero. El Occidente va a ser hundido en la guerra. El está a salvo; él y su hora llegarán más tarde... Dudamos que negociaciones absolutamente secretas hayan sido llevadas jamás con mayor cinismo. Y el verdaderamente burlado

con todo ello, ha sido ,indiscutiblemente, el pueblo ruso, alimentado con fuertes dosis de antifascismo hasta el 21 de agosto de 1939, y convertido aquel día, por arte de una simple firma, en amigo y aliado del nazismo. Nadie ha consultado su voluntad: Stalin lo lleva a ciegas a la emboscada.

Stalin ha seguido la pendiente del mínimo esfuerzo y del miedo máximo, sin que ello quiera decir que sea, como él seguramente cree, la del peligro menor. Entenderse con el enemigo más inmediato y más temible. Ganar tiempo, desviando la guerra hacia el Vístula primero y hacia el Rhin después. Nada tienen que ver los principios con esta política circunstancial, fundada en el secreto, el engaño, la mala fe, la dictadura. Una política socialista implicaría mayores riesgos, aunque en realidad sería más valiente y más segura, precisamente debido a la aceptación razonada, a la luz del día, de ciertas responsabilidades. Esta política hubiera ordenado al Estado soviético el abandono de toda colaboración con un Estado totalitario, en cuyo interior los trabajadores no disfrutan de ninguna libertad; se hubiera pronunciado mejor en favor de las democracias burguesas, en las que los trabajadores pueden disfrutar de ciertas libertades esenciales. Hubiera procurado no alentar la guerra en otra parte, sino evitarla en general. Seguramente no lo hubiera conseguido, pero la hubiera podido aceptar entonces en condiciones morales, sociales, internacionales, infinitamente mejores para la Rusia soviética y para los pueblos de Europa. Pero realizamos aquí una inútil digresión en la utopía.

El pacto de Moscú no es otra cosa, en la forma, que un pacto de no-agresión, pero concebido en unos términos tales que hace pensar inmediatamente en una colaboración para el reparto de Polonia. La prensa comunista

francesa, y la de otros países, ve en él nada menos que un instrumento de paz. . . Las cartas están echadas. ¿Cómo explicarse la extraña obstinación de Polonia a no ceder en la cuestión de Dantzing? ¿Imaginaba poder resistir con éxito a la invasión? ¿Esperaba poder recobrar, después de la invasión y de la guerra, Dantzing y el corredor en litigio? Llueven puntos de interrogación, y eso no es todo. Juego de tramposos del que todos salen perdiendo, decimos. Si Hitler debe acabar por declarar la guerra a Rusia, como expuso a Rauschning, ¿por qué comienza enfrentándose contra todo el mundo? ¿Por qué se esfuerza en sacar de su apatía a la potencia americana? ¿Por qué permite a Stalin ganar tiempo?

Seguramente, porque el III Reich persigue objetivos no bien definidos, carentes de grandes perspectivas. Busca a tientas la salida de su crisis económica, empujando allí donde encuentra una menor resistencia. Una guerra contra la URSS sería más difícil y más peligrosa que la guerra contra las potencias democráticas, que no quieren combatir; el reparto de Polonia está, pues, en la línea del mínimo esfuerzo.

CAPITULO IX

LA "GUERRA ABSURDA"

La ofensiva alemana contra Polonia empieza el 1º de septiembre de 1939 con la destrucción de los aeródromos, de una gran parte de la aviación —en tierra— y de los centros de comunicaciones. Polonia sucumbe en menos de un mes, derrochando un heroísmo incoherente. La caballería polaca carga contra las pesadas máquinas de guerra de los nazis y Varsovia resiste desesperadamente, en espera de una ofensiva francesa que no llega. Gran Bretaña y Francia han declarado la guerra, pero no mueven un dedo. El ejército del General Gamelin, enterrado en la línea Maginot, se limita, para aliviar a Polonia, a simples escaramuzas de vanguardia en los bosques de la frontera. Inglaterra no está aun preparada... Cuando el Gobierno polaco y el Mariscal Rydz-Smygly —Rydz, el audaz— se salvan por la frontera rumana, el Ejército Rojo entra, a su vez, en Polonia, se apodera de Vilna y llega hasta Brest-Litovski. El reparto de Polonia ha sido consumado: sigue una línea etnográfica, repetidas veces publicada en las obras científicas de Rusia. La URSS reconquista regiones

pobladas de rusos blancos, de ucranianos y de judíos, que le habían sido arrancadas en 1920 por el tratado de Riga. En estos países pobres, en los que la administración y la nobleza polacas se habían ganado el odio general, los rusos son recibidos como libertadores (la población decaerá pronto, así que los rusos habrán saqueado las mercancías, establecido fronteras interiores e iniciado la represión contra todo lo que no es staliniano).

Dejemos, nuevamente, llover los problemas; es necesario. Los Generales Ironside y Weygand acababan de visitar Polonia. ¿Ignoraban los Estados Mayores británico y francés que Polonia, falta de fronteras naturales, no podía resistir más allá de tres semanas? ¿Ignoraba el Mariscal Rydz-Smygly que eran necesarios algo más que caballos y sables para detener el avance de los carros de asalto? ¿Qué se había hecho de los millones destinados, desde 1919, a la creación de un poderoso ejército polaco? ¿Por qué esta bélica actitud, en una posición sin defensa, por parte de un Estado Mayor tan débil? Sus únicas fortificaciones serias estaban del lado de la URSS, lo que debía determinar forzosamente la invasión rusa, no pudiendo abandonar la URSS estas fortificaciones en manos de los alemanes. ¿Por qué Francia e Inglaterra alentaron la resistencia de Polonia, si no estaban dispuestas a secundarla en absoluto? Después del juego de tramposos, el concurso de los incapaces.

Durante seis meses, después de esta victoria nazi, nada acontece en Occidente. Una expresión popular caracteriza en Francia esta situación: es la "guerra absurda", de la que uno se siente sorprendido y contento a la vez, ya que el pueblo, que no siente ganas de luchar, ve que el Estado Mayor no hace tampoco nada para seguir la guerra. Goering declara a los periodistas que ha ordena-

do plantar rosales a lo largo de la línea Siegfried. Pero la prudencia debería ordenar la desconfianza; ninguna solución ha sido dada a los problemas económicos y sociales que han determinado la guerra. La Alemania nazi, al conquistar lo que ella denomina su espacio vital, no hace más que ensanchar la crisis en la que se debate. Pronto se sabrá que durante estos seis meses las fábricas del III Reich han trabajado día y noche, preparando el material de las divisiones acorazadas. ¿Cómo explicar que las fábricas de la Gran Bretaña y de Francia, más ricas y mejor abastecidas en materias primas, no hayan sido capaces de un esfuerzo proporcionado? La acción de la aviación alemana y de las divisiones **panzer** acaba de ser demostrada en Polonia, donde la táctica de la guerra-relámpago, con sus fulminantes ataques de bombarderos, de aviones de combate, de tanques y de tropas motorizadas, ha sido aplicada en gran escala. ¿Cómo explicar que estas crueles enseñanzas no hayan aprovechado en absoluto a los Estados Mayores aliados? ¿Cómo explicar que Francia, que no desarmó en 1919, que no ha dejado de gastar miles de millones en armamentos durante los últimos veinte años, la Francia opulenta, se haya dejado adelantar en algunos años por una Alemania pobre y obligada a refugiarse en los expedientes económicos de la autarquía? Nos limitamos a reproducir algunos datos ilustrativos de las curvas de producción de hierro y de acero entre 1932 y 1936:

	1932		**1936**	
	hierro	acero	hierro	acero
	(en millones de toneladas)			
Francia	5'5	5'6	6,2	5'6
Alemania	3'9	5,6	15'3	19'2
URSS	6'2	5'9	14'3	16'4

Gran Bretaña	3'6	5'3	7'8	11'9
Estados Unidos	8'9	13'7	31'00	48'00

Estas cifras vienen a confirmar la explicación del desastre de Francia y anticipan las perspectivas del desenlace final. La siderurgia francesa ha permanecido estacionaria, mientras las industrias correspondientes se desarrollaban considerablemente en Alemania y en la URSS y alcanzaban, en los Estados Unidos, proporciones colosales. ¿Cuáles son las causas del marasmo de la metalurgia francesa en estos años decisivos? El Comité de Forjas aparece aquí como el verdadero organismo de la derrota, pero es debido, sin duda, a que los capitalistas franceses prefieren invertir sus capitales en otras industrias más lucrativas.

La guerra "absurda", la guerra declarada sin interés en hacerla, encuentra así otra explicación, psicológica y social. Dos periodistas, uno de extrema izquierda, Georges Valois, y otro de extrema derecha, Thierry-Maulnier, la han definitivo como "el miedo a la victoria". Constatan, en síntesis, que la burguesía francesa teme la victoria porque considera preferibles los regímenes de autoridad a la democracia, y considera a la reacción europea como necesaria para cerrar el paso a la revolución En **l'Action Française**, Charles Maurras celebra con insistencia los méritos del fascismo italiano, muralla de la civilización latina. La victoria sería el fin de las dictaduras reaccionarias y ¿qué repúblicas, qué rojas democracias vendrían a ocupar su sitio? Con la guerra, la burguesía francesa no haría otra cosa que dar, en los países vencidos, ventajas a sus peores enemigos. Los conservadores británicos, menos amenazados en su "casa", menos impopulares, mejor situados en el terreno de los problemas económicos mundiales, si bien no

sienten hasta este punto el "miedo a la victoria", no tienen, por análogas razones, mucho interés en proseguir la lucha.

Con la victoria nada pueden recoger los Aliados. Nada queda por quitar a nadie; los vencidos, arruinados, no podrán pagar; serán ingobernables; instalarán regímenes desagradables; exigirán créditos y ayuda económica. La inmensa ventaja moral del Imperio nazi es que arrastra un pueblo pobre a una guerra contra los pueblos ricos; les promete botín. De ahí su dinamismo. Vieja historia que se ha repetido múltiples veces en el transcurso de los siglos.

La ventaja del nazismo en el interior es de un orden parecido, aunque internacionalmente se vuelva contra él. La Schwerindustrie, cuando financiaba al partido nacionalsocialista, empujándole al poder, no veía en él más que un medio de terminar con las masas socializantes. Pero una vez de los Ministerios, los nazis se han vuelto contra sus proveedores de fondos de la víspera. Para no sucumbir en una triste aventura, al final de la cual se verían arrastrados por las calles, se ven forzados a establecer la economía dirigida. Sus comisarios se introducen en todas las empresas, sus planes de cuatro años despojan a los patronos y a los capitalistas de su derecho de iniciativa, sus reglamentos confiscan una parte cada vez mayor del provecho. Imponen a la industria su camisa de fuerza. Rauschning cita, con cándida indignación, la réplica vehemente de Hitler a los grandes burgueses que le reprochan el haber tolerado el enriquecimiento deshonesto de sus funcionarios: "¡Cómo! ¿Creía que íbamos a sacarles del atolladero por nada?" En la medida en que el nazismo aparece ante el capitalismo como un peligro mortal, las democracias, gobernadas precisamente por el gran capitalismo, adquieren nuevas razones para luchar. Pero, para Francia, es ya demasiado tarde.

La "guerra absurda", finalmente, carece de ideología y, sin transcripción ideológica de grandes intereses colectivos, no hay manera de movilizar al pueblo. El antifascismo y la defensa de la democracia podían haber constituido móviles suficientes, pero no para la burguesía francesa que mantiene, contra el sufragio universal, contra el parlamentarismo y contra la democracia, una campaña sistemática de descrédito y de disgregación. Movilizados para la guerra contra una potencia totalitaria, con la que ellos saben que simpatizan por lo menos más de la mitad de sus dirigentes, los hombres del pueblo no manifiestan ninguna confianza. Marchan sin el menor entusiasmo. En la propia clase obrera, incluso los elementos más avanzados condenan la "guerra ideológica", por haber sido vigorosamente preconizada por los comunistas antes del pacto de Moscú. Por todas partes desconfianza y tendencia a la inercia más completa.

CAPITULO X

STALIN GANA LA BATALLA DEL BALTICO

Inmediatamente después del desmembramiento de Polonia se revela como inevitable el conflicto latente entre la URSS y el Imperio nazi. El III Reich no parece dispuesto a continuar las operaciones; sueña un momento con la esperanza de una paz; ofrece oficialmente proposiciones casi aceptables; Italia sigue como no beligerante. Stalin actúa entonces, con rapidez. Una tras otra, las tres repúblicas del Báltico: Lituania, Letonia y Estonia, son requeridas a aceptar pactos de amistad con la URSS y a recibir guarniciones soviéticas, capitulando en el curso del otoño de 1939. Fundadas en 1920 con el concurso de la Gran Bretaña para sustraer las costas del Báltico al control de la Rusia Roja, han venido siendo pequeños baluartes de la contrarrevolución y de la emigración blanca, hasta convertirse en centros de colonización alemana.

El desarrollo germánico, a lo largo del Báltico, viene manifestándose sin parar desde hace siglos. Stalin lo liquida en pocas semanas. Los colonos alemanes, establecidos en estas regiones, son expulsados con todo su ajuar. Hitler to-

ma nota de ello, no pudiendo hacer otra cosa. La facilidad de esta victoria incita a Stalin a seguir rápidamente hacia adelante. La política del miedo no es, precisamente, una política de indecisiones; los aprovechados de una revolución estrangulada pueden ser inhumanos, limitados y bribones, pero de ninguna manera poltrones. Finlandia, requerida a su vez a recibir guarniciones soviéticas, se niega a ello. La pequeña democracia finlandesa (4 millones de habitantes) va a combatir admirablemente contra el coloso ruso (más de 175 millones de habitantes) durante los meses más rigurosos del invierno de 1939-40.

Del lado finlandés, unanimidad en la resistencia. La burguesía fundó esta república en 1918 con la ayuda de un cuerpo expedicionario alemán, dirigido por el General von der Goltz y sobre la sangre de los rojos. En caso de sovietización, será diezmada o exterminada. Los campesinos conocen demasiado el régimen de la colectivización staliniana, saben que sólo puede proporcionarles ruina y terror. Los obreros son, en su inmensa mayoría, socialdemócratas, y tiemblan ante los horrores del despotismo staliniano. En su conjunto, la nación se acuerda de la opresión rusa y, disfrutando de un **standard** de vida mucho más elevado que el de la vecina república, sabe que tiene mucho que perder y poco que ganar. He ahí las razones profundas de su valerosa combatividad.

Del lado ruso, ¿para qué esta prisa, estos paracaidistas descendiendo del cielo en el círculo polar, estos criminales bombardeos de pequeñas y apacibles ciudades, esta guerra llevada hasta el país de los lapones, pacíficos criadores de renos? Es cierto que Leningrado, segunda capital verdadera de la URSS, se encuentra a unos treinta kilómetros escasos de la frontera finlandesa, pero ¿qué amenaza puede venir de Finlandia? La propaganda stali-

niana, usando como de costumbre la mentira del momento, afirma que Finlandia es un puesto avanzado del "imperialismo anglo-francés". La fórmula, hecha para complacer a Goebbels, es hasta tal punto falsa y absurda que los Aliados no manifiestan el menor interés en prestar ninguna clase de ayuda a Finlandia, resignándose a su derrota. No; sólo el poderío alemán puede amenazar a la URSS por el Báltico y encontrar en Finlandia bases de operaciones. Y contra ella toma Stalin sus precauciones, destruyendo Viipuri e intentando imponer un Gobierno Kuussinen. Y ante ella retrocede después, desautorizando repentinamente a su fantoche y firmando, el 12 de marzo, una paz de transacción. La URSS consigue una rectificación de fronteras, de verdadera importancia estratégica, en el istmo de Carelia y la base fortificada de Hangoe, que guarda la entrada de los golfos de Botnia y de Finlandia.

Poco antes del reparto de Polonia, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, formado por funcionarios stalinianos, aprobó la disolución del Partido Comunista polaco. La mayoría de los dirigentes de este Partido, refugiados en Moscú, han sido fusilados. La misma suerte han corrido la mayoría de los dirigentes del Partido Comunista finlandés, refugiados en Moscú.

CAPITULO XI

EL AÑO DE GUERRA DE 1940...

Todo parece demostrar que los aliados esperan ganar la guerra con el bloqueo. Extraña ilusión. Lindando con Rusia y, a través de ella con los países de Asia, secundado por el Japón e Italia, el Imperio nazi escapa fácilmente al bloqueo y mantiene, incluso con los Estados Unidos, excelentes relaciones. Summer Welles, en su recorrido por Europa, celebra largas entrevistas con los hombres de Berlín y de Roma. La "guerra absurda" cambia repentinamente de perspectivas. El 9 de abril, los alemanes ocupan por sorpresa Dinamarca y Noruega. Esta operación, preparada y realizada con extraordinaria habilidad y rapidez, triunfa gracias a una serie de astucias de guerra: pacíficos viajeros y marinos de barcos mercantes se transforman en soldados en los puertos noruegos, y un partido nazi secunda al enemigo. Los Aliados desembarcan en Noruega, destruyen a una parte de la flota alemana en Narwik, pero no se atreven a intervenir a fondo, con la escuadra británica en el fjord de Trondjeim, y reembarcan en los primeros días del mes de mayo. Para apoderarse de Oslo y abaste-

cer a los ejércitos que actuaban en el extremo-norte, los nazis se sirven de grandes aviones de transporte. Han sabido completar la iniciativa estratégica con la iniciativa técnica: las posiciones que acaban de conquistar en el Mar del Norte les proporcionan nuevas bases aéreas para la guerra contra la Gran Bretaña; todos los países escandinavos caen prácticamente bajo su zona de influencia: el precioso mineral de hierro de Suecia no puede ya serle negado, por grande que sea el valor de los demócratas y antitotalitarios suecos. Establecidos en Narwik, a 69 grados de latitud, contemplan Petsamo, que los rusos han dejado a los finlandeses para respetar las minas de níquel explotadas por los ingleses, y conquistan posiciones estratégicas para una acción futura sobre Mourmansk. La operación de Noruega es, bajo este ángulo, una respuesta al avance ruso en el Mar Báltico. Hay que preguntarse bajo qué profundo sueño vivían hasta el presente los gobernantes noruegos. ¿En qué pensaban los hombres del servicio de información aliada, destacados en este país? ¿Cómo ha podido jugarse a esta carta la suerte de la flota británica? El desastre de Noruega trajo consigo la dimisión de Chamberlain y su substitución por Mr. Churchill.

Pero ha tenido, además, otras consecuencias más vastas... Nadie ignora que la invasión de Holanda y de Bélgica está madura. Una derrota espectacular en Noruega hubiera obligado, seguramente, al Estado Mayor nazi a modificar sus planes; el éxito los alienta. El 18 de mayo, el III Reich desmiente las intenciones agresivas contra Holanda y Bélgica, que le atribuye la propaganda inglesa. Los periódicos de París publican este mentís el día 9. El 10, aviones y columnas blindadas se vuelcan sobre los dos pequeños reinos. En Holanda, su acción es eficazmente sostenida por los agentes nazis, establecidos en el país con

anterioridad, así como por el partido nazi holandés. Los paracaidistas se apoderan de los aeródromos. En cinco días, Holanda es puesta fuera de combate, su Gobierno se refugia en Londres, su ejército capitula y Rotterdam queda medio destruída. La resistencia belga dura hasta el 28 de mayo, en que tiene lugar la capitulación del rey Leopoldo III, cuyo ejército, reducido a la impotencia, es entregado a la matanza. Pero ya al tercer día, los asaltantes han cruzado el canal Alberto, considerado como infranqueable, llegando al cuarto día a Sedán. La ofensiva de las divisiones acorazadas es llevada en dos direcciones diferentes: hacia el Somme y el mar, para cercar a los Aliados en Flandes y apoderarse de los puertos de la Mancha, y hacia París. El grueso de las fuerzas británicas y algunos contingentes franceses consiguen embarcar en Dunkerque; cierto que vale más esto que perderlo todo, pero la operación está muy lejos de constituir una victoria: es un levantamiento en la derrota. La línea Weygand, improvisada sobre la marcha, en plena retirada, se hunde desde el Somme hasta el Marne. Es el momento, el 10 de junio, en que Mussolini, creyendo llegada su hora, declara la guerra a Francia. París está a punto de caer. Por todas las carreteras de Francia huyen las poblaciones y los ejércitos en desbandada, seguidos por el invasor. El Gabinete Paul Reynaud, después de anunciar su decisión de trasladarse a las colonias para continuar la resistencia y de dirigir vanos y desesperados llamamientos al Presidente Roosevelt, dimite, y el Mariscal Petain, nuevo Jefe del Gobierno que delibera en Burdeos, pide el armisticio en el momento en que los alemanes ocupan la Rochela (17 de junio). La invasión continúa, mientras tienen lugar las conversaciones; la Wehrmacht llega a los Pirineos y se da por descontada la ocupación total. Pero la ocupación total traería

como consecuencia la formación de un Gobierno francés en Marruecos y la continuación de la guerra con una flota francesa intacta y poderosa. Los alemanes se limitan a ocupar todos los puertos del Atlántico y a establecer contacto con España y dejan a la Francia derrotada una zona libre, con poblaciones tan importantes como Toulouse, Marsella, Lyon, aunque el Gobierno establece su sede en Vichy, centro balneario alejado de las poblaciones obreras y de la opinión. Parlamento, Senado y Presidente de la República abdican y se dice a media voz que ésta es, precisamente, la cláusula no escrita, la más seria, del armisticio. El viejo Mariscal, el vencedor de Verdún, que la extrema derecha anhelaba llevar al poder hacía tiempo, anuncia el comienzo de la "revolución nacional", en el momento en que la nación, vencida y humillada, sufre la ley del invasor y que los elementos reaccionarios se apoderan de todas las palancas del mando. Cerca de dos millones de jóvenes franceses siguen prisioneros de guerra, lo que equivale a decir que la nación está privada de su fuerza viva. Sus stocks, sus cosechas y sus herramientas son incautados por los invasores, imponiéndosele, además, el antisemitismo y un racionamiento más duro que el que rige en Alemania. Gracias al nuevo Estado francés, Hitler neutraliza la flota y consigue apoderarse de una serie de productos de las colonias. En los primeros días de julio, la flota inglesa abre fuego contra los barcos de línea franceses anclados en Mers-el-Kebir, ante el temor de que sean entregados al enemigo. La campaña de Holanda, de Bélgica y de Francia ha durado 43 días. En 43 días, los resultados de la victoria de 1918, de los tratados de 1919 y de veintidós años de armamentos, han sido anulados.

Las causas profundas de esta derrota han sido ya medio esbozadas. El Imperio nazi lleva a cabo una guerra

innovadora, al margen de la rutina tradicional, con gran audacia. Sus adversarios dan la sensación de no haber querido comprender nada. Es indudable que los Estados pobres, que se preparan para la agresión contra los Estados ricos y pacíficos, disfrutan de una cierta ventaja. Pero, ¿cómo es que los Estados Mayores aliados no han comprendido nada de la campaña de Polonia, realizada en 28 días por las divisiones acorazadas? ¿Cómo no han comprendido el valor del paracaidismo, del que tan hermosas demostraciones realizaban los rusos en todas sus maniobras militares? ¿Cómo pudo la Cámara francesa rechazar el proyecto de creación de divisiones acorazadas, que presentó el General de Gaulle (y no precisamente bajo el Frente Popular)? ¿Cómo los servicios secretos de información han desconocido por completo los preparativos del enemigo? ¿Cómo, conociendo la posibilidad de una invasión por Bélgica, se descuidó la prolongación de la línea Maginot? (Prolongada lo fué, pero con obras insuficientes, y los alemanes atacaron por la bisagra de Montmedy). ¿Por qué, en fin, declarar la guerra, cuando no se puede ni se quiere hacerla?

La responsabilidad de la derrota fué cargada inmediatamente en toda la prensa oficial a cuenta de la República parlamentaria y del Frente Popular. Pero las victorias de la primera gran guerra mundial están en el activo de esta misma república, más radical aun en aquel entonces. El Frente Popular había gobernado dieciocho meses. Ni la metalurgía ni la aviación estuvieron nunca dirigidas por militantes de izquierda, ni se encontraban éstos tampoco en el Gran Estado Mayor. . . El sólo hecho de que se discuta con semejantes argumentos demuestra cuál fué el papel desempeñado, en toda esta tragedia, por la división social existente en Francia.

Hitler anuncia la invasión de la Gran Bretaña, pero no la intenta, seguramente porque, sin una flota lo suficientemente fuerte, la empresa le parece demasiado audaz y las consecuencias de un fracaso podrían ser graves en el interior del país. El saqueo de Francia permitirá disminuir, durante un invierno, las privaciones alemanas. La guerra, estancada al Occidente por la sorprendente determinación de los ingleses, se traslada rápidamente hacia los Balcanes y el Mediterráneo oriental. Los dirigentes del Imperio nazi, acostumbrados al empleo del terror, cometen una falta psicológica de inconcebible gravedad al bombardear sin piedad a la ciudad de Londres. Destruyeron muchas viejas piedras veneradas, mataron a millares de no combatientes e hicieron imposible toda paz de compromiso: el pueblo británico no podía aceptar el vivir bajo la amenaza constante de la reanudación de estas destrucciones. Su voluntad no podía ser otra que la de luchar hasta el momento que surjan en el Continente europeo cambios de tal naturaleza, que el peligro nazi pueda darse por descartado.

CAPITULO XII

EL MEDITERRANEO ORIENTAL. LOS BALCANES

Mientras tiene lugar la invasión de Francia, la URSS termina la sovietización de los países bálticos e inicia el desmembramiento de Rumania. A fines de junio de 1940, ésta cede al ultimátum de Moscú: el Ejército Rojo entra en la Besarabia recuperada y en la Bucovina. Húngaros y búlgaros presentan, al mismo tiempo, sus reivindicaciones y el III Reich sueña con el control del petróleo. Los rusos vigilan las bocas del Danubio, principal vía de comunicación entre la Europa central y el Mar Negro. Por este mar pasa todo el tráfico de los puertos de Ucrania, se abastecen las regiones industriales del Donetz y del Cáucaso, se comunican entre sí las repúblicas soviéticas y es enviado a Odesa o a Novorosinsk el petróleo de Bakú. A través del Mar Negro, el extranjero puede extender su influencia hasta el Cáucaso, donde el nacionalismo georgiano podría transformarse pronto en separatismo. A través del Mar Negro se puede llegar hasta los petróleos de Maikop y de Grozny y al pipe-line de Batum. Si los rusos entran en la Besarabia, es menos para reparar una injusticia his-

tórica que para tomar sus precauciones ante una inminente ocupación de Rumania por la Wehrmacht. (Razones: petróleo, trigo, posición estratégica sobre la desembocadura del Danubio, complemento eventual del pequeño ejército rumano). Una era de emociones sangrientas se abre en la ciudad de Bucarest.

A mediados de septiembre de 1940, Italia desencadena la ofensiva del General Graziani contra Egipto, Alejandría, Suez . . . El 28 de octubre, Italia declara la guerra a Grecia. Es posible que la declaración responda a una iniciativa propia, ya que el III Reich se abstiene; cabe suponer que Mussolini aspira a apoderarse de prendas territoriales, en el momento en que parece inminente una paz de colaboración entre Berlín y París. En Grecia, en Albania, en el desierto de Egipto (a partir del 9 de diciembre), los italianos sufren derrota tras derrota. En Somalia, en Etiopía, en Eritrea, resisten quizá un poco más, aunque el resultado final es aproximadamente el mismo. También la flota italiana, diezmada por la aviación inglesa en el puerto de Tarento, es puesta sistemáticamente en fuga. La contraofensiva del General Wavell conduce a los australianos hasta las puertas de Trípoli. Salta a la vista que el Imperio fascista se agrieta y que sus soldados no quieren combatir. En Libia, divisiones enteras se han entregado casi sin lucha. La impopularidad del régimen fascista demuestra que si en lugar de tratarlo con miramiento, hubiese sido anteriormente puesto en jaque, cuando la aventura de Etiopía, cuando la guerra de España, cuando jugaba a la no beligerancia, los Aliados hubieran podido conseguir rápidamente el dominio del Mediterráneo y derribar al más viejo de los Estados totalitarios. La situación es tal en Italia que la Gestapo envía a la Península miles de sus agentes, la aviación alemana se establece en

Sicilia y unas columnas motorizadas alemanas se trasladan a Libia, para restablecer el orden en la medida de lo posible. Italia carece, en absoluto, de carburante, o mejor dicho, lo posee en la medida en que el III Reich está dispuesto a proporcionárselo. El Imperio de Mussolini, fundado sobre la exaltación del sentimiento nacional, ha traicionado a la nación —como todos los movimientos reaccionarios—, conduciéndola al desastre. Si, por las razones que fuesen, el Eje consiguiese la victoria, Italia se vería subordinada a Alemania; si al contrario, el Eje perdiese la partida, los vencedores no tendrían ninguna razón para tratarla con miramientos.

Las duras condiciones impuestas por los nazis a la Francia ocupada, el racionamiento de hambre impuesto a la zona libre, así como la prohibición de poder corresponderse entre ambas zonas, provoca en Francia un profundo malestar. La resistencia de Inglaterra y los desastres italianos determinan un principio de enderezamiento. A mediados de diciembre, el Mariscal Petain despide, e incluso ordena la detención por unas horas, de su sucesor y Presidente del Consejo Pedro Laval, acusado de agente del enemigo. (El embajador del Reich en París, Otto Abetz, impondrá la reconciliación pocos días después, sin lograr desvanecer el descrédito en que ha caído Laval). Nuevamente se espera en Francia la ocupación total, en cuyo caso, la flota y el ejército de África, con Weygand a la cabeza, pasarán a luchar al lado de los ingleses. Nada tiene que ganar el Imperio nazi con semejante operación; contemporiza. Sueña, por un momento, con arrastrar a España a la guerra, prometiéndole Gibraltar y una ampliación del imperio marroquí; pero España ha salido de la guerra civil completamente arruinada y hambrienta, hasta el punto de que se limita a ofrecer al Eje su

adhesión de principio, y a nadie se le ocurre la ocupación, pues sería necesario alimentarla.

Guerra de bloqueo en el Mediterráneo occidental y amenaza de hundimiento en Italia. Estas dos razones determinan la intervención de Alemania en los Balcanes, con el fin de sostener a Italia y de preparar la gran guerra del petróleo cuyos objetivos podrían muy bien ser el Irac, el Irán y el Cáucaso. Para poder ayudar a los italianos derrotados en Grecia, la Wehrmacht necesita atravesar Bulgaria y Yugoeslavia. En la Rumania ocupada, la Guardia de Hierro, partido nacionalista sostenido por los nazis, constata que su labor ha servido para entregar el país al dominio alemán; la agitación comunista se intensifica y el régimen entero atraviesa una situación crítica: en las cárceles son asesinados los grandes dignatarios de ayer; son degollados miles de judíos por todas partes; el ejército "legionario", dirigido por Guardias de Hierro, fusila a los Guardias de Hierro y los carros de asalto con la cruz gamada pasean por las calles ensangrentadas (enero de 1941). A fines de febrero, los alemanes ocupan Bulgaria, a pesar de las protestas soviéticas. Por primera vez la URSS, aliada de hecho del III Reich, desaprueba abiertamente al Gobierno búlgaro, que ha dado su adhesión al Eje y al pacto tripartita (Berlín, Roma, Tokio). A fines de marzo, Yugoeslavia cede también a un ultimatum de Berlín, adhiriéndose al Eje y al pacto tripartita; pero una crisis de Gobierno se produce en Belgrado a la mañana siguiente. El rey Pedro II llama al poder a los partidarios de la resistencia, alentados por la URSS y por los Estados Unidos. Blitzkrieg y bombardeo espantoso de Belgrado. La campaña de Yugoeslavia y de Grecia dura 23 días. Ni las montañas ni el valor innegable de los griegos, de los yugoeslavos y de los australianos, logran impedir que las divi-

siones blindadas del III Reich lleguen hasta donde les da la gana. En realidad, nadie ha tenido tiempo suficiente para ayudar a Yugoeslavia; los ingleses han mandado a Grecia escasas fuerzas y la técnica alemana se ríe de los obstáculos naturales. Pocos días después, la Luftwaffe consigue la conquista de la Isla de Creta, defendida heroicamente por un ejército y por la flota británica.

CAPITULO XIII

EL CALLEJON SIN SALIDA

En la primavera de 1941, exceptuando Rusia, el Imperio nazi es dueño de Europa; pero se encuentra en un callejón sin salida. Este Occidente que ha pasado bajo su dominio es pobre en recursos naturales y extraordinariamente superpoblado. Los autores alemanes estiman que el Occidente europeo posee unos cincuenta millones de habitantes que no pueden ser alimentados por su capacidad de producción. Carece de petróleo y de caucho, de té y de café. Para comer, de acuerdo con sus necesidades, hace falta el trigo del Canadá, de la Argentina, de Australia, de Ukrania y la carne congelada del Plata. Las industrias lecheras de Holanda y Dinamarca importaban forrajes del Canadá. Ello quiere decir que la conquista de Austria, de Checoeslovaquia, de Polonia, de Dinamarca, de Noruega, de los Países Bajos, de Bélgica, de Francia, de Rumania, de Bulgaria, de Yugoeslavia, de Grecia, y la sumisión absoluta de España, de Hungría y de Italia, no proporcionan ninguna solución económica al III Reich. Muchos de estos países están castigados por el hambre más terrible;

en todos ellos está desorganizada la producción y el transporte; en todos ellos fermenta el odio. ¿Qué hacer?

Los fines de guerra del Imperio nazi pueden ser fácilmente definidos: creación de una autarquía en la Europa continental bajo la hegemonía alemana, con bases coloniales que le aseguren las materias primas que necesita y con fuentes de carburante lo suficientemente ricas para satisfacer sus necesidades (las de Rumania son completamente insuficientes). ¿Cómo conseguirlo?

El tiempo está muy lejos de trabajar por estos vencedores. La democracia americana, lenta para comprender, más lenta aun para decidir, se ha pronunciado ya y entra prácticamente en la guerra al lado de Inglaterra. En esta guerra de industrias, en la que los motores deciden de la suerte de las batallas, las fábricas alemanas han derribado todos los obstáculos habidos a su alrededor porque eran las más poderosas de Europa. Ahora se levantan frente a ellas las fábricas más poderosas del mundo, con sus riquezas fabulosas, el oro, el petróleo, la energía eléctrica, la más grande producción de acero . . . A la larga, el peso de la industria americana no puede dejar de serle indiferente. Los Estados Unidos han comprendido que la autarquía germano-europea, en el caso de estabilizarse por algunos años, gracias a una paz de compromiso, no haría más que preparar una nueva guerra, una guerra esta vez de continentes, para la conquista del solo continente que ofrece aun inmensas posibilidad de explotación: la América del Sur.

El próximo invierno de guerra será difícil en Alemania. Las victorias tienen la desventaja de poner fin a los intercambios comerciales, conpensados durante unos meses por los beneficios del saqueo, pero imposible de ser compensados después. Los productos agrícolas, que el III

Reich obtenía de los Balcanes en tiempos de paz, le harán falta por lo menos durante el período de reconstrucción autárquica. Y tendrá que contar, además, con la mala voluntad de las poblaciones subyugadas.

¿Qué soluciones estratégicas pueden ser enfocadas? Tres se presentan a la vista de los dirigentes nazis. La entrada en guerra y la ocupación de España, el asalto a Gibraltar y la toma de posesión de Marruecos y de Argelia. Operación difícil, pues España está completamente hambrienta, se necesita una flota para asegurar la travesía del Estrecho de Gibraltar y los americanos llegarían seguramente a Dakar antes que los mismos alemanes. Y en caso de triunfar en la empresa, el III Reich obtendría de Marruecos y Argelia, trigo, vino, aceite, minerales, pero no carburante. Arriesgada, costosa e insuficiente en cuanto a los resultados.

Segunda solución: ataque a fondo contra Suez, Irac e Irán. La lamentable campaña del General Graziani y la aventura militar del Irac (mayo de 1941), demuestran que la solución había sido prevista. Los resultados de la batalla de Creta demuestran, a su vez, que la travesía del Bósforo es posible. Pero, a continuación, sería necesario cruzar en línea recta, a través de montañas, de desiertos y de regiones fortificadas por los turcos y por los ingleses, más de 1200 kilómetros, hasta Mosul y Bagdad. Los problemas del abastecimiento se plantearían continuamente y, sin el dominio del Mediterráneo oriental, son operaciones difíciles de llevar a buen fin y que, más difícilmente aún, no serían terminadas antes del invierno, es decir que, en pleno invierno, el III Reich se encontraría embarcado en la más difícil de las campañas.

La tercera solución es, indiscutiblemente, la mejor: la agresión contra la URSS. Para realizarla, el Imperio nazi

puede disponer de buenas vías de comunicación en toda la Europa central y danuviana; en la misma Ucrania encontrará una red ferroviaria y de carreteras bien desarrollada. Ucrania, por sí sola, puede dar en grandes cantidades los productos de la agricultura que necesita, así como el hierro y el carbón del Donetz (del que podrán ser extraídas las esencias sintéticas). Esta victoria sería un alivio inmediato para Alemania y abriría el camino hacia los yacimientos de petróleo más ricos del mundo, los del Azerbeidjan (Bakú). En fin, la conquista de Rusia permite y condiciona las más vastas perspectivas.

Es indiscutible que los jefes nazis vienen preparando esta empresa desde hace tiempo, siendo como es la única que puede permitir, aparentemente, una verdadera victoria, desde que la invasión de las Islas Británicas se ha demostrado casi imposible o, en todo caso, insuficiente, ya que el Imperio Británico y los Estados Unidos continuarían la lucha después, con innegables posibilidades de éxito. En ningún momento han perdido los rusos de vista este peligro; ni por un momento han cesado ni interrumpido sus preparativos. Esta guerra respondía a una necesidad.

CAPITULO XIV

FINES DE CONQUISTA

Periodistas americanos escribían durante los primeros días de la ofensiva alemana que el III Reich no pretendía otra cosa que la eliminación de la amenaza suspendida sobre su flanco izquierdo por el Ejército Rojo. Tanto candor nos desconcierta... El Ejército Rojo sólo podría ser considerado como una amenaza para una Alemania vencida y debilitada, y éste no es precisamente el caso de la Alemania de la primavera de 1941. Muy al contrario, parece evidente que el Imperio nazi ha escogido el momento de su mayor poderío para enfrentarse con la empresa más peligrosa y delicada. Que esta hora sea también una hora crítica, no lo ponemos en duda. No hay una concordancia absoluta entre el poderío militar, acrecentado por las victorias, y la situación económica, el estado de las reservas y la escasez de material, que sólo conocen los expertos. También en el sentido estratégico había sonado la hora; el año próximo, la industria americana asegurará a los británicos la supremacía en los aires; será, entonces, demasiado tarde.

Lo que los nazis pretenden obtener en Rusia es la decisión, la victoria que nadie podrá disputarles. La conquista del "continente ruso" es su verdadero objetivo.

La guerra "contra el bolchevismo" tiene para ellos la ventaja de movilizar en su favor el espíritu reaccionario del mundo entero. ¡Croacia declara la guerra a la URSS! ¡Los falangistas españoles forman una legión para ir a combatir contra Rusia! ¡Vichy autoriza el reclutamiento de voluntarios para esta guerra, no sin antes invocar el "derecho internacional"! Todo esto es, simplemente, ridículo e idiota. Más grave y más significativa es la confusión existente en los medios oficiales de Washington durante los primeros días. Herber Hoover, predecesor de Franklin D. Roosevelt en la Casa Blanca, aconseja a los americanos no luchar "por Stalin", manifestando que en caso de victoria nazi "los Estados Unidos adquirirían, sin esfuerzo, la mayor parte del Imperio británico" y podrían acomodarse fácilmente en un mundo gobernado por Hitler. "No sería agradable, pero sería hacedero . . ." Incluso en Londres no faltan conservadores que estiman que una paz en detrimento de Rusia y del "bolchevismo" constituiría un magnífico negocio. Dudamos que el pueblo inglés consienta en ello, ya que, si bien es cierto que las familias ricas pueden trasladarse en caso de necesidad al Canadá, los habitantes de Coventry, en su mayoría, no pueden vivir más que en Coventry, y su sentimiento en relación con el "bolchevismo" no puede ser, ni de lejos, el mismo que el de los lores. Es necesario esperar que Hitler constituya un día en Moscú un Gobierno de fantasmas, recogidos en la basura de las viejas emigraciones, o formado de ex-funcionarios de Stalin, y que tenga con los anglo-americanos un lenguaje de este género: "Nosotros establecemos el orden en el viejo mundo. No tenéis más que escoger entre el im-

perio nazi, vencedor del bolchevismo, y una guerra larga, al final de la cual, si seguís combatiendo, Europa y Asia se verán fatalmente cubiertas de banderas rojas", para saber a qué atenerse en definitiva.

La conquista del "continente ruso" extendería el poderío nazi hasta los bordes del Pacífico, abriéndole las puertas del Asia central y de China, poniendo a su disposición inmensas riquezas naturales, un considerable mercado interior y 90 millones de trabajadores acostumbrados a un salario bajo.

Riquezas naturales:

Se considera que la URSS posee el 52% de las reservas mundiales de mineral de hierro; el 64% de las de manganeso; el 64% de las de sales de potasa, el 62% de las fosforitas y apatitas; el 15% de las de carbón; el 17% de las de madera; el 35% de las de nafta. Sus riquezas agrícolas están en un nivel parecido. Las Tierras Negras de la Rusia Europea, las tierras fértiles de la Siberia occidental y central, son prodigiosos graneros de trigo. La ganadería fué y puede volver a ser muy rica. Hay que añadir, al mismo tiempo, que dado el estado actual de cosas en la URSS, la situación en su conjunto es pobre y que el mejoramiento y la explotación de sus riquezas naturales exigirá tiempo, inversiones considerables y construcción de carreteras y de medios de transporte.

El petróleo juega un papel de primer orden en toda guerra moderna. Sabido es que Italia carece, en absoluto, de carburante y que Alemania lo posee en cantidades insuficientes. Antes de entrar en la guerra había acumulado grandes stocks, restringido el consumo de la población, incautado los stocks de Francia, conquistado los pozos de Rumania, fabricado, en gran escala, carburantes sintéticos. En total, los peritos consideran que podía

llegar apenas a subvenir a las necesidades de una guerra llevada con parquedad, en lo que al consumo de carburante se refiere. Los rusos han dejado, seguramente, fuera de actividad, por el momento, las industrias de nafta de Rumania. La estabilización del Imperio nazi exigiría, seguramente, reemprender la actividad general de los transportes por carretera y de las industrias, es decir, exigiría grandes cantidades de carburante, que únicamente la conquista de la nafta soviética puede proporcionarle a bajo precio. La producción de petróleo en Rusia constituye el 9'92% del total de la producción mundial. (Cifras complementarias: Alemania, 2'42%; Italia, 0'06%; Gran Bretaña, —incluyendo el Irac y las Indias Neerlandesas— 10'48%. Estados Unidos, 62'99%). La industria de la nafta se encuentra en la URSS en pleno desarrollo: de 11 millones de toneladas en 1928 pasó a 34'5 millones en 1937. Que la produción sea aun deficiente para las necesidades de la URSS, ello no tiene más que una importancia secundaria, reservándose los conquistadores el derecho de dictar las necesidades a los países conquistados. No pudiendo la URSS vender el petróleo a Alemania sin sacrificar la agricultura motorizada de las regiones del Norte y de Siberia, los nazis aspiran a adquirirlo por la fuerza.

La URSS ha concentrado, además, una reserva oro de gran importancia, cuyo monto es mantenido, naturalmente, en secreto. Sólo se sabe que su producción de oro ocupa en la actualidad, el segundo lugar en el mundo, después de la del Africa del Sur. La extracción de oro había alcanzado, en 1935, la cifra de 182,000 kilogramos y no es probable que haya disminuído después.

Pero, a pesar de estas riquezas naturales y de la energía creadora de su población, que le permiten aspirar, en el porvenir, a una situación sólo comparable a la de los

Estados Unidos, a pesar de los innegables progresos realizados en el terreno de la industrialización, la URSS continúa siendo todavía un país agrario y pobre, del que nada puede apoderarse el extranjero si no es por la violencia y la opresión. **El Imperio nazi lleva a cabo una guerra de conquista para imponer al pueblo ruso un régimen de explotación colonial.** Si lograse ver sus fines realizados, se convertiría en pocos años en la potencia económica y militar más grande que imaginarse pueda, extendiéndose sobre toda Europa, sobre todo el Mediterráneo y sobre más de la mitad de Asia. Y, a menos de sufrir una transformación económica y psicológica profundas —digamos mejor, una profunda revolución social, difícil después de una brillante victoria militar— ,continuaría siendo un imperio guerrero, fundado sobre la opresión y condenado a buscar en nuevos armamentos y nuevas guerras la solución de los problemas que plantea la economía mundial.

CAPITULO XV

POTENCIA INDUSTRIAL CONTRA POTENCIA AGRARIA

En comparación con Alemania, así como con el resto de los grandes países industríales, la U. R. S. S. sigue siendo un país agrario y este hecho capital proporciona por sí solo al agresor una ventaja decisiva. Unicamente considerando el reparto de la población, según sus ocupaciones profesionales, obtenemos el siguiente porcentaje considerado sólo como aproximativo:

	En Alemania	En la URSS.
Personas empleadas en		
la agricultura	29%	71%
la industria	40%	19%
los transportes	18%	6%
las oficinas del estado	9%	4%
sin empleo	4%	

Estas cifras se refieren a la Alemania de 1933 y a la URSS de 1936, sin que puedan considerarse sensiblemente modificadas después. En lo concerniente a la URSS, la etiqueta de "trabajadores" abarca, ciertamente, a un nú-

mero relativamente elevado de funcionarios. Recordemos únicamente que la proporción de las personas empleadas en la agricultura y en la industria está en razón inversa, y que la debilidad numérica del personal de transportes, en la inmensidad de las Rusias, salta claramente a la vista. La red ferroviaria de la URSS era, recientemente, de 81,580 kilómetros, mientras que la de Alemania sin Austria) era ya de 68,728 kilómetros, correspondientes a una superficie cuarenta veces inferior a la de la URSS. La relación del kilometraje de carreteras daría análogos resultados o más desfavorables aún para Rusia. En 1936, el parque de camiones-automóviles de Alemania alcanzaba a 1.231,644 unidades, mientras que el de la URSS. no llegaba a las 200.000. La producción anual de camiones se elevaba, en el III Reich, a 325,223 coches y para la URSS a 137,000. (En la misma época, el parque de camiones de los Estados Unidos sobrepasaba los 26 millones de unidades).

La guerra sorprende a Rusia en pleno esfuerzo de industrialización, en un momento en que los esfuerzos prodigiosos realizados por el pueblo ruso, gobernado por una dictadura incapaz y demasiado preocupada por sus intereses de casta dirigente, están consagrados a la creación de un nuevo herramental industrial y no han dado todavía frutos palpables. Las industrias destinadas a producir para el consumo están todavía en atraso comparadas con las destinadas a la producción de maquinaria; el estado de los transportes es grave y las nuevas industrias apenas si comienzan a transformar la vida económica del país. Indiquemos las principales curvas de crecimiento de la producción soviética. Estas cifras tienen en sí una elocuencia extraordinaria:

PRODUCCION

	En 1913 (Antiguo régimen)	En 1934	En 1936
	(Millones de toneladas)		
Nafta	9'2	25'5	29'6
Hulla	29'1	93'6	126'2
Fundición	4.2	10'4	14'5
Acero	4'2	9'5	16'3
Laminado	3'5	6'7	12'3
Energía eléctrica en millones de Kw-horas	1.945	20.520	33,000
Camiones automóviles (unidades)	100	55.400	134.000
Coches ligeros (unidades)	100	17,000	varios miles
Locomotoras	664	1,326	
Vagones de mercancías	14,832	32.400	
Cobre (En miles de toneladas)	31'1	53'3	110'00
Acido sulfúrico (En miles de toneladas)	121'00	782'00	1.200'9
Cemento (En miles de toneladas)	1.438'00	3.592'00	5.918'00

El esfuerzo industrial, representado por las cifras anteriores, no puede ser comparado más que con el realizado por los Estados Unidos en el período más tumultuoso de su desarrollo. Y la propaganda comunista ha abusado extraordinariamente de esta comparación. Con un territorio 40 veces menor en extensión y una población inferior a la de la URSS en la proporción de 1 a 2'5, Alemania conserva no obstante, una gran superioridad en lo que hace referen-

cia a la producción industrial y a la producción de artículos de consumo. Hemos visto ya que la producción de acero se eleva, en 1936, a 19'2 millones de toneladas, mientras la de la URSS apenas si alcanza los 16'4 millones. En la misma época los autores alemanes consideran la fortuna total de la URSS en 300 mil millones de marcos oro, lo mismo que la de Alemania, con un interés anual sensiblemente igual de 60 y 61 mil millones de marcos-oro. (Anotemos, entre paréntesis, la evaluación referente a las otras grandes potencias que intervienen en el actual conflicto: Francia, fortuna, 180 mil millones, interés anual, 31; Italia, fortuna, 100, interés 18; Gran Bretaña, fortuna, 320, interés, 65; Estados Unidos, fortuna, 760, interés, 154......). Desde el punto de vista del consumo por habitante es todavía mayor. El beneficio del ciudadano soviético está, en relación con el del ciudadano alemán, en la proporción de 1 a 2'5. El consumo los productos de la industria, por la población soviética, alcanza el nivel más bajo de todos los países civilizados, con excepción del Japón, de la India y de la China...... Puede ser expresado así:

En 1928, Calzado de cuero (Menos de un par por hab.)

Tejido de lana	0'57 m.
Tejido de lino	1'68 m.
Tejido de algodón	19'3 m.

La producción por cabeza, en 1936, comparada con la de los Estados Unidos, arrojaba las cifras siguientes:

En toneladas

	Carbón	Fundición	Nafta
URSS.	0'62	0'07	0'14
Estados Unidos	3'5	0'17	1'13

No creemos necesario multiplicar las comparaciones para dibujar el cuadro de un país agrario en pleno y rápido desarrollo industrial, sorprendido por la agresión de otra potencia industrial llegada a su punto de saturación.

CAPITULO XVI

LOS ERRORES

Bajo cualquier régimen y sean cuales fueren la capacidad y la abnegación de sus gobernantes, esta situación daría la ventaja a Alemania y convertiría la guerra en un verdadero peligro para la URSS. No se dejarán de invocar mañana estas razones, cuando se formulen las responsabilidades incurridas.

En realidad, todos los que han estudiado la industrialización soviética saben que el régimen burocrático la ha convertido en extraordinariamente onerosa. Hasta tal punto que resulta legítimo preguntarse si, sentando las bases de una grandeza futura, la URSS no ha resultado más debilitada que reforzada en lo que al presente se refiere, después de los dos períodos quinquenales de la "edificación staliniana".

1.—La colectivización total de la agricultura, no prevista en la primera variante del plan quinquenal, ha modificado fundamentalmente las condiciones de la obra emprendida, sumergiendo al país en el hambre, destruyendo sus reservas y disminuyendo su población.

2.—Un error inconcebible ha sido cometido por los autores de los dos primeros planes: descuidaron los transportes. La creación de nuevos medios de transporte debían de acompañar a la creación de nuevas industrias. Pero mientras se desarrollaba una nueva metalurgía, mientras surgían una serie de industrias hasta la fecha desconocidas en la URSS, como las del aluminio, del automóvil, de la aviación, del caucho sintético (producción en 1936: 45,000 toneladas; en Alemania, 50,000), la red de carreteras apenas si era mejorada, sobre todo en el trazado de nuevas carreteras estratégicas, y los ferrocarriles, en lugar de desarrollarse, sufren un verdadero colapso. Hasta 1935, las Comisiones del Plan y el Buró Político no descubren lo que puede llamarse, sin *exageración*, la catástrofe ferroviaria. La ruina de las vías férreas era tal, que se hace necesario instituir un "dictador del rail", Lázaro Kaganovitch, y que éste decida consagrar todas las fuerzas disponibles a la reorganización de 30,000 kilómetros de líneas de primera importancia (sobre 84,000 kilómetros). En dos períodos quinquenales la red ferroviaria aumenta sólo en un 32'9%, cuando la industria pesada había casi **quintuplicado** su potencial. El material rodado realizó un trabajo de **cuatro a cinco veces superior** que el realizado por el de los Estados Unidos, y tuvo que soportar el 84% del tráfico total. Su función es, pues, tan importante como extrema ha sido la avaricia demostrada en esta rama. Las depuraciones, seguidas de fusilamientos, han realizado podas sombrías entre los dirigentes y técnicos de los ferrocarriles: los "saboteadores trotskistas-bujarinianos" han sido acusados de haber provocado miles de accidentes, sólo en el transiberiano en el curso de un año... Se comprende.

3.—La terrible depreciación del salario real, entre 1928 y 1935, agotó los recursos de las poblaciones urbanas, de

la misma manera que la colectivización arruinaba a las regiones agrarias. No quedan reservas de ninguna clase entre los habitantes. La posesión de alguna camisa, de un par de zapatos de recambio, de un buen abrigo de invierno, es un privilegio del que sólo disfruta un escaso 25 por ciento de la población. El salario real es difícil de establecer, teniendo en cuenta las estadísticas oficiales, pero las informaciones más conscientes y las observaciones directas, permiten llegar a la conclusión de que para la mayoría de los trabajadores el salario real es, según los casos, inferior de un 15 al 30 por ciento, al recibido en 1927, nivel que empezaba a sobrepasar el del viejo régimen. Gracias a esta explotación excesiva del trabajo, el "material humano" de la producción—para emplear una expresión detestable, pero justa—ha sido completamente gastado. Se ha especulado con la reserva de mano de obra proporcionada por el campo proletarizado. Y el rendimiento del trabajo, así como la calidad de los productos, han salido, con ello perjudicados. Ni el estajanovismo (es decir, la carrera de los records publicitarios y la formación de una aristocracia obrera bien retribuída), ni los procesos por sabotaje, han logrado poner remedio a este mal, que tiene su origen en la estructura social de la Unión.

4.—A partir de 1929-30 el Gobierno staliniano ha sacrificado sistemáticamente la producción de artículos de consumo a la de los medios de producción. Las cifras oficiales se expresan como sigue:

Años	Producción de medios de Producción	Producción de artículos de consumo
1913	40'7%	59'3%
1928	43'0%	57'0%

1932	53'8%	46.2%
1936	60'6%	39'4%
1937 (previsiones)	57'0%	43'0%

En 1930-34, durante la crisis económica mundial, mientras la URSS estaba sumergida en el hambre y la escasez, fueron exportadas frutas, materias grasas, caza, aves de corral y pescado para venderlos, muchas veces, a precio más bajo que el de costo. El solo argumento a esta política de subconsumo de las masas soviéticas podría ser encontrado en la necesidad de impulsar los armamentos y la creación de industrias de guerra. Y aun hubiera sido necesario observar un cierto equilibrio entre la producción y el consumo, con objeto de no debilitar, psicológica y socialmente, al país que se quería poner en condiciones de defensa. Vemos la razón fundamental de esta conducta en la dureza y en la incapacidad de los cuadros dirigentes, dominados sin cesar por un miedo pánico a la guerra. Y la incapacidad de los dirigentes se explica, a su vez, por el Termidor soviético, que había eliminado a los hombres más capaces de la generación socialista.

CAPITULO XVII

EL ORGANIZADOR DE LA DERROTA

El hambre terrible de 1932-34 es seguida, en 1935, de una mejora general, debida a las concesiones hechas por el Gobierno a los campesinos, en los Koljoses. Una propiedad individual es reconocida, en el seno de la explotación agrícola colectiva y el campesino queda autorizado para poder vender en el mercado los productos de su parcela, sus aves de corral, la leche y la manteca de su vaca. Pero la cosecha de 1936 es insuficiente y la escasez se apodera nuevamente del campo. La opinión general en el seno del Partido, reducido al silencio y a la aprobación entusiasta y sistemática, es que ha fracasado la colectivización bajo las formas presentes y que los líderes de la antigua derecha", separados del poder: Rykov, Bujarin, Tomski, y los antiguos izquierdistas arrepentidos y reintegrados a la "línea general" de Stalin (Zinoviev, Kamenev), así como los intratables como Trotski y una falanje de 400 perseguidos, han tenido razón. Sus advertencias no han caído en saco roto. El desinterés que les ha llevado a aceptar la cárcel, la deportación, las humillaciones sin nombre, in-

cluso el renegar de sí mismos, no es desconocido. Nadie plantea en alta voz la cuestión de las responsabilidades, pero ella está planteada en todas las conciencias. La loa oficial prodigada al "Jefe" no impide el deseo y la espera de un cambio general de equipo dirigente: el actual ha costado demasiado caro y se ha demostrado también inhumano y poco inteligente. Ninguna capa social se muestra satisfecha y un sordo murmullo surge de todas partes. Una crisis social está latente en todo el país y se traduce en el Partido por una crisis latente de poder. Los funcionarios más comprometidos a los ojos de la población, por sus errores económicos y por el terrorismo de los años precedentes, detentan el monopolio de la prensa, de la agitación y de la represión; se sienten responsables y, en consecuencia, amenazados. Por otra parte, el patriotismo de la nueva sociedad no permite a sus adversarios el recurrir a los medios habituales de lucha política. No se atreven incluso a formular demasiado fuerte sus críticas y sus reproches, temiendo desacreditar a la URSS y a su Gobierno ante los campesinos descontentos en el interior y la burguesía y la social democracia en el exterior.

El "Jefe genial" es un hombre limitado, duro y astuto, que cree en su misión, que sabe ver los peligros, que se identifica con el régimen, que identifica el régimen burocrático con la revolución y que no conoce más soluciones que las de la fuerza. Los equipos de recambio que plantean silenciosamente la cuestión de las responsabilidades y que podrían mañana, quizá al calor de la guerra, aspirar al poder, deben ser suprimidos. El va a suprimirlos. Pero al frente se encuentran los más viejos colaboradores, amigos y camaradas de Lenín, los hombres que no pueden ser fusilados sin colocarse uno mismo en acusación frente a todos los testigos y participantes de la revolución. Sólo pue-

den ser fusilados en el caso que consientan proporcionar ellos mismos una justificación para este crimen, acusándose y confesando lo que la razón de Estado ordena que confiesen. Así serán explicados, por la traición y el sabotaje, el hambre, la desorganización de los transportes, los accidentes de las minas, del rail y del taller, debidos al exceso de trabajo y a los abusos cometidos en tiempos de subconsumo. Varios de los teóricos y de los fundadores del Partido marchan por abnegación, y ello explica el monstruoso mecanismo de los "procesos de Moscú". Muchos más son los viejos militantes que no marchan, que se indignan, que acusan. Entonces sus gritos son ahogados en los sótanos de las cárceles y se les fusila sin proceso de ninguna especie.

Los procesos transcurren bajo el signo de la traición. Parece como si toda la generación revolucionaria hubiese estado formada por agentes de la Gestapo, del espionaje japonés, del Intelligence Service (ello depende de las fluctuaciones secretas de la diplomacia soviética), y como si su único sueño hubiese consistido en la derrota, el desmembramiento y la fascistización de la URSS. Lo absurdo y lo enorme de estas acusaciones es tal, que resulta completamente superfluo el tener que refutarlas. Subrayemos, no obstante, que estas acusaciones han sido estudiadas a fondo, todo lo que permitían los informes falsificados, y su evidente falsedad ha sido irrefutablemente demostrada. Pero el pueblo ruso nada sabe de estos contraprocesos celebrados en París, en Nueva York y en México, por Comités de intelectuales y de militantes. Ni el mismo mentís de los Gobiernos inglés y noruego ha podido llegar a su conocimiento. Después de las horas más negras de la Edad Media, el mundo no había asistido a un proceso tan abomina-

ble, preparado por una Inquisición, por otra parte carente de fé.

La amplitud de las prescripciones no podría ser establecido en cifras. Se sabe solamente que en dos años y medio, de 1936 a 1939, toda la generación revolucionaria del 17-18 y de la guerra civil ha pasado ante el pelotón de ejecución; los que no han sido fusilados por tratarse de elementos desconocidos, son enviados a los campos de concentración que encierran a **millones** de víctimas. Como en los cálculos astronómicos, se puede afirmar que solamente el número de los fusilados se expresa, **por lo menos**, con números de cinco cifras, es decir, por decenas de millar, y alcanza, quizá, las seis cifras, sobrepasando entonces los cien mil. Todos los dirigentes del Partido, todos los jefes de los Gobiernos federados, todos los dirigentes de la enseñanza, todos los administradores de la producción, de la agricultura, del transporte, de las cooperativas, todos los dirigentes de la colectivización agrícola, los diplomáticos más conocidos, los escritores, los creadores del teatro soviético, los constructores del nuevo Estado, los jefes del ejército, todos, han sido de esta manera destrozados. Jamás ningún Estado ha destruído sus cuadros con semejante ensañamiento y de una manera tan completa.

No pretendemos dar aquí listas de nombres y precisiones que exigirían un libro entero. Intentaremos únicamente, trazar las grandes líneas de esta tenebrosa batalla social y nos limitaremos a recordar hombres de primer plano y que habían entrado ya en la historia. La URSS comprende 11 repúblicas federadas, abarcando 22 repúblicas nacionales autónomas y 9 territorios nacionales autónomos o regiones administrativas. Funcionan, pues, 82 centros administrativos o Gobiernos, doblados por 82 comités principales de partido, lo que da un total de 164 centros

dirigentes, comprendiendo cada uno unas diez personas por lo menos, lo que da una suma de 1,500 a 1,600 gobernantes. Gobiernos y comités han sido, por lo menos, renovados dos veces en dos años, y la mayor parte de sus miembros han desaparecido para siempre, lo que da unos 3,000 fusilados, difíciles de ser reemplazados. Según datos proporcionados por especialistas, podemos llegar a la conclusión de que, en dieciocho meses, después del asunto Tujatchevski, 30,000 oficiales rojos, por lo menos, la mayoría de los cuales habían vivido las experiencias de la guerra imperialista y de la guerra civil, fueron pasados por las armas.

Intentemos medir la hecatombe desde el punto de vista de la pérdida de substancia cerebral. El Estado Mayor del Partido, que había dado repetidas veces prueba de su capacidad en los tiempos de Lenin y después, durante el período de la reconstrucción, comprendía, con títulos diversos: Alexis Rykov, Presidente del consejo de Comisarios del Pueblo después de Lenin; Nicolás Bujarin, uno de los más notables animadores intelectuales del Partido; Gregorio Zinoviev, Presidente del Comintern; Lev Kamenev, Presidente del Soviet de Moscú y ejecutor testamentario de Lenín; Preobrajenski, economista; Smilga, economista; Piatakov, uno de los creadores de la industria pesada, todos ellos fusilados. Rakovski, Jefe del Gobierno de Ukrania durante la guerra civil y embajador, después, en París; Sokolnikov, economista, embajador en Londres; Karl Radek, teórico especializado en las cuestiones alemanas, vivos los tres, quizá, en la cárcel desde hace años. Tomski, el creador de la organización sindical soviética, **suicidado.** Chliapnikov, el organizador de los metalúrgicos, desaparecido de la cárcel. De los colaboradores inmediatos de Lenin han sufrido la misma suerte: Avelii Enoukidzé, Secretario del Ejecutivo

Central; Lev Serebriakov, antiguo Secretario del Comité Central; Lev Sosnovski, uno de los más reputados periodistas del Partido; Roudzoutak, miembro del Buró Político; Teodorovitch, dirigente de la agricultura; Vladimir Smirnov, economista; Ivan Smirnov, uno de los vencedores de la batalla de Sjiavsk, en 1918 y constructor de las fábricas de automóviles de Gorki; Krylenko, Comisario del Pueblo en la justicia y colaborador de Stalin; los hermanos Mejlaouk, dirigentes de la industria, todos ellos fusilados o desaparecidos.

Una clasificación regional nos obliga a mencionar la desaparición de Eiché, director de la colectivización en la Siberia occidental; Bieloborodov y Eltsine, dirigentes de la revolución en el Ural; Safarov, Evdokimov, Bakaev, Zorin, Olga Ravitch, defensores de Petrogrado en los días heroicos; Boudou Mdivani, Kavtaradzé, Okoudjava, líderes del comunismo georgiano; los hermanos Lakoba, jefes del Gobierno de Abkahzia; Fayzulla Khodjaev, que había presidido la sovietización del Asia central; Tcherviakov (suicidado) y Goloded, jefes del Gobierno de la Rusia blanca; Syrtsov y Soulimov, Presidentes sucesivos del Consejo de Comisarios del Pueblo de la República Soviética Federativa de Rusia; dirigentes ukranianos como Tchoubar, Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo; los hermanos Kossior y Postychev, jefes del Partido; Lioubtchenko, Presidente también del Consejo de Comisarios del Pueblo; Maximov y Choumski, líderes del movimiento comunista ukraniano, Skrpnik (suicidado), Kotzioubinski, Drobnis, que habían desempeñado papeles notables en la revolución ... Nadie fué olvidado: ni los gobernantes de la pequeña república judía del Birobidjan, sobre el río Amour, como Lieberberg, ni los de la república autónoma de los Bouriatas-Mongoles ...

Las sangrientas depuraciones diezmaron a la diplomacia

soviética. Perecieron, oficialmente fusilados o desaparecidos en las tinieblas: Krestinski, antiguo Secretario del Comité Central y antiguo embajador en Berlín, uno de los hombres que mejor conocía los problemas alemanes; Ioureniev, su sucesor en Berlín, donde había iniciado, por encargo de Stalin, negociaciones personales con Hitler; Choumiatski, antiguo embajador en Teherán y director del cine soviético; Davtian, embajador en Varsovia; Bekzadian, embajador en Budapest; Rosenberg, embajador en Madrid y representante de la URSS en la Sociedad de las Naciones; Antonov-Ovseenko, uno de los jefes de la insurrección de noviembre de 1917 en Petrogrado, embajador en Praga, después Cónsul General en Barcelona; Karajan, antiguo embajador en China y embajador en Ankara.

Todos los especialistas de las finanzas soviéticas desaparecen de la misma manera: Rosengoltz, poseedor de una de las mejores hojas de servicio en el Ejército Rojo; Grinko, uno de los autores del primer Plan Quinquenal; Tchernov, Comisario del Pueblo en la Agricultura; Livschitz, colaborador de Kaganovitch en los ferrocarriles; Rataitchak, director de la industria química, en pleno desarrollo...

La misma policía política de Stalin, la que ha montado los procesos de Moscú y realizado las "depuraciones", es, a su vez, diezmada: dos Comisarios del Pueblo de Orden Público, Yagoda y Iejov, son fusilados uno después del otro, con sus jefes de servicios Moltchanov, Pauker, Volovitch, Prokofiev... Desaparecen también los antiguos chequistas de la época del terror rojo, Moroz, Peters, Iosselevitch...

El Ejército y la Flota roja son literalmente decapitados: unos quince almirantes, contra-almirantes y profesores de Academias Navales son fusilados junto con el almirante

generales comandantes de región, 18 almirantes y contraalmirantes, 13 de los 19 generales comandantes de ejército, 15 de los 85 generales comandantes de cuerpos de ejército, 110 de los 195 generales de división, 202 de los 406 generales de brigada, y la depuración no había terminado todavía. En la misma época, el autor de una **Historia del Ejército Rojo**, publicada en Londres, Erich Wollenberg, antiguo oficial de este mismo ejército, estimaba que habían desaparecido unos 30,000 oficiales de los 80,000 que contaba en su totalidad.

La misma ola de sangre arrastra a los intelectuales soviéticos, a los mejores y a los peores, es decir, a los más grandes y a los más serviles. Como que nada, absolutamente nada se sabe de su suerte, es posible que alguno de los que vamos a nombrar sobreviva aún en las penitenciarías: Boris Pilniak, uno de los mejores novelistas rusos; Tarassov-Rodionov y Galina Serebriakova, conocidos escritores; Meyerhold, director de uno de los Teatros más apreciados en ambos mundos (su mujer, Zinaida, actriz de primer orden, ha sido asesinada); Riazanov, el biógrafo de Marx, una de las mejores cabezas del socialismo europeo; Nicolás Soujanov, el historiador de los primeros tiempos de la revolución; Anychev, el historiador del Ejército Rojo; Voronski, el animador de la joven literatura soviética; los críticos marxistas Lelevitch, Gorbatchev, Selivanovski; los economistas Roubine, Guinzbourg, Groman (socialistas); el doctor Levine, director de la clínica del Kremlin, que había cuidado a Lenin; los teóricos de las primicias del stalinismo: Stetski, Averbach, Mijail Koltsov, Bruno Iaszinski . . .

El mismo misterio mortal rodea la desaparición de los dirigentes de la Internacional Comunista: los líderes del antiguo Bund de los obreros judíos, con Esther Froumkina y Weinstein-Rachmield; Manner, el antiguo Presidente del

Consejo de Mandatarios del Pueblo de la República roja de la Finlandia de 1918; el antiguo jefe del Gobierno de la Hungría soviética, Bela Kun; los líderes del Partido Comunista Alemán: Remmele, Eberlein, Heinz Neuman; los polacos Dombal, Lenski, Kostcheva, Varski, Valetski . . . Desconocemos el nombre de los miembros de los Comités Centrales de los Partidos Comunistas chino, japonés, coreano, pero sabemos que sufrieron la misma suerte. Los cuadros de la propaganda internacional han sido destruídos, lo mismo los del Ejército Rojo que los de la producción y los del Gobierno.

Asesinos provistos de poderosos medios harán caer en el extranjero a los hombres molestos, que parecían fuera del alcance del stalinismo. Uno tras otro irán cayendo en todos los rincones del mundo: Marc Rhein, hijo del viejo socialdemócrata ruso Abramovitch, desaparecido en Barcelona; Andrés Nin, Consejero de Justicia de la Generalidad de Cataluña; Erwin Wolf, antiguo secretario de Trotski; Kurt Landau, antiguo colaborador de Trotski; Ignacio Reiss, agente secreto de Stalin en la Europa occidental, muerto en Lausana por haber protestado contra este régimen de sangre; Rudolf Klement, colaborador de Trotski, decapitado en París; León Davidovitch Trotski, asesinado en México. Es indudable que la mente del que la PRADVA de Mos- calificaba antaño de "Organizador de la Victoria", fué impuesta por una directiva implacable, en vísperas de acontecimientos en el transcurso de los cuales su inmenso prestigio, intacto en Rusia a pesar de las calumnias y de los destierros, podía convertirse en inquietante. Si algún nombre podía dar en el futuro, en el momento más negro de la derrota, un alma a la resistencia revolucionaria era, indiscutiblemente, el suyo. "¡Suprimidle!"

En vísperas de la guerra mundial, en vísperas de la

agresión nazi, esta total destrucción de los cuadros de la joven República soviética venían a debilitar extraordinariamente su capacidad de resistencia. El "Jefe genial" ha merecido cumplidamente el ser llamado, en voz baja, en medio de las ovaciones mejor organizadas y dirigidas, "**EL GRAN ORGANIZADOR DE DERROTAS**".

CAPITULO XVIII

SIMILITUD DE REGIMENES

En guerras habidas entre Estados de una misma estructura social o parecida, es decir, entre países pertenecientes, en definitiva a una misma sociedad, sólo la fuerza de las armas puede decidir la contienda, teniendo en cuenta que es ella la que manifiesta la vitalidad económica y psicológica de los Estados. En guerras habidas entre Estados basados en estructuras sociales profundamente distintas u opuestas, la potencia militar, modificada a su vez en la forma, la técnica y el valor, puede muy bien no ser un factor decisivo. Es el caso de las guerras de liberación nacional y de las guerras revolucionarias, ganadas por ejércitos débiles y desorganizados. Los voluntarios "sans-culottes" de la Revolución francesa inflingen fracasos y derrotas a los mejores ejércitos de las viejas monarquías europeas, mandados por estrategas formados en la escuela de Federico el Grande. Los guerrilleros de España tienen en jaque a los mariscales de Napoleón. El Ejército Rojo de la Revolución rusa, improvisado en medio del caos más indescriptible, parece condenado a un rápido

aplastamiento y, no obstante, es él el que destruye en todas partes, del Báltico al Pacífico y del Mar Blanco al Mar Caspio, a los ejércitos llamados nacionales, integrados por tropas seleccionadas, mandados por generales de prestigio y sostenidos por los vencedores de la primera guerra mundial. Y, finalmente, hemos visto no hace mucho en Finlandia, en Grecia, en China, a pueblos débiles resistir con éxito a la agresión de poderosas potencias. La atmósfera social de una guerra puede tener una importancia tan capital o tan decisiva como el armamento propiamente dicho.

A simple vista, los regímenes hitleriano y staliniano pueden parecer análogos. Semejanzas profundas existen entre ambos. Las características más importantes existentes entre el III Reich y la URSS, son:

La economía dirigida.

La economía dirigida por una burocracia formada en Alemania por recién llegados, pertenecientes en su inmensa mayoría a las clases medias separados de su esfera y en la URSS, de elementos pertenecientes a la clase obrera y a las clases medias.

El pensamiento y la educación dirigidos.

El culto al Jefe.

En una y en otra, el sistema implica la abolición de la democracia, es decir, de los derechos de los individuos dentro del Estado, tal como los define el **habeas corpus** impuesto por la Revolución inglesa; la abolición de los derechos del hombre, tal como los define la Revolución francesa; la abolición de los derechos de los trabajadores, tal como los definió la Revolución rusa; la abolición del derecho de consulta o de sufragio de las masas, tal como fué establecido en el apogeo del capitalismo, con el sufragio universal y los parlamentos, o como fué establecido en

los comienzos de la Revolución rusa con los Soviets. Sobre una base económica proporcionada por la industria moderna, estos regímenes, en plena regresión si se les compara con la civilización del siglo XIX, recuerdan cada vez más a las monarquías absolutas del pasado, servidas y sostenidas por un inmenso aparato burocrático o de casta. Nada más viejo en el mundo que el despotismo. Las necesidades de la lucha por la existencia obligan a estos Estados a negar los valores esenciales, conquistados con pena y no completamente en el transcurso del siglo XIX por el capitalismo, gracias a un desarrollo prodigioso de las fuerzas de producción: respeto a la vida humana, respeto a la verdad, respeto a la verdad científica, respeto a los demás (humanismo desbordando los límites de la raza blanca). No es fácil demostrar cómo estos valores fueron siempre precarios y se vieron amenazados, discutidos, escarnecidos por la sociedad, en el seno de la cual se afirmaban cada vez más. De no haber sido así, no podrían ser puestos hoy en discusión. Nos interesa recordar solamente que hubo un momento en la Europa Occidental en que una ejecución capital constituía un verdadero acontecimiento; el ciudadano tenía la seguridad de no desaparecer en la noche, fuesen las que fuesen sus opiniones (¡podía tener opiniones!); un Carlos Darwin, un Carlos Marx, podían trabajar en pleno día: Zolá, Tolstoi, Gorki, podían escribir; los pogromos provocaban una reprobación general . . . Ningún jefe de Gobierno se hubiera permitido escarnecer impunemente la opinión de su país o de los otros países, echando mano del engaño más bochornoso y, desde luego, más ultrajante. Por ejemplo: "la última reivindicación territorial" de Hitler, "la Polonia necesaria para Europa", de Goering, la "palabra" dada por Goering a Checoeslovaquia, el antibolchevismo de Hitler,

después, su viraje y su amistad con la URSS, la matanza de sus compañeros de armas el 30 de junio de 1934 . . . Así, por ejemplo, el antifascismo de Stalin, después su "amistad con el pueblo alemán sellada con sangre", las negociaciones por partida doble, públicas las unas y secretas las otras, que desembocan en el pacto Hitler-Stalin; las habladurías de Stalin sobre "el entusiasmo de la colectivización", cuando es el terror el que impone la colectivización; sobre "el aumento de los salarios", cuando estos sufren una caída vertical; sobre "la importancia de los cuadros", cuando el terror más implacable destruye estos cuadros; en fin, la matanza de los compañeros de armas, por Stalin. El paralelismo es sorprendente. Las mismas causas producen, seguramente, los mismos efectos en las mismas luchas sociales. Aquí y allá la dictadura burocrática y policiaca (o inquisitorial) se mantiene con dificultad contra la gran mayoría de las poblaciones, cuyos intereses y sentimientos hiere. Aquí y allá, los regímenes, en lugar de responder a las necesidades del desarrollo social, constituyen verdaderos obstáculos a este desenvolvimiento; y ellos mismos se saben rodeados de una inmensa reprobación. De ahí los campos de concentración y el miedo a toda palabra libre.

Esta debilidad interior, infinitamente peligrosa, queda compensada en los regímenes totalitarios por el culto al "Jefe", que polariza el sentimiento de las masas y crea, con la ayuda de una inmensa propaganda derivada de la gran publicidad comercial, una hipnosis de autoridad. No obstante, creemos encontrar entre el Fuhrer y el "Jefe genial" una diferencia bastante importante. Hitler no tiene, aparentemente, más que una existencia simbólica. La complicada maquinaria de un Estado industrial fuertemente centralizado, donde nada pertenece a la iniciativa individual

exige, lo mismo que en una red ferroviaria, en un trasatlántico o en una gran fábrica, una dirección de especialistas provistos de buen personal, de estadísticas exactas y de una estricta contabilidad. El Imperio nazi es todo esto. En realidad, está gobernado por algunas docenas o centenas de técnicos enérgicos y competentes. En la cúspide, un consejo perfectamente informado medita los proyectos, pesa el pro y el contra de cada empresa, toma decisiones o las ordena a través del hombre-símbolo. Desde los altavoces, Hitler agrega a estas decisiones el necesario coeficiente de histeria útil. En cambio, la destrucción de los cuadros seleccionados crea a Stalin una situación única. Necesita decidirlo todo por su propia cuenta, estar al corriente de todo. Por otra parte, la máquina administrativa que tiene a su disposición le proporciona, generalmente, falsas estadísticas, su funcionamiento es a menudo incoherente, su técnica primitiva. El carácter y la mentalidad del Jefe imprimen una huella decisiva a todos los acontecimientos. La caída de Stalin tendría más importancia real que la de Hitler, que podría incluso verse separado del poder por una decisión del Estado Mayor del Imperio nazi.

El llamamiento a las energías individuales hizo posible las grandes realizaciones del capitalismo. El llamamiento a la liberación de las masas dió a la Revolución rusa toda su fuerza. Los dos regímenes totalitarios imponen, al individuo y a las masas, el silencio y la represión. Acumulan contra ellos mismos, en ellos mismos, explosivos de una potencialidad incalculable. A la vista están los que les son comunes. Otros hay que convierten al stalinismo y al nazismo en extraordinariamente vulnerables el uno por el otro. Lo que nos lleva a considerar la estrategia social de esta guerra.

CAPITULO XIX

DINAMITAS OPUESTAS

A simple vista el Imperio nazi parece tener ventaja. Los campesinos constituyen las tres cuartas partes de la población de la URSS y nunca han aceptado el *régimen* de la colectivización forzosa, no por oposición de principio, sino por las formas inaceptables que le ha dado el Estado staliniano. La administración de los koljoses es elegida por pura fórmula. En realidad, es nombrada directamente por los Comités del Partido, es decir, impuesta desde fuera por el Estado. Los campesinos sólo tienen derecho a tomar la palabra en el Consejo, cuando se trata de discutir sus intereses fundamentales, después de las "depuraciones" más desmoralizadoras. El Buró Político se ha visto obligado a recomendar a los dirigentes de los koljoses moderación en la aplicación del terrible castigo que constituye la exclusión de un campesino. El excluído se ve obligado a irse casi desnudo. En forma de impuestos, de alquiler de maquinaria, de reembolso de créditos, de entrega obligatoria de carne y de leche a precios irrisorios, el Estado, que es el que ordena la clase y calidad de los cultivos, y los fun-

cionarios, que se inmiscuyen en todos los detalles de la vida rural, controlan íntegramente el empleo del tiempo de cada uno. Al fijar arbitrariamente las retribuciones por el trabajo (se nos permitirá no analizar aquí el pago complicado de las teóricas "jornadas de trabajo"), el Estado se apodera de la mayor parte de la producción agrícola. Se calcula que el consumo medio de trigo por cabeza en los campos rusos era, bajo el antiguo régimen, de unos 2'5 quintales anuales, lo estrictamente suficiente para mantener un tipo de alimentación pobre. Las estadísticas soviéticas nos obligan a constatar que en 1932, los koljoses sólo distribuyeron 1'30 quintales de trigo por cabeza, lo que hace un verdadero porcentaje de hambre. En 1934, llegaron a distribuir 2'59, lo que daba ya una cantidad suficiente. Pero, desde 1936, apoyándose en la insuficiencia de la cosecha, los campesinos reciben menos de la mitad del trigo que necesitarían para poder vivir ...

La insuficiente producción de artículos manufacturados sirve únicamente para cubrir las necesidades de los privilegiados que gravitan alrededor del poder; a mantener el ejército, la policía y el partido, y para abastecer escasamente las ciudades. Muy poco queda para el campo. Los campesinos carecen de artículos de primera necesidad: tejidos, zapatos, agujas de coser, medicamentos, cerillas, muebles, utensilios del hogar ... En los mercados se asiste a la venta y a la reventa de viejas lámparas de petróleo del siglo pasado, de vestidos mil veces remendados, de estufillas inservibles, de zapatos inverosímiles ... Esta penuria de productos es la causa de un sufrimiento constante y de un descontento profundo. El campesino se siente explotado; escarnecido, porque se finge solicitar su consentimiento a medidas para él inaceptables; despojado del fruto de su trabajo; engañado en el mercado, donde los pro-

ductos por él vendidos son pagados en rublos-papel sin ningún equivalente-mercancía. Recuerda: 1) haber vivido mejor en el pasado, bajo la NEP, en 1925-29; 2) haber "expropiado a los señores", vencido a través de una gran guerra civil y al precio de su sangre; 3) haber contribuido a la constitución de un Estado soviético, en el que los trabajadores debían ejercer ellos mismos el poder. Y vive mal, se le han vuelto a quitar las tierras —ya que la administración dispone de ellas— y, careciendo de derechos políticos, no puede ni elevar protestas ni proponer cambios. Tampoco olvida las deportaciones en masa del período de la colectivización, las ejecuciones, las muertes por hambre, los infelices fusilados por haber robado gavillas de trigo de su propio campo. Raras son las familias de campesinos que no han sufrido, de un modo o de otro, el peso brutal de la represión y del hambre más negra. En 1935-36, en una lejana región de la Rusia europea, les oíamos desear, en alta voz, la guerra que debía poner fin a esta opresión. Su lógica elemental, ilustrada por la experiencia de la primera guerra mundial, les hacía desear la guerra, no por sentimiento derrotista, sino para apoderarse de las armas. En su inteligencia confusa, ilustrada siempre por la experiencia de la primera guerra mundial, está la idea de que las invasiones pasan, de que Rusia se levanta siempre de sus derrotas, de que el destino del pueblo ruso es el de sufrir enormemente (incluso en tiempos de paz . . .), pero también está la idea de que los gobiernos que conducen a la miseria, a la injusticia y a la derrota, se hunden con la guerra, y que la salvación de los campesinos está entonces en la posesión de armas, bien enterradas detrás de su casa de campo, para poderlas desenterrar el día necesario.

El invasor no deja de conocer este estado de ánimo de

los campos rusos y procurará sacar de él todo el partido posible. Un periodista inglés, expulsado de Moscú la víspera de la guerra, escribía en el TIMES que el invasor extranjero que pudiese ofrecer artículos manufacturados a los campos soviéticos, sería en ellos fácilmente tolerado...» Es posible. El Imperio nazi se presenta ante los campesinos rusos como un Estado que respeta la propiedad rural; los campesinos del Reich no han sido ni despojados, ni deportados, ni "colectivizados" contra su voluntad; se ha limitado a imponerles reglamentaciones draconianas, pero soportables. El Imperio nazi parece tener, pues, grandes posibilidades de influir sobre las masas campesinas de la URSS, en el sentido de provocar una disgregación del régimen staliniano-soviético. Es la más explosiva dinamita social que puede tener a su disposición en esta batalla de gigantes.

Esto, si el Imperio nazi tuviese tiempo y si pudiese dar rápidamente a la Rusia vencida y ocupada, o avasallada, artículos manufacturados en cantidad suficiente y a bajo precio... Pero, ¿dispone de tiempo? ¿Posee los stocks necesarios? ¿No está obligado a tomar en lugar de dar?

Estamos seguros de que el III Reich carece de este tiempo y de estas mercancías, porque la misma Alemania racionada carece, a su vez, de artículos de consumo, porque los países ocupados están aún más faltos de ellos, porque la producción y los transportes están completamente desorganizados en todo el continente europeo, porque las fábricas alemanas trabajan para la guerra y porque las destrucciones de la RAF disminuyen indudablemente su capacidad productora. Por grandes que sean las condiciones y los esfuerzos de los propagandistas que siguen a las divisiones acorazadas, nada ni nadie podrá desfigurar ante

los ojos de los campesinos rusos esta evidente realidad: que los conquistadores vienen a robar las riquezas naturales de la URSS y a imponer al pueblo ruso un nuevo régimen de explotación. Hay que alimentar a los ejércitos de ocupación alejados centenares de kilómetros de sus bases. ¿Cómo hacerlo, si no a costa del país conquistado? Los registros y las incautaciones del invasor provocarán, indiscutiblemente, la resistencia de los campesinos, facilitada por la configuración geográfica del país. Los ejércitos en retirada dejarán en los campos armas en cantidades suficientes. La guerra de guerrillas surgirá espontáneamente en los países ocupados. El campesino explosivo actuará a la vez contra la invasión y contra el régimen staliniano.

La dinamita que posee la URSS en el seno del Imperio nazi es puesta de relieve por el análisis más simple. Alemania es el país de Europa que posee una proporción mayor de obreros y de técnicos. Sus mismos ejércitos motorizados comprenden un elevado número de soldados y oficiales mecánicos. Ahora bien, el problema obrero está muy lejos de haber sido resuelto en Alemania; el nazismo ha conquistado el poder en contra de la clase obrera, destruyendo sus sindicatos, sus partidos, su prensa, sus cooperativas, sus cuadros, sus tradiciones. Actualmente, obliga a trabajar y a combatir por lo menos a treinta millones de proletarios contra el Estado soviético, que ha intentado resolver el problema obrero por la dictadura del proletariado y que lo ha conseguido, hasta cierto punto, durante diez años. Incluso ante los ojos de los enemigos del comunismo, el stalinismo ha conservado ciertas conquistas fundamentales de la revolución. La nacionalización de los medios de producción y de los transportes, la nacionalización de todas las riquezas naturales del país, la aboli-

ción de la propiedad privada, la total abolición del capitalismo, subsisten en la realidad y en todas las conciencias. Admitimos, con Dwight Macdonald, a reserva de un estudio más profundo, que el Imperio nazi no es ya un Estado capitalista; que la burocracia nazi, llamada al poder por el gran capital, ha desposeído de hecho, a la clase capitalista, instaurando una especie de colectivismo sin ese nombre, lo que explica, hasta cierto punto, el dinamismo extraordinario de la potencia germana. Consigue, en el interior del país, una organización más coherente, más equilibrada, que la que rige en los Estados capitalistas en decadencia. La importancia de esta constatación puede ser enorme, ya que termina de golpe con las ilusiones del liberalismo y subraya la imposibilidad para Europa de volver a un régimen social que recuerde al existente antes de la guerra. Pero, nacido del capitalismo en derrota y de la reacción antisocialista, el régimen nazi no ha podido encontrar a los problemas de la producción y del consumo, otras soluciones que la opresión y la guerra. Ni siquiera ha tenido el mérito de intentar y buscar otras soluciones. Se presenta, ante los ojos del pueblo alemán, como el más vivo contraste frente a la revolución rusa y a la URSS. Lejos de proporcionar al proletariado un nuevo derecho y una nueva dignidad (lo que hizo la revolución rusa con tanto éxito que el stalinismo, después de haber pisoteado este derecho, esta dignidad, puede aún agrupar, en casi todos los países del mundo, importantes masas ciegamente crédulas), el nazismo afirma principios completamente contrarios: autoridad absoluta, jerarquía, racismo. Tara y pecado original. Si suprime el capitalismo es contra su propia voluntad; todavía desearíamos saber qué parte de beneficios de la colectividad corresponde a las clases poseedoras, reducidas a la obediencia pasiva en la eco-

nomía dirigida. Los privilegios de la jerarquía burocrática son un principio sagrado en el Imperio nazi; en la URSS staliniana, son una usurpación, son negados y desaprobados. La ideología soviética, desfigurada por la reacción staliniana, sigue siendo un humanismo de tendencia socialista, igualitario y libertario. La obra de Lenin sigue en pie; sólo ha podido ser momentáneamente ahogada bajo el peso de un mausoleo de granito. Los recuerdos históricos de la revolución persisten; sólo han podido ser momentáneamente ahogados por el peso de cien mil cadáveres de fusilados. Pero, ¿en qué obra, en qué recuerdos capaces de entusiasmar a los hombres libres, puede inspirarse la tradición nazi?

Hasta el advenimiento del nazismo, las frecuentes elecciones alemanas demostraron la existencia de formaciones sociales estables, agrupando a cerca de 4 millones de obreros socialdemócratas, 2 millones de obreros comunistas y 4 millones de demócratas católicos. Estos hombres existen aún; sus familias existen. La clase obrera alemana ha soportado, durante un cierto tiempo, la influencia del nazismo, que le proporcionaba trabajo; ahora comprende para qué ha servido su trabajo. Los socialdemócratas, asustados por el ejemplo de la revolución rusa, intentaron ahorrarse, incluso al precio de la sangre de sus compañeros espartaquistas, las convulsiones de una revolución social violenta; en 1933, cuando Hitler subió al poder, y creyendo también ahorrarse una guerra civil, dejaron de empuñar las armas. Hoy se ven obligados a constatar que, en las luchas sociales, como en ciertas enfermedades, es muchas veces contraproducente el ahorro de ciertas operaciones quirúrgicas. Su pusilanimidad y su falta de visión no han hecho más que retrasar la crisis, agravándola, y los gastos de sangre

para la salvación de Alemania, se verán, por lo menos doblados. El rostro odioso del nazismo hace menos desagradable el del stalinismo: el alemán medio revisa actualmente sus juicios sobre la revolución rusa y el Termidor staliniano. Después de todo, la revolución rusa puede ser regenerada y, en cambio, nada puede esperarse del nazismo. Que no se nos reproche el perdernos aquí en consideraciones teóricas. Todas las informaciones que nos llegan de Alemania nos presentan a una clase obrera agriada, fatigada, que se aprieta el cinto, que trabaja diez horas diarias o más, que durante la noche, y aprovechando los bombardeos, escribe sobre las ruinas de Hamburgo: "¡Gracias, Fuhrer!", que aprieta los dientes y los puños y espera.

En la guerra contra el Tratado de Versalles, Hitler podía contar, sin duda alguna, con el sentimiento de la inmensa mayoría de los alemanes. En la guerra de conquista, por el "espacio vital", contra las potencias ricas, dueñas de los mares y poseedoras de inmensas colonias. En cambio, en la guerra contra una Rusia pobre, con la que simpatizan el proletariado y una gran parte de las clases medias el sentimiento de la mayoría tiene que serle forzosamente adverso. Consideremos, además, que de victoria en victoria, su guerra no trae consigo ninguna ventaja, ya que ésta sólo puede ser conseguida después de una victoria sobre los Estados Unidos por la posesión de los continentes, habiendo levantado, excepto al Japón, a todos los grandes países en su contra. El alemán medio no ha olvidado todavía que la derrota de 1918 vino después de una ofensiva victoriosa, después de la invasión de Bélgica, de Francia de Polonia, de los países bálticos, de Servia, de Rumania de Italia... La URSS cuenta pues, en el seno del III Reich con numerosos aliados, que se manifestarán tarde o temprano y que se manifiestan ya por el paso a las filas del

Ejército Rojo de aviadores y soldados alemanes (no recordamos, que se sepa, que se pasaron, en las campañas anteriores, a las filas inglesas o francesas . . .). Pero, no es necesario decir que Stalin no es el más adecuado para dirigirles llamamientos. No es al liquidador del bolchevismo a quien corresponde hablar el lenguaje del bolchevismo de 1918. ¿Quién sería capaz de darle crédito? Los mismos comunistas se sentirán aliviados cuando desaparezca del mapa. Y los hombres que sabían hablar a Alemania, que Alemania conocía, los Zinoviev, los Bujarin, los Krestinski, los Radek, han sido deshonrados o fusilados.

(Más tarde veremos cómo la cuestión campesina se complica, en la URSS, con la cuestión nacional, y cómo Stalin ha preparado, lo mejor que le ha sido posible, el desmembramiento de la Unión).

CAPITULO XX

STALIN COGIDO EN LA TRAMPA

Y henos aquí a finales de la primavera de 1941, a comienzos del tercer año de guerra y a la mañana siguiente de la brillante victoria conseguida en Grecia por el Imperio nazi, victoria seguida por el estallido final de la conquista de la isla de Creta por los aviadores y paracaidistas de la Luftwaffe. La Gran Bretaña, cada vez más apoyada por los Estados Unidos, sostiene en el Atlántico una larga y difícil batalla contra los corsarios y los submarinos. La prensa americana acaba por reconocer que la situación de las Islas Británicas es crítica, que su abastecimiento normal está amenazado y que Londres tiene una alimentación deficiente. En Egipto-Libia, donde el General Wawell ha dado golpes casi decisivos al Imperio mussoliniano, los británicos se baten a la defensiva. Los nazis han conseguido pasar a Africa, a través del Mediterráneo dominado por la flota inglesa, divisiones acorazadas lo suficientemente fuertes para salvar Trípoli y amenazar Alejandría. Con ello demuestran la incapacidad del régimen fascista y que los soldados del Duce no quieren combatir. En todos

los frentes, el Imperio nazi conserva la iniciativa. O los anglo-americanos no están lo suficientemente preparados o su mentalidad de pueblos ricos, a los que nada puede reportar una victoria —a menos de no ser la revolución europea—, los sitúa en inferioridad de condiciones. Lo más probable es que sucedan ambas cosas a la vez. Uno no puede dejar de pensar que si los británicos hubiesen podido o querido aceptar la batalla de los Balcanes, con fuerzas suficientes para infilngir una derrota a los ejércitos alemanes, el curso de los acontecimientos hubiese sido profundamente modificado en todas partes. Sólo son capaces de reaccionar, con fuerza y rapidez, cuando el nuevo acorazado alemán de 50,000 toneladas, el **Bismarck**, navegando por primera vez en alta mar, hunde en pleno Atlántico del norte el **Hood**, el más grande y más viejo de los acorazados ingleses. En menos de cuarenta y ocho horas el **Bismarck** es acosado, cercado y hundido. Con una flota inferior a la del enemigo, los nazis han demostrado una vez más, como en Narwik, que saben correr riesgos, tomar la iniciativa, incluso sin tener la certeza de vencer; arriesgarse y perder. En esta atmósfera de victoria alemana en todo el continente y de estancamiento por parte de los anglo-americanos, va a iniciarse la campaña de Rusia.

Tenemos a la vista una fotografía fechada el 12 de noviembre de 1940; representa a un señor envuelto en un abrigo, con sombrero de fieltro, anteojos, rodeado de generales alemanes condecorados, con un Ribbentrop a la derecha y un Himmler a la izquierda, desfilando ante una fila de soldados encasquetados. En el fondo banderas y cruces gamadas. El pequeño señor de los lentes sonríe como si acabasen de arrancarle un diente. Podría creérsele un prisionero. Es, no obstante, Viatcheslav Molotov, Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la URSS.

pasando revista en Berlín a un destacamento nazi que le rinde honores. Es el sucesor de Lenin y de Rykov (su amigo y camarada de veinte años, que ha dejado fusilar), llegado a Berlín a invitación del Fuhrer, donde prosigue amigables negociaciones "en un ambiente de mutua confianza", como dicen los comunicados de prensa. Por primera vez un jefe de gobierno de la URSS se trasladaba oficialmente al extranjero, y era precisamente a la capital nazi. Dos meses después de estas lamentablemente hipócritas negociaciones, el III Reich ocupaba Rumania (10 de enero de 1941), pronunciando con ello una amenaza directa contra la URSS. Juego de tramposos del que todos salen perdiendo, hemos dicho con motivo del pacto de Moscú. ¡La partida sigue! El mundo, entregado a la guerra se alimenta de mentiras, y la picardía diplomática continúa preparando la guerra. Matsuoka, Ministro de Estado del Japón, visita Berlín y Roma en abril de 1941. Hitler y Mussolini le indican la necesidad de estrechar los lazos del Eje con Moscú y, al pasar por el Kremlin, Matsuoka ofrece a Stalin, en el curso de una conversación personal, un pacto de neutralidad soviético-japonés, que es firmado el 13 de abril. Matsuoka vuelve a Tokio con este magnífico éxito en cartera: tres veces se han burlado de él: en Berlín, en Roma y en Moscú.

La URSS aprovecha todas las circunstancias para afirmar su satisfacción por las buenas relaciones que existen con el III Reich. No obstante, termina su movilización industrial y comienza la del ejército. El 6 de mayo, Stalin asume la Presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo. ¿Por qué carga sobre sus espaldas semejantes responsabilidades, cuando su situación de "Jefe genial" del Partido y sus funciones de "Secretario General" del Comité Central le permiten desaprobar cómodamente los instru-

mentos de su propia política y mantener, por este procedimiento, en medio de todos los fracasos y de todas las crisis, un prestigio oficial intacto? Seguramente porque en vísperas de la guerra, sus grandes burócratas exigieron que asumiera, al fin, responsabilidades directas . . . Es él personalmente el que continúa la política de concesiones al III Reich, reconociendo, el 12 de mayo, al Gobierno pro-nazi del Irac (un Gobierno de fantoches, que huirá a los pocos días), y expulsando de la URSS a los representantes diplomáticos de los países vencidos (¡cuya alianza buscará de nuevo antes de un mes!). La prensa mundial comienza a llenarse de rumores sobre extraños preparativos de ambos lados de la frontera germano-soviética. Tan pronto se anuncia la adhesión de la URSS al Eje Berlín-Roma-Tokio, y la entrada en guerra de los ejércitos rojos al lado de las divisiones acorazadas de la Wehrmacht, como se anuncia la agresión alemana contra la URSS. El pueblo ruso no sabe nada, nada en absoluto. El 6 de junio, las agencias oficiales de Berlín y de Moscú, desmienten formalmente que ambos países realicen preparativos bélicos. El 11 de junio, sir Stafford Cripps, embajador de Gran Bretaña en Moscú, regresa a Londres . . . Sir Stafford Cripps es un laborista partidario de la colaboración con la URSS staliniana, pero en Moscú no ha logrado obtener nada de nadie, apenas si raros contactos con los dirigentes oficiales de la política extranjera: un Vychinsky (ex-fiscal de los abominables procesos de Moscú), un Losovski (ex-agitador de la Internacional Sindical Roja, del que uno se pregunta por qué milagro ha escapado a las proscripciones . . .). Stalin ha sido burlado hasta tal punto por Hitler, que hasta el último momento se ha abstenido de plantearse una colaboración con Inglaterra y los Estados Unidos. El pacto con Hitler ha servido, admirablemente, para conducir a Rusia

a la emboscada. Con tanto éxito, que cuando las divisiones **panzer** inician la ofensiva nada ha sido previsto en Moscú para asegurar a la URSS la ayuda de sus aliados naturales en esta guerra. El Imperio nazi desencadena la guerra contra una URSS diplomática y militarmente aislada y desacreditada.

El 22 de junio, el III Reich, Italia, Finlandia, Hungría y Rumania (Albania y Croacia seguirán después, y España enviará una división azul), declaran la guerra a la URSS. La invasión está en marcha, la sangre corre sobre más de 2,000 kilómetros de frontera entre el Océano Artico y el Mar Negro.

CAPITULO XXI

POTENCIA MILITAR DE RUSIA

Todo cuanto se refiere a la potencia militar real es un secreto en todos los países. Pocas cosas se saben en verdad. Lo cierto es que los finlandeses lucharán mal en esta guerra, a disgusto. Demócratas al fin, ¿por qué van a luchar aún? ¿Para ser esclavizados, a continuación, por el III Reich? Saben, además, que Rusia cuenta con el tiempo a favor suyo, que resurgirá de las peores derrotas y que, si el Ejército Rojo lo considerara conveniente, los aplastaría antes de sucumbir. Los rumanos lucharán también mal, por ser un ejécito campesino trabajado por el instinto de clase y cuyos dirigentes están dispuestos a fusilarse entre sí. Los húngaros lucharán también mal, porque saben que el daño que puedan producir actualmente a Rusia será pagado tarde o temprano. También los alemanes lucharán a disgusto, y no serán las embarazosas justificaciones de Hitler y de Ribbentrop las que mejorarán, precisamente, la moral del ejército. Pero la máquina de guerra está bien montada, la disciplina descansa sobre la pena de muerte, la Gestapo vigila la reta-

guardia y mantiene secciones vigilantes en los frentes; la máquina de guerra funcionará, pues, como de costumbre, hasta que estos resortes represivos fallen.

Los anuarios militares de 1939 daban cifras paralelas en lo que a la URSS y al III Reich se refiere:

Ejército activo y reservas instruídas, en conjunto:

III Reich	7,188,000 hombres.
URSS	7,150,000 hombres.

Ejército del aire:

III Reich	338,000 hombres.
URSS	150,000 hombres.

La propaganda soviética hablaba de 12 y 14 millones de movilizables, cifra admisible en una población de 175 millones de habitantes. Pero la movilización es, sobre todo, una cuestión de transportes, de equipo, de instrucción, de mando y, desde este punto de vista, la URSS no podrá utilizar sus reservas más que lentamente, con dificultad y a través de una larga guerra.

En el mar, la URSS dispone de tres flotas que le aseguran la supremacía en el Báltico norte, en el Mar Negro y frente a Vladivostok. Los barcos de línea son viejos, pero modernizados de arriba abajo; la flota submarina es fuerte y buena, sensiblemente más numerosa de lo que señalan las informaciones oficiales. No bajará de unos cincuenta submarinos en cada uno de los tres mares, si no es más.

Se considera que la URSS posee unos 20,000 tanques, unos cuantos más que el Imperio nazi; pero, a igualdad numérica, es la organización de los transportes y la calidad de los cuadros lo que puede decidir. Posee, también, una excelente aviación de primera línea, algo inferior en número a la del enemigo; y, además, varios millares de

aparatos de modelos superados, pero de los que los aviadores soviéticos sabrán, no obstante, sacar partido. En total, la cifra de los aviones puede ser considerada en diez mil aparatos.

Es decir, en su conjunto, el mejor y más numeroso ejército del mundo, después del alemán.

Le hemos venido observando de cerca durante largos años. Su organización interior es, en ciertos aspectos, seguramente superior a la de la Wehrmacht, basándose no en la disciplina cuartelaria, sino en la educación y en la instrucción. Es, seguramente, el único ejército del mundo en el que el soldado se siente objeto de un constante esfuerzo de educación, orientado, en todos sus detalles, a despertar su conciencia de clase. Si las "depuraciones" no hubiesen diezmado los cuadros de sus "servicios políticos", sería único por la competencia, riqueza de personal, variedad de conocimientos y entrenamiento social. Pero, a partir de 1936, los cuadros han sido sistemáticamente destruídos y renovados; la ideología revolucionaria, que constituía su fuerza moral, ha sido liquidada o falsificada, aunque de ninguna manera enteramente aniquilada. El ejército activo está formado por jóvenes animados de un sincero y ardiente patriotismo soviético. Después de Tujatcheski, que había sido el promotor, la mecanización y la motorización han sido llevadas muy lejos; la potencia de tiro de la infantería rusa pasa por ser superior a la de la infantería alemana. En cambio, habría mucho que decir de la calidad del equipo y del armamento. El material ruso enviado a España se demostró más bien defectuoso. (En Extremo Oriente se demostró superior al material japonés). Cualquiera que conozca Rusia sabe que su equipo industrial sufre de la dificultad de los transportes, de la falta de piezas de recambio, de la falta de mano de obra

calificada, de miseria general. El ejército carece de trajes de ropa, de cuero, de lana . . . Pero, sobre todo, el Ejército Rojo carece de cuadros. Sus mejores cabezas han sido cortadas, ya lo hemos visto. La poda sangrienta de los cuadros de mando revistió tal gravedad que Vorochilov, Comisario del Pueblo en la Defensa, tuvo que firmar promociones en masa abarcando de un golpe hasta diez mil oficiales. Tuvo que sacar también a miles de oficiales de los campos de concentración, y la prensa publicó que más del 50 por ciento de los oficiales separados del ejército y enviados a trabajos forzados habían sido víctimas de abusos y de errores judiciales. (En cuanto a los fusilados, es evidente que ningún cálculo de esta clase fué formulado).

Después de la guerra de Finlandia, Stalin se ha esforzado por reconstruir un Estado Mayor que pudiera suplir al que había sido formado en el transcurso de la primera guerra mundial y de la guerra civil y que, por razones políticas, había sido aniquilado. La insignificante victoria conseguida sobre el pequeño ejército finlandés justificó el nombramiento de tres nuevos mariscales: Koulik, Chapochnikov y Timochenko, en sustitución de Tujatcheski, fusilado, y de Blucher y Egorov, desaparecidos). Ahora ya no se habla de Koulik y de Chapochnikov. ¿Es que han desaparecido también? Chapochnikov es —de seguir viviendo— el último representante de los cuadros del antiguo ejército imperial. Ha dirigido, durante largos años, la Academia de Guerra soviética. Ha colaborado con todos los grandes jefes sacrificados, lo que le daba pocas posibilidades de sobrevivirles. Timochenko, según las biografías publicadas, tiene en la actualidad 46 años. Completamente desconocido durante los primeros años de la revolución, siguió desconocido hasta la mañana siguiente de

las proscripciones. Ha hecho su carrera militar a las órdenes de los generales fusilados, en medio de las ejecuciones, cuando la inquisición diezmaba al ejército. Fué colaborador del Comandante de la Región de Kiev, Iakir, fusilado en 1937; sucedió, en la Región del Cáucaso septentrional, a Kachirine, que iba a ser fusilado. Sus cualidades estratégicas, caso de poseerlas, parecen haber sido adquiridas en una estrecha colaboración con la policía política.

Sobreviven los mariscales Vorochilov y Budieny, veteranos ambos del viejo partido y combatientes de 1918-21. Vorochilov, antiguo obrero tornero, posee una gran experiencia de hombre de guerra, a pesar de no haber dado nunca pruebas de cualidades extraordinarias. Su prestigio era grande y de mejor calidad que el del propio Stalin, pero la decapitación del ejército constituyó para él un golpe decisivo. (También él fué detenido por espacio de veinticuatro horas y poco le faltó para que no desapareciera . . .). En efecto, si todo el mando superior traicionaba en los propios despachos del Comisariado del Pueblo en la Defensa, ¿de qué servía Vorochilov? Y si sus colaboradores eran inocentes, ¿no resultaba criminal el sacrificarlos a aquella obscura y desgraciada razón de Estado? Su influencia reducida a cero, Vorochilov, agriado y envejecido, fué separado del Comisariado de la Defensa y revestido de altas funciones honoríficas. No es imposible que desempeñe un importante papel en los acontecimientos futuros, si tiene el valor de desaprobar su pasado reciente. Budieny estuvo al frente, en tiempos de la revolución, de una caballería convertida en legendaria. El arma ha envejecido y el hombre no ha sido jamás otra cosa que un hábil y valeroso espadachín.

El espionaje nazi ha desempeñado, seguramente, un

importante papel en la decapitación del Ejército Rojo. Los generales y los oficiales han sido ejecutados bajo la acusación de traición, desprendida de documentos fabricados en Alemania o preparados por agentes nazis. Este fué el caso de Tujatchevski y de sus compañeros de infortunio; los bajos fondos de este asunto han sido ya casi completamente puestos en claro. Este fué también, según parece, el caso de Tupolev y de los técnicos de la aviación, fusilados por la misma época. Los servicios secretos del III Reich realizaban a maravilla su oficio, pero el brillante éxito conseguido en Rusia se debe principalmente al hecho de coincidir sus intereses con los intereses del propio Stalin. Este no pedía más que pretextos a sus propios enterradores y aceptaba con complacencia todas las falsedades fabricadas en Berlín o en otra parte.

Resumamos: grandes efectivos; ejército joven, bastante bien instruído, encuadrado en la base por hombres imbuídos aún de tradición revolucionaria, convencidos y combativos; una mecanización y una motorización bastante completas, pero debilitadas por una escasez de transporte y por el estado general del país; una buena aviación inferior no obstante, a la del enemigo; una igualdad en carros de asalto; un mando medio inferior a sus tareas, falto de capacidad y competencia; una intendencia y unos servicios de abastecimiento muy insuficientes, reflejando los defectos de la propia organización soviética; un mando superior debilitado, aterrorizado y desmoralizado. En síntesis: un ejército de choque, capaz de luchar con energía y bien equipado para una guerra no larga...

CAPITULO XXII

CONDICIONES DE UNA GUERRA INHUMANA

La guerra es llevada por sorpresa a los territorios soviéticos. Los pueblos de la URSS se encuentran, de repente, ante la invasión. Mantenidos en la ignorancia de las transacciones secretas, de los virajes de la diplomacia staliniana, en medio de peligros crecientes; acostumbrados a aprobar ciegamente la "política de paz" del "Jefe genial", los ciudadanos soviéticos vivieron un mes de ansiedad, de rumores y de pánicos desmentidos por el Gobierno. Por un momento pudieron creer que su país iba a entrar en guerra al lado del Imperio nazi . . . ¡Espantoso despertar del 22 de junio! Los bombarderos y los tanques de la potencia "amiga" se habían puesto en marcha . . .

Este efecto de sorpresa lleva en sí mismo un elemento de desmoralización, llamado a transformarse un día en furor. Los gobernantes que conducen a un pueblo a semejantes sorpresas, pasarán momentos difíciles el día que se vean precisados a rendir cuentas. Otra sorpresa parecida: la invasión. La juventud soviética ha sido educada en un sentimiento de superioridad sobre el mundo capitalista. Un

sólo lenguaje estaba permitido: "¡llevaremos la guerra al territorio enemigo, estamos dispuestos, más que dispuestos; somos invencibles!" Estas vulgares fanfarronadas oficiales llenaban los informes de los Congresos e imposibilitaban toda discusión seria, toda preparación psicológica verdadera para la lucha mortal. La PRAVDA llama a Stalin: "¡el más grande estratega de todos los tiempos!". Es además, claro está, "el diplomático más grande", "el Padre de los pueblos" (¿también del pueblo polaco, que libera del nazismo?), "el Jefe amado de los trabajadores de todos los países..." Sólo de paso reproducimos estas fórmulas repugnantes; la hora de reírse de ellas ha pasado para siempre. Pero, impuestas por millares de altavoces, por todos los periódicos, por todos los libros, en todas las escuelas, en todas las asambleas, en todos los escenarios y en todas las pantallas, millones de hombres han creído estas fórmulas, porque no son incrédulos, porque son honrados, porque carecen de espíritu crítico, porque les ha sido negado el derecho a pensar. Y se despiertan hoy en un baño de sangre.

A estas condiciones morales de los comienzos de la guerra corresponden también condiciones materiales no menos desfavorables. Las ciudades, superpobladas, carecen de abrigos antiaéreos o los poseen en cantidad y calidad insuficientes. Moscú tiene en el metropolitano estaciones espaciosas, pero son solamente dos líneas, que deben ser utilizadas por una aglomeración de 4 millones de habitantes. Leningrado, construído sobre pantanos, carece inclusive de buenas cuevas, excepto en el centro de la población. En 1927, las ciudades contaban con una población de 28 millones de almas; en 1936-37, ésta había alcanzado la cifra de 45 millones; a pesar de las nuevas construcciones, la superficie de alojamiento por habitante ha po-

sado de 57 metros cuadrados a 47. Los habitantes de las casas destruídas por los cañonazos o los bombardeos quedarán en plena calle. La falta de locales dificultará el establecimiento de hospitales de guerra y de servicios sanitarios. La falta de medios de transporte (y en el período de movilización la circulación de viajeros ha sido reglamentada y restringida), hará casi imposible la evacuación de las poblaciones civiles. En las zonas de guerra, los habitantes tendrán que huir como puedan, a pie, por las carreteras. Los particulares no pueden disponer ni de coches ni de ómnibus; los caballos son poco numerosos y los habitantes de las ciudades carecen de ellos. ¿Dónde y cómo se albergarán las muchedumbres evacuadas de las zonas de operaciones, en un país donde, por lo general, se vive a razón de una familia por habitación? En tiempos de paz, la población carecía de ropa, de jabón, de medicamentos. En tiempos de paz, el abastecimiento de las ciudades, sobre todo de las ciudades alejadas de las capitales, era ya precario. ¿Cómo estará todo ello a los dos meses de guerra y de invasión?

En tres semanas, los ejércitos del Imperio nazi han ocupado casi toda la Rusia blanca, Lituania, Volhynia y el noroeste de Ucrania, es decir, regiones cuya población comprende cerca de 3 millones de judíos, desde este momento entregados al saqueo, a los pogromos y a las ejecuciones sumarias . . . De esta manera la guerra, más inhumana aquí que en ninguna parte, reviste inmediatamente para el pueblo ruso un aspecto monstruoso.

Al primer choque, las fronteras soviéticas han sido hundidas, la batalla de Bielostok ha sido perdida, las fortificaciones de la antigua frontera polaca han caído en manos del enemigo y los países bálticos han sido invadidos. Todo da la impresión de que en un año, el Gobierno staliniano

ha sido incapaz de poner en estado de resistir siquiera diez días, los nuevos territorios estratégicos adquiridos. El 2 de julio, la radio de Moscú difundía un discurso de Stalin reconociendo la pérdida de "Lituania, de una gran parte de Letonia, de la parte occidental de la Rusia blanca y de Ukrania". ¡Hasta aquel momento la URSS no había sabido nada en absoluto! Las explicaciones, curiosamente embarazosas del "Jefe", valen la pena de ser recordadas y sumariamente analizadas. Si la guerra, dice, ha tomado este giro desastroso, es que "ha empezado en condiciones ventajosas para las fuerzas alemanas y desventajosas para las fuerzas soviéticas . . ." Textual. Uno dudaba de ello. Alemania, completamente movilizada, ha podido volcar sobre Rusia 170 divisiones, mientras que la URSS "apenas si ha tenido tiempo para llevar sus tropas a la frontera". Aquí sí que uno no comprende nada, sobre todo si se tiene en cuenta que en el mensaje de Año Nuevo Stalin declaraba que la URSS "estaba completamente movilizada"... "Cabe preguntarse cómo el Gobierno soviético ha podido establecer un pacto de no-agresión con enemigos tan pérfidos como Hitler y Ribbentrop". Cabe preguntárselo, en efecto, y hay que convenir que mucha gente se lo ha venido preguntando. No fué ningún error, responde Stalin, perentoriamente, ya que "un Estado pacífico no puede rechazar un tratado de paz ofrecido por un país vecino, inclusive si este país está gobernado por enemigos y caníbales como Hitler y Ribbentrop . . ." Y "de esta manera, nosotros hemos ganado dieciocho meses para nuestra preparación". Esta argumentación sólo puede mantenerse en pie ante un pueblo mudo. No sería difícil contestar que el pacto Hitler-Stalin de agosto de 1939 no era un tratado de paz, sino en realidad un tratado de guerra contra Polonia, cuyo reparto anunciaba; era el clarín de guerra

para el occidente. Hitler no ofrecía la paz a Stalin; no hacía más que asegurarse la neutralidad de la URSS para empezar sus conquistas en la Europa central y occidental. Ahora bien, en aquel momento, también Francia e Inglaterra ofrecían su alianza a la URSS; Stalin podía escoger. Podía, incluso, abstenerse de los dos lados. Su abstención hubiera sido suficiente para modificar profundamente la relación de fuerzas en presencia y disminuir las posibilidades de éxito del III Reich. Su alianza con Londres y París, si bien podía haber significado para la URSS el riesgo de una guerra en la que no hubiese sido más sostenida, quizá, de lo que fué Polonia, le hubiera procurado, por lo menos, aliados que se hubieran visto obligados a combatir a la fuerza y que se hubieran sentido más fuertes desde los comienzos. La URSS se hubiese enfrentado, en 1939, con un III Reich cercado y no dueño aún del continente. No queremos discutir a Stalin sus afirmaciones de que el pacto de Moscú había dado a la URSS una "enorme ventaja política" y "una base a los éxitos militares decisivos del Ejército Rojo . . ." Ello no es una broma monstruosa, sino el texto taquigráfico. La parte positiva del documento se refiere a la conducta de la guerra. "Abandonemos todo descuido . . ." Seguramente no ha sido tenida en cuenta esta recomendación. Lo que sigue es mucho más curioso. Tres veces se repite la misma amenaza contra "los propagandistas de rumores, los desmoralizados, los cobardes" y', en cambio, los desertores son mencionados una sola vez. Todos dependen del Tribunal revolucionario. Todo parece demostrar que han surgido murmullos en el inmenso país entregado al silencio absoluto, y el dictador no encuentra contra ellos otra medida que el terror. El que se atreva a hablar de una ciudad perdida o destruída antes de que lo digan los comunicados que, por

regla general, no dicen nada, cae dentro de las atribuciones del Tribunal revolucionario; el que se atreva a comentar situaciones cada vez más insostenibles, incurre en las penas más monstruosas. Puede asegurarse que, desde este momento, todos los ciudadanos de la URSS pueden ser conducidos ante el Tribunal revolucionario. ¿Cómo se quiere que un país preso de tales sufrimientos, de semejantes peligros, desprovisto de prensa libre y privado de toda información digna de este nombre, no esté lleno de toda clase de rumores? Las consignas dadas a la población, a las regiones invadidas, serán en el futuro la gran sorpresa de los historiadores: "En caso de retirada obligada . . . todo el material rodado debe ser evacuado; ni una máquina, ni un vagón, ni un saco de trigo, ni un bidón de esencia debe ser abandonado al enemigo. Los campesinos de los koljoses deben entregar todo su ganado y todo su grano a las autoridades encargadas de su transporte a la retaguardia. Todo cuanto no pueda ser transportado debe ser destruído . . ." Pero, ¿y la población? **Entrega** su ganado, pero **no marcha con él: entrega** su grano, pero **no marcha con él: ¡la población se queda, sin grano y sin ganado!** (Tiene que quedarse, en su inmensa mayoría, no permitiendo el estado de los transportes ninguna evacuación). La población se queda, y el "Jefe genial" le ordena hacer la guerra de guerrillas contra el invasor, "volar los puentes, destruir las líneas telegráficas y telefónicas, quemar los bosques", los bosques que constituyen el refugio más seguro para las guerrillas y que impedirán que la población muera este invierno de frío . . . "Es necesario hacer la existencia imposible al enemigo y a sus cómplices . . ." Pero, ¿es que para ello es imprescindible comenzar por hacer imposible la vida a las propias poblaciones abandonadas? El hombre de Estado capaz de semejante lenguaje ha perdido todo

sentido de la realidad y se sumerge en la inconsciencia propia de los tiranos. Si sus órdenes fuesen ciegamente obedecidas harían completamente imposible la guerra de guerrillas en la retaguardia enemiga, ya que las autoridades que van a evacuarse a sí mismas, aprovecharían las instrucciones del "Jefe" para despojar a los campesinos que van a ser abandonados al enemigo, abriendo entre estas autoridades y los campesinos, en pleno clima de derrota, de pánico y de huída, verdaderos y terribles conflictos. Los campesinos defenderán el trigo, que esperan poder ocultar para seguir viviendo; las autoridades los fusilarán, mientras los soldados de las unidades en retirada, campesinos en su inmensa mayoría, tomarán partido por los hombres del campo. De esta manera Stalin enciende, en los mismos frentes y ante los avances enemigos, verdaderos focos de guerra civil. En las regiones despojadas por la burocracia en fuga, los nazis serán bien recibidos sólo por el hecho de poder distribuir una sopa. Tan fácil como hubiera sido decir a los campesinos (tan fácil que parece supérfluo): "Destruid cuanto pueda servir al enemigo; ocultad los víveres; ocultad las armas y preparaos a una larga y desesperada resistencia". Pero los burócratas acosados tienen, incluso, necesidad del último saco de trigo de los mismos koljosianos que están traicionando . . .

Las últimas frases de este documento hablan de la guerra de los pueblos de Europa y de América por su independencia y por las "libertades democráticas". Nos abstendremos de todo comentario. Ya tendremos ocasión de volver al problema, de latente actualidad, de la independencia de las nacionalidades, a la que Stalin ha hecho tan imprudente alusión. Cosa rara: al mencionar a los pueblos cuya existencia y cuya cultura nacional están ame-

CAPITULO XXIII

ESTRATEGIA DE CONQUISTA

No queremos esparcir las nubes de humo levantadas sobre los más vastos campos de la inconcebible matanza. En ambos lados, los Estados Mayores se sienten desbordados por la horrorosa tarea, pierden un poco la cabeza, exageran la mentira y la jactancia. Los nazis se vanagloriaban, en los primeros días, de haber aniquilado 7,000 aviones soviéticos; pero quedan los suficientes para destruir Ploesti e incendiar Constanza. (Los rusos apuntan al petróleo rumano con justa razón). En ambos lados se jactan de haber destruído ejércitos enteros. 900,000 rusos fuera de combate, anuncian los propagandistas nazis. 700,0000 alemanes fuera de combate, anuncian los informadores soviéticos. Y después, estas cifras han sido sobrepasadas, sin que ninguna batalla haya sido todavía decisiva. Lo cierto es que masas enormes han sido puestas en juego, que las tropas del Feld-mariscal Keitel atacan con la misma tenacidad de siempre, pero que pagan más caros que nunca los avances realizados. Para el Imperio nazi es una nueva prueba. Hasta la fecha, sólo había tenido que luchar y

vencer a países débiles; sus triunfos le habían costado poca sangre y poco material. Ahora se siente obligado a echar en la refriega infernal todas sus fuerzas vivas. Que los rusos, a pesar de todo, pelean admirablemente, estamos de ello convencidos: saben, no pueden dejar de saber, que la conquista representa para ellos la esclavitud. Pero la máquina militar del III Reich se impone, a pesar de todo y paso a paso, como era de prever.

En menos de un mes, las divisiones acorazadas alemanas, seguidas de la infantería motorizada, han salvado, desde la frontera prusiana hasta Pskov, más de 650 kilómetros de territorio enemigo; del Vistula a Smolensk, camino de Moscú, más de 700 kilómetros. Minsk, capital de la Rusia blanca, ha sido ocupada, así como otras viejas ciudades enclavadas en el corazón de las Rusias: Pskov, Vitebsk, Mohilev. En el momento de escribir estas páginas, Leningrado se encuentra amenazado por tres lados (20 de julio, vigésimo nono día de la ofensiva alemana). A su vez, Moscú se siente amenazado por las divisiones "panzer" que, a través de Smolensk desembocan en la gran llanura rusa, a 350 kilómetros de la capital. Kiev, capital de la Ukrania, ha caído, cercada, sitiada, destruída, es difícil decirlo. El Gobierno de Stalin mantiene en el interior un lenguaje tranquilizador mientras de cara al extranjero afirma que, en caso de tener que abandonar Leningrado, Moscú y Kiev, se retiraría a Sverdlovsk (antaño Ekaterinbourg), al otro lado de los montes Urales, para continuar desde allí la resistencia. Estas manifestaciones hechas a principios de julio demuestran que, desde aquella fecha, había sido previsto el abandono de la mayor parte de la Rusia europea, es decir, de los territorios que abarcan a más de la mitad de la población total de la URSS —de 70 a 80 millo-

nes de habitantes— y la red ferroviaria más compacta, la única compacta, de la Unión.

La estrategia inmediata de la invasión está perfectamente clara.

1.—El ataque sobre Leningrado pretende aislar del resto del país el centro más poderoso de las industrias de guerra del Norte y reducir a la impotencia la flota del Báltico, cortándole el abastecimiento y dando a toda la región, una sensación de derrota. Por bien defendido que pueda estar el campo atrincherado de Leningrado está inevitablemente condenado si las líneas de ferrocarril que lo abastecen se ven cortadas. Estas líneas son siete en total: las dos de Finlandia están ya cortadas; la de Mourmansk, puede serlo incluso en regiones desérticas; las de Pskov y Vitebsk-Mohilev, están cortadas; la más importante, la de Moscú, está amenazada; sólo queda, para el abastecimiento y la evacuación parcial de una aglomeración de 3 millones de habitantes y de Cronstadt, la línea de Vologda, mal organizada y que cruza países pobres. La caída de Leningrado amenazaría Moscú por el norte y tendría en toda la URSS una repercusión enorme. (Nos acordamos con amargura de las duras críticas de que fué objeto Trotski, en 1922 o 1924, por haber sugerido transportar al interior, más cerca de las fuentes de materias primas y en lugares más seguros, las industrias metalúrgicas de Leningrado . . .).

2.—El ataque sobre Moscú es la operación principal No hay más que mirar el mapa para darse cuenta de que casi todas las líneas importantes de ferrocarril de la Rusia europea convergen hacia Moscú. La ocupación de Moscú desorganizaría, de un golpe, todos los transportes, todas las comunicaciones de la URSS. Esta ocupación es imprescindible para el desmembramiento del país.

3.—El ataque sobre Kiev tiene menos importancia in-

mediata. Caído Moscú, o cercado, Ucrania caería a su vez, envuelta por las líneas de Orel y Voronega. No es menos cierto que el mando nazi debe plantearse la conquista rápida de Ucrania, con objetivo de recoger la cosecha y llevar a cabo las siembras de otoño; con el fin también de llegar a la región del Donetz (hulla y metalurgia), cuyos carbones de alta calidad pueden proporcionar petróleo sintético en grandes cantidades. La ocupación de Ucrania, finalmente, aislaría a los puertos de guerra del Mar Negro.

Los Ejércitos Rojos defenderán sin duda, el Donetz, que es uno de los centros vitales de la URSS, que dispone de buenas carreteras, de una densa red ferroviaria y de un abastecimiento fácil, debido a la proximidad del Kuban y de las vías fluviales. Si la fuerza viva de estos ejércitos no queda destruída en las batallas que actualmente se libran, la conquista de esa región puede exigir una nueva campaña difícil y relativamente larga, quedando detrás del invasor más de 1,000 kilómetros de país enemigo.

Dueño de cuatro capitales —Minsk, Leningrado, Moscú y Kiev— y de los territorios más ricos y más poblados de la URSS, el Imperio nazi podría intentar la formación de un Gobierno de "colaboración". No creemos que quiera lanzarse por la vía impracticable de una restauración capitalista en el momento en que estrangula al capitalismo en la propia Alemania, aumentando su impopularidad al apoyar a viejos emigrados cuyo lenguaje nada tiene de común con el del pueblo ruso actual. El régimen burocrático, tal como ha salido de las manos de Stalin, constituye un aparato de administración y de explotación tan perfeccionado, que el conquistador se limitará sin duda, a tomarlo a su servicio, a reorganizarlo a su manera, quizá a coronarlo con una jerarquía simbólica. (Un pequeño par-

tido monárquico ruso, constituído en París, proponía hace unos años la constitución de un sistema soviético algo modificado, con un rey de la descendencia Romanov a su cabeza, reconciliando así la tradición autocrática de la vieja Rusia con la tradición popular de la revolución. (Estas fantasías eran producto de grupitos fascistas extraordinariamente activos). En todo caso, el vencedor intentará abreviar una guerra cuya prolongación sería para él demasiado peligrosa. Si quiere sacar partido de los productos naturales de la URSS tiene necesidad de paz; no podría limitarse a una ocupación militar al mismo tiempo que prosigue operaciones de guerra en otros frentes lejanos y menos durante los crudos inviernos rusos. Sólo podría ofrecer a la URSS, o a un Gobierno pelele establecido en Moscú, un armisticio o una paz que le permitiera apoderarse del centenar de submarinos que la flota roja posee en el Báltico y en el Mar Negro. ¿Tiene posibilidades de conseguirlo?

No creemos que Stalin pueda ser, después de tantas palinodias y de tantos desastres, el hombre de una capitulación semejante. Demasiado comprometido y demasiado comprometedor a los ojos de los pueblos; demasiado enemigo del nazismo en el fondo de su alma; demasiado ligado a su misión del último de los bolcheviques (eso es lo que él se cree), Stalin, en cambio, podría ser el hombre de otra clase de capitulación: la que le dejase una soberanía real sobre un territorio inviolado, permitiéndole conservar el poder so capa de mantener un hogar revolucionario soviético. No faltaría, en este caso, la invocación de los textos de Lenin y el precedente de Brest Litovski. Pero una capitulación semejante es difícil que sea consentida, de momento, por el Imperio nazi. Continuará, pues, la resistencia. En cambio, la burocracia y la tecnocracia ro-

viética están formadas por desconocidos, sin ideología concreta, moralmente dispuestos al despotismo, y entre los cuales no es imposible que el nazismo encuentre complacencias e, incluso, complicidades.

CAPITULO XXIV

ESTRATEGIA DE LA RESISTENCIA

La naturaleza de los hechos, la configuración del país, los intereses económicos, las necesidades de las masas, el carácter de la población, permiten prever, hasta cierto punto, los grandes aspectos de las luchas futuras. Una vez ocupadas las capitales rusas, los ejércitos del Imperio nazi tendrán ante sí tres objetivos que cumplir:

1) Impedir, en la medida de lo posible, la estabilización de poderosos centros de resistencia en el Volga, en el Ural y en Siberia.

2) Terminar la ocupación de la región central de las Tierras Negras y de Ucrania, ricas en producción de cereales, y de la región industrial del Donetz.

3) Conquistar el Cáucaso, con el fin de apoderarse de los pozos de Bakú, de dominar el Caspio y de conseguir excelentes bases de operaciones contra Turquía, Irac e Irán (petróleo y más petróleo).

La Rusia europea, invadida, devastada por las batallas, está condenada a un invierno de hambre, de epidemias, de falta de combustible, que se traducirá en millares

de víctimas. El invasor no tendrá nada o casi nada que ofrecer a una población de ochenta millones de almas. Al contrario, tendrá que quitarle habitaciones para alojar a sus tropas, víveres para alimentarlas, obligando a aquélla a trabajar en medio del hambre y de la opresión. Establézcanse o no gobiernos de capitulación o de "colaboración", nada será cambiado en los 150 kilómetros de centros industriales, de campos y de ciudades rodeadas de campos. Una resistencia tenaz, pasiva y activa, surgirá necesariamente al paso del invasor, detrás de sus carros de asalto. El pueblo ruso vivía ya miserablemente en tiempos de paz; ahora tendrá que ocultar su trigo, que ocultar sus rebaños en los bosques y que ocultar a los jóvenes y a los soldados fugitivos de los ejércitos y de la guerra. La retirada del Ejército Rojo dejará sobre el terreno a millares de soldados que tendrán que ocultarse en las ciudades y en los bosques para evitar los campos de concentración de Alemania. Los campesinos enterrarán todas las armas posibles, ya que ello constituye en el campo ruso una vieja costumbre. Cuando los nazis intenten incautarse del trigo, de las patatas, de las aves de corral, no encontrarán absolutamente nada, y cuando practiquen registros para encontrar los víveres ocultos, serán asaltados por los campesinos armados de horcas y de ametralladoras, ya que es el único recurso que les queda si no quieren morirse de hambre al poco tiempo. En cambio, si el abastecimiento de las tropas de ocupación funciona bien, si se ven medianamente vestidas y alimentadas, en medio del hambre y del frío general, serán asaltadas en todas partes, para intentar quitarles las conservas, los zapatos y los vestidos. Los pueblos rusos esparcidos por las llanuras, aislados unos de otros por pantanos, por bosques y por ríos, son magníficos para una resistencia semejante, que ninguna represión será ca-

paz de romper, porque brota, además, de necesidades completamente elementales.

La necesidad de una larga guerra de liberación es imperiosa para cualquier gobierno ruso. (No queremos decir con ello que las capitulaciones no sean posibles; pero incluso los peores burócratas no podrían dejar de considerar las capitulaciones como simples treguas). Rusia es un inmenso organismo primitivo, que no puede ser parcelado a voluntad; precisamente porque es un organismo primitivo y sus partes pueden mantenerse y luchar separadamente sin poder renunciar nunca a rehacer su unidad. Sin los productos naturales del occidente, la Rusia del norte, la Rusia del este —Ural y Volga— y la Rusia siberiana, no podrían subsistir; necesitan el trigo de las Tierras Negras y de Ukrania, el carbón y el hierro del Donetz, el petróleo del Cáucaso. Teniendo necesidad de estos recursos para vivir, no les queda otra salida que la lucha indefinida para su reconquista. Algunas regiones pueden subvenir a sus necesidades mientras dure la lucha, como las del Ural-Volga y de la Siberia central, extraordinariamente ricas. Pero en su conjunto, el país mutilado que se extiende entre Karelia, el Mar Blanco, el Volga, el Caspio y el Extremo Oriente, se nos presenta como dotado de una gran capacidad de resistencia, entregado a sufrimientos enormes, situado ante al imposibilidad de renunciar a la lucha, débil en lo que a las comunicaciones se refiere, vigoroso en cuanto a la energía de la población y a los recursos naturales, magníficamente defendido por la extensión y la impenetrabilidad de sus inmensas regiones. Siberia posee únicamente dos líneas férreas: el Transiberiano, cuya longitud, desde Tcheliabinsk, en el Ural, hasta Vladivostok, es de 6,550 kilómetros, y la línea Baikal-Norte-Lena-Amour, de reciente construcción, que une la Siberia central al Extre-

mo Oriente, y cuya longitud no será inferior, seguramente, a los 3.000 kilómetros. Tcheliabinsk, punto de partida del Transiberiano, se encuentra a 1.300 kilómetros al este de Moscú, más allá de los montes Urales. La conquista, la ocupación y la defensa de estas vías, frente a ataques procedentes de regiones prácticamente impenetrables, parece constituir una tarea sobrehumana. Además, la posesión del Transiberiano, contrariamente a lo que piensan ciertos observadores extranjeros, está muy lejos de significar el dominio de Siberia. Todo el norte siberiano escaparía al control del invasor y podría continuar la resistencia. Nos parece casi improbable que el Imperio nazi emprenda, en un porvenir inmediato, una guerra tan difícil; pero si renuncia a ella, para dedicarse a empresas más urgentes y más productivas, ello significaría que renuncia a impedir la formación y el fortalecimiento de una potencia rusa, que continuaría la guerra con verdaderas probabilidades de éxito final.

En la actualidad, el Ejército Rojo tendrá que defender los países del Volga y del Ural. Una vez en Moscú, los alemanes intentarán llegar, seguramente, hasta Gorki (Nijni-Novgorod), gran centro de la nueva industria automovilística soviética, situado sobre la carretera de Kazán, capital de la República tártara del Volga, corazón de una rica comarca industrial (fábricas de Ijevsk). Las ciudades del Volga: Kuybichev (Samara), Ulianovsk (Simbirk) y Saratov (vecina de la República alemana del Volga), serán de difícil defensa si el enemigo quiere apoderarse de ellas, y presentan demasiado interés para descuidarlas. Más al sur, Stalingrado (Tsarytsina), con sus industrias de guerra (preside las comunicaciones entre el Ural, el Don, el Cáucaso y le Caspio. Es un punto estratégico vital, que será atacado y defendido encarnizadamente. La ventaja pertenecerá al

agresor, que tendrá detrás de sí la Ucrania, magníficamente provista de ferrocarriles, carreteras y recursos variados, mientras que la defensa, acorralada en la estepa, sólo podrá disponer de vías fluviales.

La invasión de las llanuras ukranianas obligaría, además, a defender las inmediaciones de Crimea, para que la flota del Mar Negro, de la que Sebastopol es la base principal, no fuese cogida por detrás. Y también la región del Donetz, uno de los centros industriales más importantes de la URSS: altos hornos y minas de carbón.

El Gobierno soviético intentará trasladarse a Sverdlovsk, en el Ural. Las ciudades del Ural están actualmente en plena transformación. Superpobladas y mal abastecidas, a pesar de contar con magníficas carreteras. Presiden una región agrícola e industrial muy rica en primeras materias, defendida, además, por buenas montañas. Sverdlovsk cuenta con medio millón de habitantes, Magnitogorsk, con 211,000. Grandes centros de aviación se encuentran en la estepa de Orenburgo. Sverdlovsk y Magnitogorsk están a más de 1,200 kilómetros al este de Moscú, distantes una de otra 500 kilómetros en línea recta... No hay que perder jamás de vista las distancias, que constituyen en Rusia un factor decisivo en toda guerra.

El Gobierno soviético que, a pesar de su propaganda, no ha debido hacerse muchas ilusiones sobre la posibilidad de rechazar una invasión alemana, ha preparado, seguramente desde hace tiempo, su establecimiento en el Ural, e incluso más al este, en Siberia (¿Novosibirsk?). La fuerte industrialización del Ural, la construcción de grandes fábricas en Tcheliabinsk y Zlatust, el desarrollo de la aviación en estas regiones, responden a preocupaciones de este género. Ya en 1918 Lenin y Trotski pensaban, en el caso de que la presión alemana hubiese sido mantenida

después de Brest-Litovski, replegarse a estas posiciones, mucho menos fuertes en aquella época. La peor desventaja, casi diríamos la desventaja más catastrófica del traslado de la capital al Ural, es la falta de comunicaciones directas entre el Ural y el Cáucaso. El ferrocarril describe una vasta curva a lo largo del Volga; el petróleo debe pasar por Astrakán, Stalingrado, Saratov, puntos vulnerables, de difícil defensa. El Cáucaso y el Ural deberán defenderse por separado. El Ejército Rojo sólo podrá conservar el *Donetz y Tsarytsina* si las tropas del feld-mariscal Keitel salen demasiado fatigadas de las campañas de Ucrania y de la Rusia central, y no pueden realizar un nuevo esfuerzo a 1,400 kilómetros aproximadamente de sus bases de partida.

Las primeras fases de la resistencia rusa obligan, desgraciadamente, a una serie de consideraciones críticas: 1) Las nuevas fronteras soviéticas, adquiridas hace ya un año, no han resistido en absoluto; 2) La antigua frontera de Polonia, frente a Minsk, donde se habían acumulado importantes obras defensivas, tampoco ha resistido; 3) Las magníficas defensas naturales de los pantanos de Volynia y de los bosques de Polesia, no han sido aprovechadas; 4) La larga y difícil carretera de Leningrado, a través de los países bálticos, apenas si ha sido defendida... Las batallas posteriores han puesto de relieve el valor y la energía de las tropas, por lo que las observaciones anteriores nos obligan a desconfiar del alto mando.

CAPITULO XXV

CUARENTA Y TRES DIAS

El domingo 3 de agosto de 1941 señalaba 43 días de agresión nazi contra el pueblo ruso. Este día puede considerarse como terminada la primera fase de esta guerra, con una serie de resultados quizá decisivos, sino en lo inmediato, ya que un simple acontecimiento puede conducir a una serie de desenlaces parciales imprevistos, sí en lo que se refiere a una perspectiva más amplia. Esta cifra de 43 días expresa una experiencia significativa. En 43 días en 1940, las divisiones acorazadas del Imperio nazi infligían una derrota total a Holanda, a Bélgica, a Francia y al ejército continental de la Gran Bretaña. Es el momento de recordar algunos detalles al respecto. Según los anuarios oficiales, el ejército neerlandés contaba con 660,000 hombres, de los cuales 500,000 pertenecían a los cuadros activos y su Estado Mayor llevaba años preparando un sistema defensivo basado en las inundaciones del territorio... El ejército belga contaba con 812,000 hombres, de los cuales 600,000 en activo, y su Estado Mayor contaba con las fortificaciones, teóricamente inexpugnables, de Lieja y del Ca-

nal Albert. El ejército francés contaba con 4.000,000 en activo y con unas reservas numerosas, que elevaban el total de sus fuerzas a 5.500,000 hombres. Desconocemos el número de divisiones que poseían los británicos en el continente. Sin contar con éstas, las fuerzas de los Aliados, siempre tomando como base las cifras oficiales, sobrepasaban en número a las del III Reich. 6.950,000 contra — 6.850,000. Durante veinte años, Francia había sido la potencia militar más fuerte del mundo; tenía sobre el III Reich la ventaja de su opulencia, de quince años de armamento y de la victoria aplastante de 1918. No obstante las condiciones señaladas, fueron suficientes 43 días de campaña para obligar a los británicos a la dolorosa retirada de Dunquerque y para llegar hasta los Pirineos. Si el cálculo político no lo hubiese impedido, hubieran llegado, en pocos días más —el tiempo de marchar a lo largo de las carreteras— hasta Marsella y Tolón.

Un año más tarde, el Imperio nazi vuelve los terribles arietes de su máquina de guerra, hasta la fecha irresistible, contra la Rusia obrera y campesina gobernada por su burocracia termidoriana. Se esperaba un desastre inmediato. La prensa americana expresaba claramente este sentimiento. 1) La "blitzkrieg" nazi parecía un arma nueva, tan nueva y decisiva como antaño el cañón, y el prestigio alemán provocaba una cierta desmoralización; 2) Por espíritu de clase, una gran parte de la sociedad, en los países democráticos, se sentía inclinada, incluso en estas condiciones, a desear —o aceptar— la derrota del "bolchevismo"; así por ejemplo, la burguesía reaccionaria, los creyentes por horror a la irreligión y a las persecuciones antirreligiosas, los liberales por horror a la tiranía; 3) Finalmente, los observadores que conocían la URSS y que, conscientes de la obra llevada a cabo por el "Organizador de derrotas"

no podían creer que después de semejantes decapitaciones, con una organización interior tan contraria a sus necesidades e intereses, el pueblo ruso pudiese combatir infinitamente mejor de lo que habían hecho los Aliados; que a pesar del despotismo staliniano y de la ruina de los transportes, Leningrado y Moscú fuesen infinitamente mejor defendidas de lo que fué París. Cegados por el espectáculo de una tiranía escandalosa, estos observadores acababan por desconocer la capacidad y el valor del pueblo ruso salido de la revolución, y que si soporta el régimen burocrático es porque éste ha sabido situarse todavía, ante sus ojos, en el terreno de la revolución.

Estos 43 días establecen un balance. Demuestran la superioridad de la economía dirigida (incluso dirigida de la manera que lo ha sido, durante diez años, la economía soviética) sobre la economía anárquica y en ruinas del capitalismo actual. Demuestran la superioridad de una sociedad revolucionaria (incluso dominada por una contrarrevolución interior) sobre una democracia tradicional, **saboteada prácticamente por las fuerzas de la reacción.** Demuestran, una vez más, que los pueblos pobres defienden mejor lo poco que poseen que los opulentos y ablandados por las riquezas mal empleadas. Marcan un viraje en la guerra mundial. El Imperio nazi está detenido. El Ejército Rojo, los campesinos y los obreros rusos, tienen en jaque a las divisiones acorazadas del nazismo, que fueron la esperanza de la reacción de todos los países. Así lo comprendieron en Washington lo mismo que en todas partes; incluso, si mañana o pasado mañana, las tres capitales soviéticas amenazadas, Leningrado, Moscú, Kiev —cuya suerte verdadera no es lo bastante conocida—, cayesen en manos de los alemanes, la significación de estos 43 días persistiría. La URSS no es un castillo de naipes. El Imperio nazi tendrá que pa-

gar muy cara cada una de las posiciones que conquiste. Su primer impulso ha sido roto. Las nuevas perspectivas son que tendrá que vencer en todas partes, en una profundidad de miles de kilómetros, una resistencia encarnizada. En estas condiciones, sean los que fueren sus éxitos estratégicos, una victoria total sobre la URSS parece casi imposible. Todo el futuro de la guerra mundial ha sido sensiblemente modificado por esta simple constatación.

Subrayemos este gran resultado, obtenido por los jóvenes de Rusia, que se hacen matar por todas las metrallas imaginables en las llanuras de Smolensk, de Luga, de Ucrania. Confirman nuestra esperanza en una guerra larga y en un resurgir interior de la URSS que, repentinamente, puede convertirse de nuevo, desde el fondo de las pruebas más dolorosas, en una de las primeras potencias morales del mundo. Subrayemos también, y con toda la severidad necesaria, el aspecto ruso. Desde el punto de vista de la URSS, esta fase de la guerra se cierra con un desastre, posteriormente contenido. Las fronteras, la nueva y la vieja, han sido perdidas; las fortificaciones, las nuevas y las antiguas, han sido perdidas; ha sido perdida la Rusia blanca; han sido perdidas, destruídas o entregadas a los cañones, viejas ciudades rusas como Pskov, Vitebsk, Orcha, Mohilev, Smolensk, Kiev. . . A pesar de la rápida energía demostrada por el pueblo ruso, a pesar de un ejército que ha sido capaz de restablecer un frente después del hundimiento de la línea Stalin y de todas las posiciones preparadas por su Estado Mayor, el enemigo ha podido penetrar seiscientos kilómetros y más, en territorio soviético, en las regiones más poblads y mejor provistas de medios de comunicación. La invasión plantea el problema de las responsabilidades del alto mando y del Gobierno; la magnífica resistencia ulterior demuestran el valor del ejército y la ca-

pacidad del país. Aunque el alto mando es, en buena lógica, el menos responsables de los dos, ya que fué decapitado no ha mucho por el propio Gobierno...

La amenaza sobre las tres capitales sólo podría ser conjurada por una resonante victoria soviética, que obligase al invasor a una retirada general. El estado de los transportes soviéticos, las pérdidas indudablemente duras que ha sufrido el Ejército Rojo de primera línea, la desproporción de fuerzas industriales existente entre ambos beligerantes, nos obligan a dudar de esta posibilidad que, en el caso de producirse, podría significar el comienzo de la derrota del Imperio nazi. Tampooc podemos creer en la estabilización de un frente ante Leningrado, Moscú y Kiev. Si los alemanes no son rechazados, pasarán. Pero la pérdida de las tres capitales señalará el comienzo de una nueva guerra, más encarnizada, más difícil para ambas partes, sobre todo más difícil para el invasor. El desastre de las tres primeras semanas tiene algo de irreparable; pero cada nuevo día que se añade a los 43, representa una posibilidad más para la futura resistencia rusa y aumenta, en el pueblo ruso, la confianza en sus propias fuerzas.

Una implacable estrategia del tiempo domina esta lucha. En octubre, las llanuras de Ukrania a Leningrado, la Rusia entera se cubre de nieves. La continuación de las operaciones se convertirá, entonces, casi en imposible, especialmente para los ejércitos alemanes, sometidos, en los territorios ocupados, a la dura prueba del frío, y obligados a transportar, desde muy lejos, la mayor parte de su abastecimiento. Las posiciones-clave que el enemigo no haya podido conquistar antes de la llegada de las nieves, no podrán ser ya atacadas seriamente antes de la próxima primavera...

Anteriormente hemos definido al Ejército Rojo como a

un cuerpo de choque, preparado para soportar magníficamente una guerra corta, porque su fuerza reside precisamente en un material abundante, pero difícil de ser renovado, y en una generación valerosa, pero destinada a sufrir pérdidas espantosas. Mientras que su debilidad residía en la falta de cuadros y en el estado general de la retaguardia (especialmente el estado de los transportes). Los meses de invierno le permitirían, en cambio, adaptarse a las condiciones de una guerra larga.

CAPITULO XXVI

PROBLEMAS DEL CAUCASO

El Cáucaso, donde la mitología encadena a Prometeo, donde una ciencia mezclada de leyenda sitúa por mucho tiempo la cuna de la raza blanca, nos parece destinada a jugar un papel esencial en el desenlace de la guerra. Para poner en marcha las fábricas y los transportes de una Europa continental por entero sometida, y para llevar la dominación alemana hasta el Pacífico, hasta el centro de China, hasta el Océano Indico, hasta Pamir y el Himalaya, hacen falta los pozos de nafta de Bakú y de Grozny y la posición estratégica del Cáucaso. Por difícil que parezca, la empresa no tiene nada de imposible y estamos convencidos que será intentada dentro de poco.

Azerbeidján y el Cáucaso septentrional proporcionan a la URSS el 92 por ciento de su producción total de petróleo (el resto, el 6'4 por ciento de la producción total, procede de la región Ural-Volga). Privar a la URSS de este precioso carburante es tanto como arruinar su capacidad ofensiva, como arruinar su industria y su agricultura motorizada, como convertir su resistencia, si no en imposible,

por lo menos en extraordinariamente difícil y dolorosa. En 1940, la producción soviética de nafta alcanzaba 220.000,000 de barriles americanos (1), de los cuales se considera que fueron transportados 7.000,000 a Alemania, como en 1939. Es, pues, con el propio carburante soviético que las divisiones acorazadas del imperio nazi devastan las regiones de la URSS. En la misma época, los especialistas valoraban en 55.000,000 de barriles el consumo para Alemania en 1938-39, y en 10.000,000 de barriles el gasto de carburante durante la campaña de Francia. La estrategia del petróleo impone al invasor una ofensiva sobre Tsarytsina, para cortar el Cáucaso del resto de la URSS y otra ofensiva sobre el Cáucaso septentrional, partiendo de Rostov —lo que supondría la ocupación del Donetz—, para apoderarse de los pozos de Maykop y Grozny. Esta ofensiva implica la conquista de Kubán, es decir, de una de las más fértiles regiones de Rusia (trigo, maíz). Si estas operaciones no son intentadas antes del invierno, es que la invasión rápida ha fracasado en su conjunto y que nuevas perspectivas de resistencia se abren para Rusia.

El Cáucaso septentrional, aunque montañoso, parece difícil de defender frente a un enemigo que hubiese llegado hasta Rostov y que dispusiera de magníficas vías de acceso, mientras el Ejército Rojo tendría que defenderse adosado a las montañas, con una sola línea de ferrocarril detrás de sí, la de Bakú precisamente, y una sola carretera automovilística, la de Tiflis, que sube en zig-zag hasta los 2,000 metros de altitud. La ventaja pertenecería al agresor, a pesar de las posiciones fáciles de defender en una guerra como las de los tiempos pasados. Maikop y Grozny proporcionan el 17 por ciento de la producción de la nafta soviética; Bakú, el 75 por ciento.

Si pudieran ser aplicadas a la guerra actual las expe-

(1)- La tonelada igual aproximadamente a 7 barriles de petróleo en bruto. Producción soviética en toneladas, 1937: 34,5 millones de toneladas.

riencias de las guerras anteriores, podría considerarse Bakú como prácticamente inaccesible al enemigo. Las montañas rodean completamente la ciudad. Dos vías de acceso solamente: al norte, la carretera y el ferrocarril Rostov-Ordjonikidzé (Vladicáucaso)-Makhatch-Kalé-Derbent que, en un trayecto de trescientos kilómetros, pasa entre las costas del Caspio y las alturas; al sur, la carretera y el ferrocarril de Tiflis, que bordea la alta montaña. El país constituye, como el Cáucaso entero, una formidable fortaleza natural; además, desde hace años, se viene trabajando para ponerlo en estado de defensa. No carece de nada, puede vivir fácilmente por sí mismo. La batalla de Bakú y la batalla de la Transcaucasia deberían ser, lógicamente, ganadas. Pero, en Noruega, en Yugoeslavia, en Grecia, hemos visto operar con éxito a los alemanes en terreno montañoso. Para atacar la Transcaucasia tendrían que mantener y defender largas líneas de comunicaciones. En cambio, las fuerzas soviéticas estarían casi sitiadas. Sólo podrían ser abastecidas por los aires y por el Mar Caspio, cosa difícil a menos de un cambio de actitud de Turquía.

La ocupación de la Transcaucasia significaría para el Imperio nazi, al mismo tiempo que la conquista del petróleo, la adquisición de una zona de influencia abarcando Turquía y el Irán. En poder de los alemanes las costas del Mar Negro, Batum, Tiflis, Bakú, Turquía se vería cercada y no le quedaría otra solución que el sometimiento o la guerra desesperada. Por Tabriz y Enzeli, el Irán quedaría abierto a la penetración nazi. Y una amenaza directa se precisaría sobre los petróleos del Irac y del Golfo Pérsico. Recordemos, una vez más, que se trata de países montañosos, desérticos, desprovistos de carreteras y de acceso difícil. Si el Imperio nazi necesita buscar en Asia la solución

de sus problemas económicos, el Cáucaso sería para él una verdadera posición estratégica.

La defensa del Cáucaso nos sitúa ante problemas más graves para los destinos de la URSS que los mismos desprendidos del arte militar. La defensa contra el invasor sólo puede ser llevada a cabo con el concurso de una población que, en el pasado, tuvo que resistir durante medio siglo al conquistador ruso. El Cáucaso septentrional pertenece a la Rusia propiamente dicha; la Transcaucasia, vertiente sur de las montañas, está dividida en tres repúblicas nacionales, comprendiendo cada una, a su vez, varios territorios y regiones autónomas, con características étnicas, religiosas e históricas bien distintas. Bakú es la capital del Azerbeidján, país turco poblado por 3.500,000 habitantes, en su mayoría musulmanes; el interior del macizo, con Tiflis, Kutais y los puertos de Batum y Poti, en el Mar Negro, constituye la Georgia (3.200,000 habitantes), de vieja civilización cristiana. El sur, cuyas fronteras limitan con Turquía e Irán, constituyen la Armenia, también de vieja civilización cristiana. En total, unos 8 millones de habitantes no rusos, trabajados por sentimientos e ideas nacionalistas. La parte activa de estas poblaciones no ha dejado de sostener una lucha incansable, costosa y cruel, contra Moscú. El partido más influyente en Bakú era, hasta hace poco, el **Moussavat**, partido radical-socialista-nacionalista, que durante la revolución formó parte de un partido contrarrevolucionario proturco, vencido y duramente perseguido. Sus dirigentes más conocidos, enviados al campo de concentración de las Islas Solovietski, en el Mar Blanco, se han dejado morir espectacularmente de hambre. Desde principios de siglo, Georgia sufrió la influencia predominante de una inteligencia socialista, pero no bolchevique, sino menchevique o socialdemócrata. Trotski calificó a los socialistas

georgianos de "girondinos de la revolución rusa", y como los girondinos fueron derrotados, aunque por otras razones; su república democrática fué derribada en algunos días por el Ejército Rojo, sostenido en el interior por un minúsculo partido comunista. Pero tenían la estima del país y su popularidad, en lugar de disminuir, creció y desbordóse, como consecuencia de los errores y de los abusos de Moscú. La terrible represión que siguió al levantamiento georgiano de 1922, convirtió el régimen soviético en un régimen completamente impopular. A decir verdad, Georgia no ha sido sometida jamás. Moscú ha realizado una política hábil de grandes trabajos, de inversiones industriales, de creación de escuelas y hospitales, de construcción de carreteras, pero invariablemente acompañada por la ocupación militar y por una represión vigilante, despiadada, que diezmaba anualmente a la juventud. Georgia aspira a la independencia o, por lo menos, a una autonomía real; a la primera ocasión que se presente intentará, sin duda, sacudirse el yugo de Moscú. Bakú posee un proletariado numeroso, que ha sufrido una larga influencia bolchevique; pero el conflicto latente entre el régimen burocrático, impuesto por Moscú y la mayoría de la población turca, sigue profundamente grave. Armenia debe demasiado a los rusos, que han puesto fin a las persecusiones nacionales y religiosas, y está económicamente demasiado débil para alimentar aspiraciones separatistas; pero su importancia es secundaria y, en realidad, no le queda otro camino que seguir la actitud de Tiflis y Bakú. La colectivización de la agricultura y el terror negro de los años 1936-39, han agravado considerablemente el mal, exasperando a los campesinos y provocando innumerables conflictos resueltos, invariablemente, por la represión. Las autoridades comunistas locales han sido repetidas veces renovadas por las ejecuciones;

los viejos bolcheviques georgianos, que reclamaban desde 1922 una sincera política de autonomía nacional, Mdivani, Kavtaradzé, Okudjava, han sido fusilados. El día que el Gobierno central abandone Moscú para trasladarse al Ural, sus comunicaciones directas con el Cáucaso serán cortadas y el poder stalinista local no podrá contar más que consigo mismo y con las guarniciones rusas (en realidad muy fuertes); la población sentirá, a la vez, el acercamiento del peligro y la posibilidad de obtener la independencia. Cierto que ni la Georgia democrática ni el Azerbeidján proletario se dejarán ganar por las actividades subterráneas de los nazis; pero, ni una ni otro renunciarán tampoco, en el transcurso de esta crisis, a sí mismos.

CAPITULO XXVII

PROBLEMAS DEL ASIA CENTRAL

Las cinco repúblicas nacionales del Asia central constituyen un vasto conjunto cuya unidad geográfica, étnica e histórica no es por nadie puesta en duda. Su población total alcanza la cifra de 17 millones de almas. Posee petróleo en el Transcaspio, región del Emba, ricos yacimientos de hulla en Karaganda, plantaciones de algodón en pleno desarrollo, frutos en abundancia, seda y ganado. La estepa herbácea ofrece grandes posibilidades para las crías, a cuya tarea vienen dedicándose los Kazaks, arruinados por la colectivización. Posee viejos centros de civilización, como Samarkanda y Tachkent, Jhiva y Bukara. Los kazaks, los turkmenos, los uzbeks, los tadjiks, los kirguises tienen, a pesar de sus lenguas y orígenes diferentes, una cultura común, debida sobre todo a los mundos árabes y del Irán. Son musulmanes en su mayoría. El conjunto geográfico de estas cinco repúblicas se extiende entre el Ural-sur, el Mar Caspio y el Turkestán chino (Sinkiang y Dzungaria). Al sur, limita con el Irán y el Afganistán, por donde pasa el difícil camino de la India. La economía determina la adhesión de

este viejo Turkestán a la nación rusa, única gran potencia industrial y comercial con la que puede intercambiar fácilmente, y con la que resultan fáciles y naturales las comunicaciones: ferrocarriles y carreteras de la Siberia central y las dos líneas del transcaspiano y del Tckalov (Orenburgo)-Tachkent.

La revolución se demostró prudente, e incluso hábil, en el Asia central, respetando durante mucho tiempo las viejas instituciones religiosas y feudales. Nunca el clero musulmán, por otra parte, ha sido perseguido con la saña del clero ruso, a pesar de haber, repetidas veces, tomado parte en empresas de la contrarrevolución. Las mezquitas no han sido demolidas; muchas de ellas continúan entregadas al culto y las desafectadas han sido convertidas en escuelas. Todos los jóvenes revolucionarios que en 1920-25 sovietizaron el Turkestán, han sido fusilados, con Fayzulla Jodjaev, Presidente del Comité Ejecutivo central de los Soviets del Uzbekistán. Fueron acusados de preparar el desmembramiento de la URSS en colaboración con el Intelligence Service y de favorecer las maniobras del panturquismo. La verdad es que el malestar general alcanzaba temibles proporciones. Durante la colectivización fueron reprimidas dos insurrecciones en Uzbekistán; más de la mitad del ganado había muerto y el hambre había realizado podas sombrías entre las poblaciones nómadas casi arruinadas. Miles de campesinos fugitivos de la URSS se refugiaron en el Turkestán chino. Los campesinos respondieron a las confiscaciones y a las deportaciones con la formación de bandas de guerrilleros o **basmatchi**, que combatieron en todas partes y que acabaron por ser fusilados en masa. Si la guerra hubiese estallado en este momento, el Turquestán hubiese ardido por los cuatro costados. Incluso entre los mismos dirigentes comunistas, la idea de un Estado musulmán del

Asia central, que estableciese lazos económicos y culturales con Ankara, mejor que con Moscú, hizo rápidamente progresos. La revolución había expulsado a los emires y a los gobernadores militares, puesto fin a la rusificación, distribuido tierras y agua, inaugurado el resurgir de las culturas nacionales; el termidor soviético, declarando la guerra a los campesinos, tuvo que realizar una política brutalmente colonizadora, ya que era Moscú quien imponía el nuevo régimen en la agricultura. Las autoridades locales no podían aplicar con buena voluntad las directivas ordenadas desde el centro y repetidas veces fué preciso romper su resistencia pasiva.

Stalin no dejaba de repetir su fórmula, inspirada en Lenin: "culturas nacionales en la forma, socialistas en el contenido". En realidad, las autonomías nacionales eran ahogadas. Los Gobiernos de las repúblicas nacionales eran nombrados, destituídos, encarcelados, deportados y fusilados por orden de Moscú. Los nuevos alfabetos nacionales servían para imprimir siempre los mismos periódicos, calcados sobre el modelo del servicio de agitación y propaganda del Comité Central. Los planes de producción eran dictados por Moscú. Los productos, el algodón, la seda, eran exportados por Moscú. La cuenca hullera de Karaganda se convertía en una gran penitenciaría de la Guepeú los pueblos de la estepa y del desierto se llenaban de deportados enviados desde Moscú y Leningrado. ¿Qué quedaba de los principios de libre federación y de colaboración entre los pueblos, base constitucional de las leyes soviéticas?

Al desorganizar las comunicaciones y debilitar el poder central, la guerra no dejará de abrir en el Asia central, lo mismo que en el Cáucaso, una profunda crisis política. Los problemas del federalismo, de la autonomía o de la in-

dependencia nacional, serán mañana o pasado mañana, pero desde luego inevitablemente, planteados nuevamente.

(Lo serán también en Ucrania, en la Ucrania mayor, que forma una poderosa unidad económica y que soporta a regañadientes la tutela de los burócratas de Moscú. No obstante, el separatismo ukraniano se encuentra solamente sostenido por las oficinas de emigrados contrarrevolucionarios, subvencionadas por diversas cancillerías. El Imperio nazi intentará, seguramente, sacar partido de este separatismo. Pero dudamos de que logre conseguirlo. La agresión contra los pueblos rusos más tiende a cimentar la unión que a provocar la dispersión de Ucrania y Rusia).

CAPITULO XXVIII

CONDICIONES POLITICAS Y SOCIALES DE LA RESISTENCIA

La primera y fundamental condición de toda resistencia desesperada existe; nadie en la URSS puede ignorar que el invasor viene a imponer una nueva esclavitud, que no trae nada consigo, sino que viene a llevarse lo poco que queda. Es su porvenir, sus riquezas naturales, los frutos de su trabajo, su vida misma, lo que defiende el pueblo agredido. Residíamos en Francia en los albores de la guerra y vimos con cuánta habilidad supo el III Reich iniciar las hostilidades en torno a la cuestión de Dantzig. "¿Morir por Dantzig?", escribía Marcel Deat. En realidad, se trataba de algo muy diferente, pero nadie tenía la evidencia de ello y nadie sentía ningún deseo de hacerse matar por Dantzig, por el corredor polaco, por la integridad de una Polonia que acababa de participar en el despedazamiento de Checoeslovaquia, tan totalitaria como Alemania sino más. El francés medio no veía ninguna amenaza sobre el patrimonio colonial de Francia y, de haberlo visto, tampoco hubiera luchado de grado por unas

colonias que sólo beneficiaban a los ricos y sin las cuales seguiría disfrutando de un bienestar más que suficiente. La clase obrera hubiera luchado por la defensa de las libertades democráticas, pero tenía el sentimiento de que estaban éstas tan amenazadas en el interior como en la línea Maginot y que los reaccionarios no podían combatir con éxito contra Hitler. Muy diferente fué la situación de la Gran Bretaña en el transcurso del terrible mes de septiembre de 1940, cuando Londres, incendiado por las bombas, esperaba la invasión. Testigos oculares nos escribían en aquel entonces que posiblemente había políticos conservadores y liberales que soñaban con una transacción o una capitulación, pero que el pueblo londinense, que pagaba con su sangre los gastos de la batalla, estaba terminantemente opuesto a ninguna claudicación. Tenía el sentimiento de luchar, no por riquezas mal adquiridas, ni por tratados indefendibles, ni por ideas traicionadas y vacías de todo contenido, sino por su vida y su porvenir.

Es este equilibrio entre lo consciente y lo subconsciente, la comprensión a la vez instintiva de los grandes intereses generales, torpemente comprendida en muchos y altamente consciente en algunos, lo que se conoce con el nombre de moral de las masas. Y esto es lo que necesita la URSS, una moral como la de Londres en aquellos días decisivos. Una moral que asegure a la resistencia una superioridad sobre la agresión. El ruso posee más iniciativa y más energía espontánea que el alemán, más audacia personal y mucha menos organización y disciplina. Dos veces contuvo al invasor alemán en 1918: una por la guerra de guerrillas en la retaguardia, convirtiendo a Ucrania en una región completamente hostil al invasor, y otra por la propaganda y la fraternización revolucionarias.

Pero, ¿puede Stalin movilizar y dirigir esta inmensa fuerza moral? Repitámoslo: ninguna significación mística ni idealista atribuimos al concepto **moral**: es, para nosotros, un estado psicológico de las masas fundamentado en su situación social. Surge de un análisis profundo. Las nacionalidades están descontentas y en fermentación; los campesinos están también descontentos, llenos de rencores y de amargos recuerdos; la clase obrera de las ciudades, agotada por las jornadas interminables, mal alimentada desde hace diez años, molesta por reglamentaciones draconianas, privada de toda clase de libertades; los técnicos y la inteligencia de las ciudades, que goza materialmente de una situación de privilegio, sufre un régimen policíaco en el trabajo y una violencia constante a su espíritu tradicional de investigación y análisis (y lo decimos por haberlo conocido de cerca durante largos años); la burocracia inferior, mal retribuída y abrumada por pequeñas responsabilidades, comprende mejor que nadie la vulnerabilidad del régimen; la burocracia superior, dirigente, renovada por mortales "depuraciones", abrumada de responsabilidades, se siente impopular e insegura del mañana, viéndose obligada a trabajar en condiciones verdaderamente inconcebibles. El Buró Político desconfía del alto mando, multiplica las amenazas, vive en medio del terror. Los campos de concentración albergan a centenares de miles de personas, quizá a millones, ya que el silencio a este respecto es impenetrable. Y llegamos a la singular visión de un régimen que no puede contar con nadie y que, no obstante, a pesar de su crisis permanente, da pruebas de estabilidad y de vitalidad.

Los factores de su estabilidad no son difíciles de resumir: 1) Vive todavía del capital de una revolución que ha transformado por completo la estructura social, las ideas

dominantes, el derecho y los fines de la sociedad. Crea el sentimiento de un organismo en pleno desarrollo y logra hacer aceptar los males presentes como sacrificios obligados para el porvenir. Y ello no es un simple efecto de propaganda —cosa muy secundaria—, sino el resultado de su dinamismo general. Se pasa hambre y se carece de libertad, pero se ve salir de la tierra, de la nada, nuevas fábricas y nuevos "parques de la cultura". Todo nos recuerda el clima social de los albores del siglo XIX en Occidente, en la época del gran desarrollo industrial y de la construcción ferroviaria. La industria llegaba a explotar a los niños de doce años, la jornada de trabajo carecía de límites, los primeros motines obreros transtornaban Francia, el "cartismo" amenazaba con una revolución en Inglaterra, pero el sentimiento de un poderoso impulso, de un progreso continuo dominaba los descontentos e impedía los pesimismos. El optimismo liberal, con sus vivas ilusiones, y el optimismo marxista, con su espíritu de organización y de análisis, son hijos de aquella época. 2) Tal cual es, el régimen ha sabido proporcionar un cierto bienestar material a sus cuadros, es decir, por lo menos a un 15 por ciento de la población: dirigentes políticos, técnicos, intelectuales, dirigentes de los koljoses, policía, mando del ejército, tropas especiales, aristocracia obrera. Esta capa social privilegiada, con todo lo que ella significa, ha sostenido políticamente al stalinismo, que respondía al conjunto de sus mismos intereses. 3) el formidable mecanismo del Estado totalitario, con sus poderosos medios, enseñanza, información oficial, presión económica y moral sobre el individuo, represión despiadada, podía actuar en ciertos casos con eficacia extrema.

La invasión viene a cambiarlo todo. Después de haber impuesto una ley tan dura y de haber proclamado tan alto

la invencibilidad de la URSS, después de haber mantenido al país en la ignorancia de las negociaciones diplomáticas y de los peligros que se acumulaban sobre su cabeza, el Gobierno no ha sabido ahorrarle esta prueba terrible. Los cuadros que comparten su responsabilidad no tienen ninguna seguridad. Los hombres más conscientes miden la catástrofe que se avecina. El aparato de represión, todo poderoso al comenzar las hostilidades, se agrieta, se desmoraliza y pierde gran parte de sus medios habituales. Bajo los bombardeos, en el caos de las huídas y de las evacuaciones, la amenaza de los trabajos forzados o de la pena de muerte pierde eficacia, ya que la realidad es más amenazadora todavía. El terror sólo puede ser un expediente ocasional, el complemento de un llamado a la confianza y a la conciencia. Pero, ¿puede este llamado ser obra de Stalin? Ya vimos cuán torpemente monstruoso fué, a ese respecto, el mensaje dirigido por Stalin al país en los primeros días de la guerra. Quizá haya todavía un detalle más grave. La Constitución staliniana de 1936 dotó a la U.R.S.S. de instituciones representativas elegidas por sufragio universal—al estilo de los partidos únicos totalitarios—: dos Cámaras, el Consejo de la Unión y el Consejo de las Nacionalidades, formando en su conjunto el Consejo Supremo. Y la guerra se presentó sin que el Consejo Supremo haya sido todavía reunido.

Las derrotas traen crisis de confianza para todos los Gobiernos. La historia no guarda ningún ejemplo de Gobierno absoluto que subsista al choque de una invasión. (Gracias a la facilidad de cambiar los equipos dirigentes, los regímenes parlamentarios poseen, llegado el caso, una elasticidad y una estabilidad mucho mayores). Napoleón sucumbe ante la invasión, abandonado por sus propios mariscales. El Segundo Imperio francés es arrastrado por

la derrota de Sedán, y su caída deja paso a la resistencia nacional, organizada por la III República. La derrota lejana de Manchuria abre la puerta a la revolución rusa de 1905, a la que sobrevive difícilmente la autocracia. La derrota y la invasión provocan, en 1917, la caída de Nicolás II. Y el hundimiento de los Imperios centrales, a finales de la primera guerra mundial, siguen a su derrota militar.

La renovación del personal dirigente, a la mañana siguiente de un desastre, que no puede dejar de ser atribuido a la política general del Gobierno, es una de las condiciones esenciales de la prolongación de la lucha. Los nuevos dirigentes deben cambiar ostensiblemente de métodos, dar satisfacciones y garantías a las clases cuyo apoyo necesitan, reparar los errores de sus antecesores. Sólo a este precio pueden dar a la guerra un nuevo impulso, despertando energías hasta entonces pasivas o ahogadas. Por lo que a la Rusia actual hace referencia, conociendo la historia de los últimos diez años y asistiendo al desarrollo de sus consecuencias, no es posible concebir que Stalin pueda ser el animador de la resistencia. Si logra conservar el poder, es que las energías populares no despiertan y entonces la guerra está completamente perdida. Si desaparece de la escena, es que cambios profundos comienzan para la U.R.S.S., capaces de darle un dinamismo social de potencia inconmensurable.

Durante treinta años, Rusia no ha dejado de burlarse de los cálculos y de las previsiones de los hombres de Occidente. La formidable armadura del Imperio, sobre la que contaban en 1914 Francia e Inglaterra, se vino repentinamente por los suelos. La efímera república burguesa de 1917, en la que colocaron de nuevo los Aliados sus esperanzas, se hundió rápidamente en medio de la mayor impotencia. La República de los Soviets, surgida del anti-

gua régimen en descomposición, se demostró pletórica de prodigiosa vitalidad, a pesar de haber estado repetidas veces a punto de sucumbir. El régimen staliniano, acogido por lo general en el mundo como una reacción saludable frente al espíritu revolucionario, ha estado muy lejos de evolucionar en el sentido de acomodarse al régimen capitalista y se ha demostrado tan vigoroso como implacable. Actualmente, la U.R.S.S. bordea la esclavitud y el desmembramiento. Su derrota puede representar para el Imperio nazi una victoria duradera sobre dos Continentes y la entrada de la civilización en una fase terrible de guerras permanentes. No se trata ya de la salvación del stalinismo, sino del resurgir interior del pueblo ruso y de la salida misma de la guerra mundial, largamente condicionada por este mismo resurgir.

CAPITULO XXIX

EL RESURGIR INTERIOR

Ninguno de los nuevos aliados circunstanciales de la U.R.S.S. parece esperarlo ni desearlo. Nosotros lo creemos probable, convencidos de que un pueblo tan grande, tan joven como el pueblo ruso, no puede dejar de encontrar en sí mismo las fuerzas necesarias de su salvación. Si ha consentido y soportado hasta la fecha el Estado totalitario de Stalin no es, como dicen algunos autores de crasa ignorancia o de mala fe, una vuelta a la esclavitud secular, sino todo lo contrario, porque tenía la sensación de conservar, incluso bajo esta especie de despotismo, las conquistas fundamentales de la revolución. Al principio, los acontecimientos revestirán sin duda un aspecto caótico y contradictorio. ¿Asistiremos a una reforma del sistema soviético? ¿A una nueva revolución? ¿En qué tradiciones se apoyarán los nuevos movimientos de las masas? La democracia burguesa no tiene ninguna. La monarquía imperial se sostenía sobre instituciones feudales y capitalistas, cuya reconstrucción es completamente imposible. La tradición más viva, la sola activa, es la de los albores de

la revolución, que puede ser resumida en estas palabras: socialización de la producción, la tierra a los campesinos, democracia en el trabajo y poder popular.

No tratamos de exponer aquí el punto de vista de ningún partido, ni de precisar las líneas generales de ningún programa. Es todavía demasiado pronto. Nos limitamos a discernir las naturales y necesarias aspiraciones del pueblo ruso tal como nosotros las conocemos.

Los campesinos aspiran a una nueva emancipación, que ponga fin a la colectivización forzada y a la tutela administrativa en los koljoses y que signifique una vuelta a la libre cooperación en la agricultura o al cultivo individual cuando éste resulte más ventajoso. Pretenden elegir ellos mismos a las autoridades rurales y a las administraciones de las cooperativas agrícolas, es decir, poner completamente fin a la arbitrariedad burocrática.

La población de las ciudades, constituída por obreros, empleados, técnicos, intelectuales y funcionarios (no existen en la U.R.S.S. los no-trabajadores), desea administrarse directamente y por su cuenta; aspira a obtener garantías de libertad individual (supresión de las penas administrativas y de la Guepeú); reclama ciertas libertades de opinión, de palabra, de reunión, de asociación, de prensa y, además, una total reorganización de la enseñanza y de la información, para terminar de una vez con la mentira oficial, convertida hace ya tiempo en asfixiante. Estas reformas son indispensables para el buen funcionamiento de la producción. El régimen burocrático en la producción puede ser definido como un estado de sabotaje autoritario. Técnicos, obreros, directores de empresa, sufren con su persistencia y ven en él el mayor obstáculo para la buena organización del trabajo. Es imprescindible que el productor pueda hablar libremente de su trabajo, denunciar

los abusos, señalar los errores, dar pruebas de conciencia y sentirse un hombre, no un elemento servil y pasivo de la máquina industrial.

El terror termidoriano ha llevado alternativamente sus golpes en todas direcciones: contra los burgueses del pasado, contra los técnicos y los intelectuales, contra la izquierda del partido, contra la derecha del partido, contra los campesinos, contra los obreros atenazados por la miseria, contra el viejo partido en su conjunto, contra los antiguos colaboradores de los primeros Gobiernos soviéticos, contra los funcionarios de la primera promoción staliniana... Contra la juventud estudiantil, contra la juventud comunista, contra los refugiados y los especialistas extranjeros, contra los "sospechosos" de todas las categorías. Ninguna muda reivindicación es tan imperiosa como una amnistía general. Liquidación de los campos de concentración que albergan a centenares de millares, sino a millones de prisioneros. Liquidación de los "centros de aislamiento" (cárceles políticas). Revisión y reparación de los inicuos procesos.

La Constitución soviética instituye nominalmente un Gobierno representativo, elegido por sufragio universal. Pero ello constituye una vulgar farsa plebiscitaria. Sólo unas verdaderas elecciones, instituciones realmente representativas, pueden dar origen a un verdadero Gobierno popular, que refleje el estado de ánimo del país, que merezca su confianza y que sea capaz de dirigirlo a través de la guerra. Que sean Soviets, municipalidades, dumas, cámaras, ello no es más que un simple problema secundario; es posible que los Soviets hayan perdido ya el prestigio del pasado.

La vuelta a la democracia en el trabajo, con poderes locales elegidos directamente, permitiría mantener lazos

federativos aceptados por todas las nacionalidades de la Unión. No vemos otro remedio a la dispersión separatista.

Los hombres que, en medio de las angustias de la derrota, sean capaces de tales iniciativas, conquistarán rápidamente una popularidad inmensa. Serán obedecidos ciegamente. Podrán pedir toda clase de sacrificios. Podrán constituir un Gobierno entusiasta y fuerte. E iniciarán la selección natural de los nuevos cuadros de la sociedad rusa.

CAPITULO XXX

EL PROBLEMA DE LOS NUEVOS CUADROS

Uno de los mayores defectos de los regímenes totalitarias es su incapacidad de seleccionar los hombres por otros procedimientos que la obediencia ciega, la adhesión política o la intriga. Competencia, talento, energía, no interesan más que en segundo término: antes que nada es preciso ser un buen totalitario. La pérdida de inteligencia, de cualidades espirituales y, en consecuencia, de rendimiento del trabajo son, con ello, enormes. El asombro y el espanto serán el día que puedan ser justamente valoradas. La energía socialmente útil empleada por estos regímenes nos parece, en cantidad, en eficacia y en fecundidad, muy inferior a la desplegada por el capitalismo en sus orígenes y en su apogeo; muy inferior, incluso, a la de la revolución rusa. Se descubren en seguida, en el estancamiento intelectual del fascismo, del nazismo y del stalinismo, los índices evidentes de esta disminución de la capacidad creadora de las grandes colectividades, organizadas en realidad para la guerra. (La U. R. S. S. no deseaba la guerra, siendo sus orígenes y sus fines muy diferen-

tes a los del fascismo y del nazismo; pero las circunstancias obligaron a la burocracia, nacida del propio estado de sitio, a orientar toda la actividad del país hacia la preparación de una guerra defensiva). En la preparación y en la dirección de la guerra, los nuevos Estados totalitarios se han demostrado francamente superiores a sus adversarios, porque se apoyan en una economía dirigida, de más vastas perspectivas que el capitalismo liberal, ahogado por los trusts y disgregado por las mismas tendencias que, orientadas hacia el fascismo, se desarrollan en su seno. Pueden ser comparadas a máquinas nuevas, más potentes que los modelos anteriores y empleadas no al servicio del hombre, sino en contra y a pesar del hombre. Es por esta razón que su capacidad sólo se demuestra en la destrucción. Su capacidad destructora es infinitamente superior a su capacidad creadora; hasta tal punto, que la renovación de los cuadros dirigentes de los Estados totalitarios plantea problemas de difícil sino de imposible solución.

Si el resurgir interior de la U. R. S. S. tiene lugar en el transcurso de la lucha, por y para la resistencia, de una manera sin duda dolorosa y desordenada—¿cómo podría ser de otra manera?—, ¿de dónde saldrán los hombres nuevos?

Los viejos partidos subsisten en Rusia, con un número insignificante de militantes, usados ya, agotados, modificadas sus convicciones por la experiencia, sobre todo en lo que a la "sovietización" y a la dictadura del proletariado se refiere. Los liberales (constitucionalistas-demócratas bajo el Imperio, por abreviación los "k. d.") están todavía representados entre los técnicos y pueden ser considerados como partidarios de una democratización al estilo occidental. Algunos socialdemócratas (mencheviques) sobreviven en las cárceles y entre la juventud estudiantil. Su plata-

forma es también la democratización del régimen. Algunos antiguos socialistas-revolucionarios de izquierda sobreviven, quizá, alrededor de María Spiridonova y Kamkov; lo mismo un pequeño número de antiguos dirigentes del partido socialista-revolucionario que ejerció una influencia decisiva en ciertos momentos de 1917. Preocupados esencialmente por la cuestión agraria, los s.-r., como se les llamaba, podrían resurgir y convertirse rápidamente en una fuerza, si saben transformarse en los portavoces de los campesinos. Los que nosotros hemos conocido, sólo eran hostiles a las formas estatificadas y a los abusos de la colectivización. Históricos rencores separan a todas estas formaciones de distintas tendencias de la oposición bolchevique, cuya suerte comparten en los presidios, en los centros de aislamiento y en los rincones perdidos de la deportación. Las antiguas oposiciones comunistas, la de izquierda o de 1923 (trotskista), dividida en varias subtendencias, la de derecha (Rykov-Bujarin), la de la Oposición obrera de 1920, la de la centralización democrática, podrían reunir en conjunto a dos o tres mil hombres, instruídos y preparados. Sus verdaderos cuadros activos no pasaban, antes de los procesos de Moscú, de algunos centenares de militantes, y es lógico preguntarse si no habrán sido enteramente exterminados en el transcurso de los años del terror. Incluso en el caso contrario, sería necesario contar con la "nueva generación", formada por hombres poco conocidos y por cuya razón tienen muchas más posibilidades de no ser ejecutados; eso elevaría la cifra a algunos millares de cabezas. Y aun es muy posible que al estallar la guerra Stalin haya ordenado sangrientas liquidaciones en todos los calabozos. Sus adversarios se lo esperaban.

En total, de algunas docenas a algunos centenares de

personas en los antiguos grupos antibolcheviques, de algunos centenares a algunos millares de personas en las antiguas oposiciones comunistas antistalinistas. Estas formaciones podrían constituir inmediatamente la base de los nuevos partidos soviéticos; podrían ponerse rápidamente de acuerdo sobre un programa mínimo: democratización del trabajo, emancipación de los campesinos, resistencia al imperio nazi y estatuto federativo de la Unión.

Los movimientos nacionalistas, autonomistas o separatistas, ucraniano, turco-azerbeidján, turco del Asia central, georgiano, están representados en las cárceles y en los campos de concentración en mayor proporción que los núcleos anteriores. Más instintivos, menos organizados, son susceptibles de formar cuadros de la contrarrevolución, de buscar la colaboración del invasor, considerado como el destructor del centralismo moscovita, de realizar en nombre del "espíritu nacional" políticas inspiradas en el nazifascismo.

Finalmente, si las amnistías abriesen las puertas de Rusia a los emigrados contrarevolucionarios de 1917-1919, varios millares de hombres que han vivido existencias aventureras en los dos hemisferios, conocedores de las lenguas, de las ideas y de las técnicas de occidente y de Asia, conservando en el fondo de su corazón los rencores de la guerra civil, desconociendo la realidad actual de la URSS y sintiéndose ciegamente antisocialistas, podrían provocar con la ayuda de elementos reclutados entre los burócratas y los tecnócratas del stalinismo y de la juventud campesina movimientos orientados hacia una colaboración con el nazismo, sea a base de un Estado autoritario, jerárquico, belicoso y antisocialista, o a base de la economía dirigida, es decir de un Estado de tipo nazi. Afortunadamente la vuelta

de estos emigrados se hace difícil por la falta de medios de comunicación.

El resurgir interior sólo puede producirse por reacción natural en contra del totalitarismo. Hay una sed inmensa de libertad; el hombre reclama —incluso en silencio, incluso sin darse cuenta— un trato mejor, una mejor posibilidad de vivir, de trabajar, una dignidad más real. Los problemas de la propiedad no se plantean ya, salvo en la agricultura. No es cuestión de "desnacionalizar" las industrias, las minas, los transportes, sino de una nueva orientación de la propiedad socializada, de nuevos métodos políticos. Desconocemos hasta qué punto las palabras **socialismo** y **comunismo** conservan un contenido vivo y hasta qué punto el despotismo burocrático las ha deshonrado, las ha vaciado de contenido, las ha convertido en odiosas. Desconocemos la reacción que contra el marxismo haya podido producir la sosería repugnante del marxismo oficial. Estimamos que los ideales de la revolución rusa se conservan puros e incólumes en el seno de la juventud inquieta y que, a pesar de los partidos, a pesar de las persecuciones y de la campana pneumática dentro de la cual ha tenido que desarrollarse, esta juventud continúa pletórica de posibilidades. En ella depositamos nuestra confianza. La población de las ciudades y de los campos aspira, en su inmensa mayoría, a una democracia en el trabajo con autogobierno y libertad de pensar.

La enseñanza oficial se ha inspirado mucho más en el dogmatismo y en la intolerancia religiosa que en el espíritu crítico del marxsimo. El pensamiento de Marx, alimentado de libertad científica, conduce a una constante y libre investigación, a una renovación continua y a una sumisión desinteresada a la verdad. Excluye lo mismo al doctrinarismo infecundo que al confusionismo debilitante. Es ardiente,

vivo, dialéctico, es decir, libre en su esfuerzo aunque no en sus conclusiones, ya qe no depende de nosotros el escoger el resultado de la investigación . . . Las vulgares caricaturas del marxismo, impuesto mecánicamente en las escuelas y en las universidades de la URSS, no pueden ni anular completamente la influencia de las grandes obras originales ni impedir, al margen de los libros, la formación de otra educación más importante. Lo bueno del mecanismo de la sociedad soviética es que funciona al desnudo. Las relaciones entre la economía, la política, las costumbres, salta espontáneamente a la vista. Todo el mundo sabe que si la cosecha es mala, se agravará la campaña antirreligiosa porque el Gobierno, para limitar el consumo de harina, de mantequilla y de azúcar, se opondrá a la celebración de fiestas religiosas. Si el Comité Central de las Juventudes Comunistas prohibe el baile es, en realidad, porque este año la ejecución del plan de producción está comprometido por las privaciones y se impone la creación de un clima de austeridad. El joven obrero de veinte años sabe interpretar perfectamente las cifras de control del plan, publicadas por los periódicos, y adivina, aproximadamente incluso, el coeficiente de mentira oficial. El joven campesino adivina inmediatamente el sentido oculto de cualquier nuevo decreto sobre la administración de los koljoses. Ambos comprenden que cuando se bombardea Barcelona, es la guerra que se acerca a sus fronteras. En muchos aspectos su educación social es muy superior a la del francés medio que no leía otro periódico que **l'Auto.** Atribuyendo más importancia a las realidades que a las palabras, consideramos que a pesar de sus dificultades en el manejo de las ideas, a pesar de los clichés simplistas con los que se ha intentado llenar su cerebro, la joven generación soviética entra en la batalla para el futuro armada de un espíritu

realista y de un nuevo sentido de la organización social.

Estamos convencidos de que la guerra está muy lejos de crear condiciones favorables para el nacimiento de una democracia obrera. Pero la guerra de los Estados totalitarios, que lleva en sí el fracaso inhumano de los viejos sistemas, no permite al pueblo ruso otra solución. O sucumbirá bajo el peso de su propio despotismo burocrático y bajo el choque de las divisiones **Panzer**, o encontrará en sí mismo las condiciones de su salvación, dando por segunda vez a Europa la señal de su despertar . . . Los partos de las nuevas sociedades tienen siempre lugar en medio de los dolores y de la sangre.

CAPITULO XXXI

EXTREMO ORIENTE

La amplitud y la complejidad de los problemas del Asia rusa y del Extremo Oriente son tales que sólo nos es posible inventariarlos en este rápido estudio. No obstante, la suerte del pueblo ruso, de la Unión Soviética, es en Europa donde se decide, aun cuando se trate de la Eurasia.

A partir de la revolución de 1917-20, la penetración rusa ha continuado, bajo nuevas formas, en el Asia central, siguiendo los pasos de la vieja expansión imperialista: la URSS renuncia a la colonización del Irán, iniciada por el antiguo régimen, para evitar probablemente un largo y peligroso conflicto con la Gran Bretaña. La influencia soviética sigue las vías comerciales y se dirige hacia el Turkestán chino o Sinkiang, desprendido de China en 1934-35, bajo diversas presiones extranjeras. El norte, la región de Urumtchi, que confina con la Siberia y con la Mongolia exterior sovietizada, se dió un Gobierno rusófilo y recibió instructores militares, aviones y camiones soviéticos. El sur, o Kashgaria, lindante con el Pamir y el Himalaya, es decir, con la URSS y con la India inglesa, con fronteras

casi infranqueables, se dió un Gobierno más bien anglófilo (hubo una época en que los generales musulmanes del Sinkiang meridional combatían con fusiles japoneses). El antiguo "camino de la seda" atraviesa Sinkiang por el valle del Tarim, uniendo el Turkestán a la China interior. Tiene, indiscutiblemente, un magnífico futuro.

Más al norte, al otro lado de las montañas que constituyen para Siberia una frontera natural, se extiende la vasta Mongolia exterior, que forma aún parte de China según los tratados, aunque ha venido siendo sovietizada desde 1920. La República popular de Mongolia está gobernada por un partido "popular revolucionario", que ha seguido en su política interior la misma evolución y las mismas depuraciones que el partido comunista ruso. Ha creado un ejército que, ayudado por fuerzas rusas, se ha medido con éxito con las fuerzas japonesas en los confines del lago Buir-nor. Los nipones acabaron por abandonar la empresa (1937-38) cuando Stalin declaró que la URSS, aliada de la República de Mongolia, estaba decidida a prestarle una ayuda sin límites, es decir, a ir a la guerra si a ello se la obligaba. Tres veces más grande que Francia Mongolia posee unos 800,000 habitantes, nómadas la mayor parte. Es un país de estepas montañosas, aptas para la cría de ganado, comprendiendo además el desierto de Gobi. La política soviética ha sabido respetar, durante muchos años, los monasterios budistas y el régimen feudal. Por Mongolia pasan las carreteras, mejor dicho las pistas de caravanas, que unen la Siberia central, Irkoutsk, con la China interior. Si los japoneses hubiesen conseguido apoderarse de estas pistas, hubieran cortado una de las vías naturales de comunicación entre China y la URSS, colocándose, al mismo tiempo, en condiciones de atacar al transiberiano por el sur del lago Baikal, cerca

de Ulán-Udé, y apoyándose en Ulán-Bator como excelente base de operaciones. Con ello hubieran amenazado toda la Siberia oriental y el Extremo Oriente. Amenaza tan seria que los rusos se vieron obligados a construir rápidamente, y con gastos extraordinarios, una nueva línea férrea al norte del lago Baikal, más allá de las montañas y doblando así, en este tramo, la línea del transiberiano.

En la misma China, y a través de las más singulares vicisitudes, la influencia soviética no ha dejado de ir en aumento. Preponderante en el transcurso de la revolución china, en 1927-28, gracias al empuje formidable de las masas, ha sufrido después sangrientos reveses, sin acabar de perder nunca su influjo. Los comunistas chinos, dirigidos por Stalin, participaron con el Kuomintang, en el seno del cual poseían su propia organización, en el Gobierno de Wou-Han. Colocados fuera de la ley y destrozados en Shanghai por Tchang-Kai-Shek, conquistaron territorios, formaron ejércitos, organizaron cooperativas y crearon en las zonas sovietizadas una legislación calcada servilmente de la de Moscú, incluso en la invención y en la persecución del trotskismo. El ejército comunista de Mao-Tsé-Dzioun, obedeciendo órdenes de Stalin, abandonaba en 1935-36 los territorios de la China oriental, los más poblados, y se batía en retirada hacia el interior, camino de Tcheng-Dou, en la retaguardia de Tchoungking, sobre las pistas del Asia central... Conservando sus fuerzas vivas, acabó por obligar a Tchang-Kai-Shek a tratar con él, después de sus fracasadas "campañas de exterminio", y es la URSS, son los comunistas chinos dependientes de Moscú, los que dan el impulso decisivo a la resistencia china frente a la invasión japonesa. Puede afirmarse que esta guerra ha sido deseada y preparada por Moscú, que ha sido la influencia rusa la que, no retrocediendo ni ante el complot y la detención

de Tchank-Kai-Thek, venido en visita a un Estado Mayor militar, puso fin a los titubeos del Kuomingtang, indecisos ante una guerra larga, difícil, ruinosa y dolorosa, pero guerra de liberación nacional a fin de cuentas. Para Stalin constituía un inmenso éxito estratégico, ya que fijaba las fuerzas japonesas y desembarazaba Vladivostok. Los conflictos entre los comunistas chinos y el Kuomingtang no han desaparecido jamás, pero tampoco ha desaparecido la ayuda rusa, y la popularidad de la URSS no ha dejado de crecer. Antes ya de la agresión nazi contra Rusia, la URSS, la Gran Bretaña y los Estados Unidos actuaban en China, prácticamente, como aliados. Pero la insuficiencia de medios de comunicación hacía que la ayuda rusa al Gobierno de Tchoungking resultase extraordinariamente insuficiente.

Rusia tenía en Manchuria intereses considerables. Era co-propietaria, con el Gobierno chino, del ferrocarril de la China oriental, Manchuria-Kharbin-Vladivostok, construído no ha mucho con capitales en su mayoría franceses. En 1935, después de la invasión de los japoneses y de la formación del Manchukuo, es decir, de un imperio vasallo del nipón, Stalin, al no poder defender los derechos de la URSS sobre esta línea, prefirió vender la parte que le correspondía. El Extremo Oriente soviético, comprendiendo la región del río Amour y el país del Usuri, con Vladivostok, fué convertida en zona fortificada, provista de industrias de guerra, de depósitos y de bases de abastecimiento lo suficientemente fuertes para sostener, por sí sola, una larga guerra. Todo lo que se refiere a los efectivos rusos allí estacionados, a los recursos industriales y a las posibilidades de abastecimiento es, naturalmente, mantenido en el mayor de los secretos. Se sabe solamente que el "Ejército especial de la Bandera Roja del Extremo

Oriente" fué, durante años, objeto de cuidados extraordinarios por parte del Gobierno de Moscú. El hombre de guerra más considerado en la URSS, Blucher, fué su jefe y su organizador. Blucher, que había dado pruebas de su talento en diversos campos de batalla y que vivía rodeado de una aureola de leyenda popular, desapareció, seguramente fusilado, en 1938. (La burocracia sabía que, seis años antes, había desaprobado la colectivización forzosa). Stern, su sucesor, obtuvo en el transcurso del mismo año, la victoria de Tchank-Kou-Feng, cuando los japoneses intentaron apoderarse de una posición que dominaba la bahía de Possiet, no lejos de Vladivostok. Stern desapareció, a su vez, a la mañana siguiente de este éxito. Fué reemplazado por Fenko, pero Fenko desapareció también... La región fortificada de Vladivostok continuó, sin embargo, multiplicando sus casamatas de cemento, su artillería, sus aeródromos y sus submarinos. El número de submarinos, todos de reciente construcción, que guardan las aguas del Pacífico ruso, pasan de los cincuenta y se acercan al centenar. Una aviación de primera línea podría bombardear cualquier ciudad del Japón. El asunto es serio. Por otra parte, la Siberia oriental es, por razones de clima, impropia a la colonización japonesa. Durante la guerra civil, en 1918-19, los japoneses desembarcaron en Vladivostok. El terror impuesto durante su ocupación no ha sido todavía olvidado, como tampoco la muerte atroz de Lazo. Diezmados por los guerrilleros rojos, odiados por toda la población, desmoralizados por los fríos y temiendo futuras complicaciones internacionales, acabaron por reembarcarse y abandonar el país.

La debilidad del Extremo Oriente soviético está en su dificultad de abastecerse de carburante. En la parte rusa de la isla de Sajalín existen pozos de petróleo que produ-

jeron, en 1940, unos 4 millones de barriles americanos, y en Jabarovsk existe la única refinería que funciona en la región. En caso de conflicto, los pozos de la isla Sajalín podrían ser fácilmente ocupados —o destruídos— por los japoneses. Hasta la fecha, el Extremo Oriente soviético recibía su petróleo de los Estados Unidos y del Cáucaso. Cierto que el Japón se encontraría, en caso de guerra, con dificultades superiores al Ejército Rojo en lo que al abastecimiento de carburante se refiere.

Estas observaciones elementales vienen a demostrar que un ataque japonés contra Vladivostok sería, además de difícil, costoso y no exento de peligros. Sería más fácil en el caso de que Stalin se viera obligado a trasladar a Europa parte de las tropas especiales del Extremo Oriente. Y casi probable en el caso de que la potencia soviética se viera desarticulada en su conjunto. Finalmente, caso de que los nazis consiguieran dominar el transiberiano —cuya conquista no se presta, desde luego, a una guerra relámpago— estamos casi convencidos de que los japoneses intentarían, costase lo que costase, ser los primeros en establecerse en Vladivostok. Saben que la URSS no constituye ninguna amenaza para ellos; que sus fortificaciones son más bien defensivas y que goza, además, de una gran influencia en el seno de las propias masas populares del Japón. Y por si ello no fuera bastante, los observadores imparciales aseguran que la guerra de China ha significado un desgaste considerable, que todo el régimen vive sobre una economía empobrecida y que únicamente la casta militar es la que conserva un espíritu belicoso... Es por todas estas razones que nos inclinamos a creer que la posición de Vladivostok constituye, de momento, una verdadera plaza fuerte.

CAPITULO XXXII

DESTINO DEL COMINTERN

En 1919, en el corazón de la Comuna rusa sitiada y a la que sus enemigos creían agonizante, Lenin fundaba la III Internacional, que debía asegurar a la revolución rusa el sostén de los partidos obreros más enérgicos y a la revolución europea ascendente, puntos de apoyo y de organización. Veinte años más tarde, en 1938-39, la mayoría de los fundadores de la Internacional Comunista estaban fusilados o encarcelados —así Zinoviev, Bujarin, Preobrajenski, Radek, Riazanov . . .— Stalin hacía aprobar por el Ejecutivo del Comintern la disolución del Partido Comunista polaco, denunciando como "traidores y agentes provocadores" a los militantes que pudiesen intentar, en el futuro, la reconstrucción del mismo. Al correr de los años, los Congresos de la III Internacional, cada vez más espaciados, se convirtieron en asambleas ocasionales de funcionarios. Y el Comintern, en su conjunto, se convirtió en agencias de propaganda, de información y de penetración oculta de la burocracia staliniana en el extranjero. Los obreros y los intelectuales que creían de buena fe en su

eficacia, eran sistemáticamente engañados, no viendo en ellos otra cosa que instrumentos pasivos, rechazándolos a la primera demostración de pensamiento crítico o sacrificándolos, si tal era el interés del Gobierno de Moscú ... Un año después de la disolución del Partido Comunista Polaco, el pacto de Moscú entregaba al nazismo, para su total exterminio, a toda la clase obrera de Polonia, a todos los obreros judíos de Lodz, de Varsovia, de Lublin, que durante tantos años habían puesto en la URSS sus esperanzas. El mismo pacto entregaba los comunistas franceses a la persecución, en actitud de traidores a su país en tiempos de guerra, odiosamente ridiculizados por añadidura. Cuando la ocupación de Lituania y de la parte oriental de Polonia por el Ejército Rojo, la población de estos "países redimidos" fué deportada por millares a la Siberia, los trabajadores socialistas y comunistas incluídos, junto con sus mujeres y sus hijos ... ¿Y ante qué extraña situación colocó el pacto de Moscú a los comunistas alemanes? Y, ¿cuán grande no fué el papel del Partido Comunista Español en la disgregación moral de la República, durante la guerra civil? A pesar de lo cual, el Comintern de Stalin, sombra trágicamente caricaturizada del Comintern de Lenin, conserva, en el momento de escribir estas líneas una enorme influencia todavía. Vive de una leyenda —la leyenda dorada de la revolución proletaria—, del resplandor del poderío soviético y de los fondos secretos.

La guerra alivia a sus militantes de la pesadilla de la colaboración con el nazismo. La guerra, convirtiendo la URSS en una aliada de hecho de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, proporciona a los comunistas, reconvertidos por orden superior a la "defensa de la democracia", una vasta audiencia y una tribuna. Los fondos se-

viéticos pueden ser descongelados. Pero la invasión abre una terrible crisis en todo el régimen, crisis latente que puede acentuarse en el curso de unas semanas. Ya en la actualidad, los agentes secretos que tienen en sus manos los fondos secretos de la organización y de la propaganda, viendo en peligro la renovación de los mismos, reducirán los gastos..., La crisis financiera coincidirá con su crisis psicológica. Cosa grave para organizaciones sostenidas por un "aparato" de funcionarios retribuídos y por una influencia que se sostiene sobre una red de empresas subvencionadas: librerías, periódicos, núcleos culturales... No es imposible que durante el período de lucha que deberá preceder forzosamente en Rusia al resurgir soviético, el Comintern sea llamado a desplegar una actividad particularmente grande. Pero ello se reduciría a un crepúsculo rojo con trazos de sangre.

La victoria del nazismo sobre la URSS no arrastraría forzosamente, la derrota del comunismo en el mundo. Falto de sus apoyos materiales, libre de agentes secretos que lo dirijan y desmoralicen, el movimiento comunista ganaría en fuerza y en sinceridad lo que perdería en medios económicos. Dividiéndose y renovándose podría seguir viviendo del mito histórico. El despetar de la revolución rusa le haría perder, en cambio, su base material y su base ideológica. Sería, indudablemente, la liquidación del Comintern, el saneamiento profundo de todo el movimiento obrero socialista, una nueva unidad y un nuevo punto de partida...

CAPITULO XXXIII

EL MAÑANA DE EUROPA...

Es la decisión de la guerra mundial lo que el Imperio nazi ha ido a buscar a Rusia, la decisión que no cree poder encontrar en ninguna parte y que no cree poder diferir. En esta batalla mundial de motores y de turbinas debe triunfar, a la larga, la industria más potente y esta no es, precisamente, la alemana. Alemania es la fábrica más fuerte de la Europa continental y es por esto que ha vencido en la Europa continental. Actualmente se enfrenta con las fábricas americanas, que son las más poderosas del mundo, y se vuelca sobre la joven fábrica soviética, todavía inacabada, todavía en formación, pero cuya capacidad de lucha tendrá que ser tenida en cuenta. Los países ricos, que repudian la lucha porque se sienten conservadores y satisfechos, se ven obligados a renunciar a todo compromiso posible al sentirse amenazados en todo lo que tienen y en todo lo que son.

Intentaremos esbozar los resultados que parecen, hoy por hoy, posibles:

1) Victoria parcial del Imperio nazi. Una Rusia dismi-

nuída acepta sus condiciones. Hitler propone a Inglaterra y a los Estados Unidos una paz de transacción contra el bolchevismo, es decir, en detrimento de la URSS desmembrada: Nuevo estatuto de Europa bajo la hegemonía alemana, desarme, restablecimiento de los intercambios internacionales —dirigidos del lado nazi por un monopolio del comercio exterior—, colaboración en la reconstrucción y en la explotación de las colonias. "Munich 1941", escribe el **Times.** Supongamos aceptadas estas condiciones. Júbilo universal de los reaccionarios, alivio —sobre todo— en los pueblos del Continente, breve restablecimiento de los negocios con Europa, seguido de una profunda depresión económica general. Las fábricas de Europa se ponen nuevamente en marcha bajo el control de la burocracia guerrera que ha conseguido el triunfo. En el interior, régimen de trabajo impuesto por la fuerza, paro forzozo, represión hasta el infinito, miseria intelectual, fermentación subterránea de los explosivos . . . Al este, necesidad de impedir, con la prolongación del estado de guerra, el resurgir de Rusia. Al oeste, ¿qué relaciones económicas son posibles con los pueblos de América y con el Imperio Británico? ¿Libre cambio? Imposible, sin plantear previamente el problema del oro. El trabajo europeo, pagado a vil precio, se impondría al trabajo americano y británico en todos los mercados del mundo. ¿Intercambios dirigidos, trueque y barreras aduaneras? ¿Puertas continentales abiertas y cerradas alternativamente? A menos de ser transformada por una revolución interior, que la victoria militar hace imposible, el Imperio nazi instituiría una autarquía europea y prepararía la guerra de los continentes para la conquista económica de la América del Sur, de Africa, de las Indias . . . Ofreciendo una paz de transacción y para obtener la entrada de Turquía y del Irán en su propio sistema, el Imperio nazi

podría ofrecer a estos países la constitución, en el Asia central de un Estado musulmán sometido a su influencia, lo que le abriría las puertas de futuras acciones en el Asia central y en los mares del Oriente ...

2) Victoria total del Imperio nazi. Hundimiento de la resistencia rusa, dislocación rápida del organismo soviético, victoria en el Cáucaso, absorción de Turquía y del Irán, invasión de España ... El Imperio nazi se extiende desde Marruecos hasta el Océano Pacífico, desde el Cabo Norte hasta el Golfo Pérsico y las fronteras de la India ... Se convierte en el centro de una experiencia social infinitamente dolorosa y peligrosa. Ochenta millones de alemanes la mitad de los cuales están llenos de dudas, hostiles al régimen, mantenidos a la fuerza por severas disciplinas, tiene la misión de encuadrar, vigilar, hacer trabajar y dirigir a más de trescientos cincuenta millones de europeos y asiáticos, a los que no pueden dar, por lo menos inmediatamente, ni bienestar ni libertad. Los países conquistados están empobrecidos, arruinados; incluso sus riquezas naturales reclaman, para poder ser aprovechadas, cuantiosas inversiones de trabajo y de capital ... La explotación del trabajo por el Estado totalitario va acompañada por la opresión nacional y racial. Los explosivos sociales fermentan por todas partes ... Podrán ser firmados tratados de paz; lo cierto es que no existirá la paz en ninguna parte. El "orden" podrá reinar, sin duda, en el interior, lo cierto es que no habrá, ni orden, ni consentimiento, ni equilibrio, ni apaciguamiento ... El hemisferio occidental continuará sus armamentos y operaciones defensivas. En ambas Américas, se vean o no arrastradas a una guerra del Pacífico, los partidos totalitarios, alentados por los agentes y por el ejemplo del viejo mundo, marcharían hacia el poder. La

humanidad entraría en su conjunto en una fase de guerras permanentes.

3) Derrota del Imperio nazi. La relación de fuerzas ha empezado a serle desfavorable, bajo todos los puntos de vista, desde que los Estados Unidos se han alineado, de hecho, al lado de la Gran Bretaña, y que ha iniciado la invasión de la URSS. Población, capacidad industrial, recursos naturales, efectivos armados, su inferioridad es patente al compararle con la coalición que tiene enfrente. Las fábricas del Canadá y de los Estados Unidos están fuera del alcance de sus aviones. Las rutas marítimas del globo están a la disposición de sus enemigos. El esfuerzo americano puesto en marcha deberá hacerle perder, en un porvenir inmediato, si no lo ha hecho ya, su supremacía aérea. ¿Espera, quizá, sacar partido de la industria rusa? Ello no será posible hasta dentro de mucho tiempo. Mientras lleva a término difíciles operaciones en el corazón de Rusia, la aviación británica bombardea sistemáticamente los centros industriales de Alemania. Un ejército se prepara, posiblemente, para desembarcar en el continente—en Francia o en España—con divisiones acorazadas en nada inferiores a las de von Brauchitsch, von List, von Keitel. El invierno ruso bloqueará al invasor en terreno conquistado, en ciudades destruídas o lanzadas a una miseria espantosa, sin pan ni combustible, cercadas de regiones enemigas. Cinco meses serán suficientes al frío ruso para terminar con la resistencia del Gran Ejército nazi y de sus aliados, los rumanos, los húngaros, los españoles y los italianos, sujetos a una prueba que no debe ser subestimada. Además, el resurgir interior de la URSS, inmediatamente de producirse, dará al pueblo ruso una enorme ventaja moral y social. En cambio, las contradicciones del

sistema nazi se acentuarán cada vez más. ¿Es que puede ser exigido indefinidamente a un pueblo, traído como el alemán y dividido en su fuero interno, un esfuerzo semejante al que viene realizando en los talleres y en los campos de batalla? Las victorias fáciles se han terminado en Rusia, como se han terminado las matanzas unilaterales al estilo de Rotterdam: los muertos devuelven también los golpes. Terminadas las conquistas que traen consigo ricos botines, se entra en la miseria más espantosa. Terminada la idea de luchar contra las potencias injustas y repletas de riquezas. Terminada la esperanza de una paz próxima, ya que no hay manera de saber cuándo ni dónde se va a terminar la lucha. Tantas y tantas contradicciones materiales y morales.

La derrota del Imperio nazi no puede ser más que el punto de partida de una profunda revolución europea. El Imperio musoliniano, en pasta de cartón, se sostiene gracias a la fuerza del Imperio nazi. La dictadura de Franco, en una España hambrienta y llena de fantasmas de fusilados, también. Y lo mismo la Francia vacilante de Vichy. En todos los países ocupados se preparan explosiones de furor nacional, implacables liquidaciones de cuentas, saludables y necesarias. Una Europa infortunada, carente de pan, de ropas, de jabón, de abrigos, de hombres instruídos y clarividentes, de ideas puras, surgirá repentinamente de la pesadilla actual, con masas saturadas de desesperación, ilusionadas por la esperanza de un renacer, conducidas por jóvenes implacables, paracaidistas nazis de ayer, martirizados de los campos de concentración, desertores de la divisiones **panzer**, militantes obligados a reinventar las ideas y los programas. Una Europa que se encuentra una economía dirigida casi completamente articulada y en la que las luchas sociales no se desarrollan ya en el viejo terreno del capital

y el trabajo, sino en una especie de colectivismo general. Ninguna vuelta nos parece posible a la democracia vacilante del tiempo de los acuerdos de Munich y de la no-intervención en España; ninguna reconstrucción de las viejas fronteras. Vemos el renacer de nuevas democracias, duras con sus enemigos, libertarias y autoritarias a la vez, a las que corresponde terminar las grandes medidas de nacionalización de las industrias claves, el plan y la dirección del conjunto de la producción en beneficio de las grandes masas, el racionamiento en la primera fase de la reorganización social, un igualitarismo enérgico sin nivelamientos absurdos, una vuelta completa a la libertad intelectual, una obstinada defensa del hombre...... Si el stalinismo consigue sostenerse hasta este momento, constituiría un grave peligro para la nueva Europa, ya que seguiría pervirtiéndolo todo; en cambio, si el resurgir interior de Rusia ha tenido ya lugar, nada podrá impedirle el integrarse con todas sus fuerzas a la Europa occidental y sus aportaciones serán enormes...... Se trata de construir una sociedad que trabaje no para el provecho individual y la concurrencia mundial, sino para asegurar el bienestar de todos sus miembros, con una economía administrada en beneficio de la colectividad europea por los verdaderos representantes de esta colectividad.

Para su reconstrucción, esta nueva Europa necesitaría del concurso económico y técnico de América. A través de una infinidad de relaciones heriría las ideas y los sentimientos de las clases dirigentes americanas; sería un error esperar de aquélla el respeto a las tradiciones y a las reglas de la democracia burguesa y de la propiedad capitalista... Las nuevas democracias, surgidas de la segunda guerra mundial, deberán aspirar a una refundición total de la sociedad en contra de los intereses, de los sistemas y de

los hombres que, por los caminos conocidos de la historia, desde el Tratado de Versalles, hasta la guerra civil española, han conducido al mundo a la situación en que se encuentra. Su derecho será el de ser rojas, muy rojas, o de inventar nuevos colores para sus banderas. Focos de guerra civil aparecerán sin duda alguna. El nazi-fascismo es tanto un factor de guerra imperialista como un factor de guerra social. Hundido el Imperio nazi, las clases sociales que han alimentado al nazismo y alentado su triunfo, no serán destruídas, aunque sí debilitadas y desacreditadas. Intentarán sobrevivir, apoyándose en el complot, en el sabotaje, en el llamamiento a los reaccionarios del extranjero, en el llamamiento a la intervención americana en nombre del viejo orden. Y las guerras civiles, caso de prolongarse, serían nefastas cualquiera que fuese su resultado. Acabarían por desorganizar la producción, agravarían la miseria general y, por los hábitos creados por él estado de sitio, la intolerancia y la violencia que en todos partes establecerían, podrían conducir, a través de la misma revolución, al establecimiento de dictaduras burocráticas (y, en caso de triunfo reaccionario, lo que parece difícil e improbable en la derrota de la reacción más poderosa que conoce la historia, los fascismos volverían a reconstruirse.......).

Al analizar todas estas posibilidades, el espíritu se siente encerrado en un círculo infernal. Y así es: es necesario que una sociedad desaparezca y es necesario que nazca otra nueva. Mientras el parto necesario no sea llevado a término, los hombres no tendrán punto de reposo... De las tres hipótesis formuladas, la única deseable nos parece la más probable: la derrota del imperio nazi. Diríamos que está condenado a muerte si no creyéramos necesario ponernos en guardia contra nuestra propia voluntad.

La mayor posibilidad para el nazismo de conseguir la victoria está en el mismo espíritu de sus adversarios burgueses, incluso de los que se consideran liberales. No hay antifascistas más consecuentes ni más irreconciliables que el movimiento obrero, y en ninguna parte ha sido llamado éste a dirigir el combate. Muy al contrario: el poder le ha sido rehusado y celosamente medido. No hay más que ver la actitud de los Gobiernos aliados y la mayor parte de los Gobiernos de las dos Américas hacia las emigraciones antifascistas, en todas partes perseguidas y entregadas en los países ocupados al exterminio, para sentirse dominado por una profunda aprensión. Estos hombres, de los que la Europa de mañana tendrá tanta necesidad, parecen querer ser entregados, deliberadamente, a sus peores enemigos. Toda la estrategia guerrera parece dominada, del lado de los aliados, por un verdadero miedo a la iniciativa. Su guerra continúa estrictamente a la defensiva, a merced de la iniciativa enemiga. Los Estados Unidos no han llegado todavía a este límite. Mientras Hitler iniciaba la conquista del inmenso continente ruso, un coronel americano trataba de demostrar que la ocupación de Dakar ofrecería enormes dificultades. Winston Churchill recuerda a los ingleses que el peligro de una invasión no ha sido todavía conjurado. Voces americanas autorizadas hablan de la ocupación de las Islas Canarias y de Cabo Verde, sólo en caso de una invasión de España. Ninguna victoria puede ser posible sin ir acompañada de una vigorosa iniciativa; pero, a través de estas manifestaciones, hijas más de un espíritu timorato que prudente, se distingue perfectamente la mentalidad de las clases dirigentes, conscientes de que, teniendo mucho que perder con la derrota nada tienen que ganar con la victoria. Muchos hombres, en el seno de estas clases, están trabajados por las inquietudes

del mañana e importa recordar que ni un solo hombre de Estado ha podido formular una opinión consiste sobre la nueva organización que los Aliados propondrían a Europa después de la victoria. Esta falta de grandes fines de guerra, políticos y sociales, constituye por sí misma, una debilidad inmensa. Priva a los Aliados de medios de propaganda. ¿Qué pueden decir al pueblo alemán? Nada; por eso se callan. Después de tres años de guerra, la propaganda inventa el signo de la "V", "símbolo de la victoria democrática". ¿Qué quiere decir, se preguntarán los hamburgueses al salir de las ruinas de sus casas? ¿La vuelta al régimen de Weimar, a las elecciones, al Reichstag, a los decretos leyes de "penitencia", a la inflación y a los magníficos negocios de los trusts y de los konzerns?

La mejor posibilidad de éxito del imperio nazi está en el espíritu burgués de los aliados. La mejor posibilidad para Europa está en el encadenamiento de las necesidades históricas, independientes de la inteligencia o de la ceguera de los Jefes de Estado, ninguno de los cuales sabe hoy lo que la suerte le deparará mañana. Por ejemplo, con un retraso de una época, los americanos inician la guerra con la política del **cash and carry**, es decir, que quieren vender a los británicos, pero a condición de pagar al contado y de transportar las mercancías con los propios barcos ingleses. ¡Cuánto camino no había sido recorrido en agosto de 1940! Winston Churchill, que no puede ser considerado hasta la fecha como un partidario de la abolición de las fronteras, proponía al Gobierno francés la fusión de los dos imperios. . .

CAPITULO XXXIV

TODOS ESTAMOS PROFUNDAMENTE COMPROMETIDOS

Julio de 1941 trae consigo, al mismo tiempo que la invasión de Rusia, tres series de operaciones militares abarcando todo el planeta. Alarmados por la derrota de Creta y demasiado tontamente engañados en el Irak, donde los agentes nazis han conseguido provocar una insurrección antibritánica, los anglo-franceses terminan la ocupación de Siria, débilmente defendida por las tropas del Gobierno de Vichy. Un cuerpo expedicionario desembarca en Islandia, para garantizar la seguridad del hemisferio occidental y las comunicaciones con Inglaterra. . . ¿Dónde están los límites del hemisferio occidental? Mucho se discute a pesar de no creer en ello. ¿Están en Islandia, en las Azores, en Dakar, en la desembocadura del Támesis, en las Filipinas, en Vladivostock? El hemisferio occidental carece de límites. Quizá mañana el "espacio vital" del imperio nazi de Europa se extienda hasta el Brasil. . . Los hemisferios no pueden vivir el uno sin el otro, como no pueden aislarse el uno del otro. El Atlántico nó divide hoy más al mundo moderno de lo que el Mediterráneo dividía ayer al mun-

do antiguo. Es el mar interior de una civilización única. Tercer acontecimiento capital: los japoneses ocupan la Indochina francesa bajo el pretexto de una protección y con el consentimiento del Gobierno de Vichy. La próxima gran guerra del Pacífico se acerca cada vez más al Océano Índico. Los japoneses se apoderan del arroz de la Indochina, al mismo tiempo que de las mejores bases navales y aéreas para el ataque de Singapur. Thailandia, con sus 14 millones de habitantes y su pequeño ejército de 30,000 hombres, entra en la esfera de influencia de Tokio y posee una larga frontera común con la Birmania británica. Por primera vez, la India corre el peligro de verse amenazada por el Este y por el Oeste. Si los nazis llegan por el Cáucaso al Irán o por la Rusia europea al Turquestán, los aviones totalitarios podrán alcanzar a la vez Lahore y Delhi.

La guerra continúa extendiéndose por todo el mundo porque es el resultado del desarrollo de una civilización industrial y comercial que abarca también al mundo entero. Surgida del colapso del capitalismo y de los errores del socialismo en Alemania, se ha convertido en una guerra por el reparto del mundo, una guerra de revolución y de contrarrevolución mundial. Ambos elementos opuestos se interfieren, porque el hombre sólo es capaz de someter la necesidad, obedeciéndola. La formidable máquina de guerra nazi surgió de las formaciones de camisas pardas, en el transcurso de las luchas sociales contra la democracia, es decir, contra la clase obrera y el socialismo, a los que la democracia prometía un porvenir. El poderío hitleriano se desarrolló con la complicidad de todas las burguesías conservadoras de Europa, que veían en él a la única fuerza capaz de mantener el viejo orden. También el fascismo italiano se había beneficiado de las mismas simpatías y de las mismas complicidades. En

Austria, en España, el nazismo venció con la ayuda de la reacción interior y de los conservadores de todos los países del exterior. Resultado análogo en Francia, donde las derechas, ganadas por Mussolini, aspiraban a destruir el régimen parlamentario. El sufragio universal traducía efectivamente, cada vez con más fuerza desde hacía veinte años, el renacer de la conciencia de las mayorías obreras y pequeñoburguesas, inclinadas a exigir una reorganización social, pero sin poderla imponer, ya que el voto era insuficiente y el poder real seguía en manos de las clases ricas. El poderío nazi se convirtió, finalmente, en el Imperio nazi, aplastando a los Estados débiles y no viables, en presencia de las mismas democracias occidentales, sin ningún deseo de ir a la guerra. Viejo contraste de los Imperios opulentos, que nada les queda para conquistar, temerosos de los trastornos sociales, y de los Estados bélicos, que sólo pueden vivir de la conquista y del saqueo de los países ricos.

La superioridad militar de los Estados totalitarios se desprende de la economía dirigida, instaurada por necesidad y no en beneficio, precisamente, de las clases poseedoras tradicionales, sin contornos y sin objetivos claros y precisos, sino en manos de una burocracia de técnicos y de advenedizos obligados a buscar soluciones inmediatas a los problemas planteados ante la colectividad nacional. El colectivismo, tan temido por los partidarios de la propiedad privada, es impuesto por la misma contrarrevolución, debido a que la producción ha alcanzado formas tan amplias, en realidad tan colectivas, tan ramificadas, tan exigentes en su técnica precisa, que ya no son más compatibles ni con la propiedad privada, ni con la libre concurrencia del pasado, ni con el "laisser faire" tradicional. Con justicia se ha dicho que el nazismo conducía al

"socialismo negro", al socialismo menos el espíritu socialista, menos el humanismo. Desde el punto de vista económico consigue un aparato de producción más eficiente y más dinámico. Pero, encerrado en un estrecho nacionalismo, reducido a la autarquía por la concurrencia de los demás Estados, habiendo renunciado desde un principio a encontrar la solución de los problemas de la producción en una transformación social en beneficio de las masas, no podía encontrar más salida que el superarmamento primero y la guerra después.

La guerra es, en lo que se refiere a los problemas económicos, la solución más antigua, más bárbara, menos inteligente. Se la ve retroceder a lo largo de la historia, a pesar de abarcar cada vez colectividades más amplias. Tribu contra tribu, reino contra reino, ciudad contra ciudad y, después, las grandes naciones, los grandes imperios, los continentes... La guerra presenta el balance de la experiencia de épocas anteriores y sus resultados son a menudo muy diferentes de los fines perseguidos. El Imperio nazi pretende organizar, en el Continente europeo, el "nuevo orden", que sería una especie de nueva esclavitud, ya que substituiría, en la política, el despotismo a los regímenes representativos, y en el trabajo, la imposición a la dominación anónima y estimulante del dinero. Con todo, viene a realizar una tarea revolucionaria colosal: destrucción de las fronteras interiores de Europa, ruina o transformación de los imperios coloniales, colaboración íntima, y quién sabe si mañana fusión, de los Estados Unidos y del Imperio Británico, acumulación en Alemania de los elementos de una profunda revolución...

Esta guerra podría muy bien ser una guerra de Secesión de Europa, llamada a realizar más tarde la unidad europea. Liquida muchas cosas antes de liquidar a los

miserables que la han desencadenado. Liquida el capitalismo europeo; obliga a los Estados Unidos a intervenir la producción y a controlar los beneficios de las empresas capitalistas; obliga a las grandes democracias burguesas, Inglaterra y Estados Unidos, a combatir en pro de la revolución europea; inculca a los pueblos el horror y la repulsa a los regímenes basados en la mentira, en la explotación y en la autoridad; pone frente a frente a dos Estados totalitarios, el nazi y el stalinista, con tal fuerza, que parecen condenados a destruirse mutuamente; enseña a millones de hombres el uso de la violencia y la necesidad de tomar en manos propias la defensa de su propia causa. Realiza una profunda revolución psicológica, de la que nadie podrá escapar.

El hombre medio, educado en una sociedad basada en el dinero, está dominado por un egoísmo hasta tal punto mediocre, que invoca y niega al mismo tiempo a la divinidad: ¡Cada uno para sí y Dios para todos! Y este hombre medio consulta diariamente el mapa preguntándose qué repercusiones van a tener los más lejanos acontecimientos sobre su vida personal. ¿Es que el ejército no va a llevarse mañana a sus hijos? ¿Es que su cuenta corriente no será bloqueada? ¿Su empresa controlada? ¿Su comercio arruinado? Dichosos aún los que no esperan la comunicación: "muerto en el campo del honor", o no duermen bajo el pánico de los bombardeos aéreos. Pero también estos privilegiados sienten la angustia del terror futuro. El norteamericano se siente amenazado incluso en Alaska; la frontera del Perú y del Ecuador arde repentinamente; las islas del Cabo Verde esperan la llegada de las escuadras... Los viejos caparazones de los patriotismos locales estallan por todas partes. Las colectividades nacionales, por ciegas e indiferentes que quieran presen-

tarse, son irremisiblemente arrastradas y amenazadas con ser absorbidas en inmensos conjuntos. ¡Ningún aislamiento resulta posible! Ni Thailandia, ni Islandia, ni Bolivia, ni Turquía pueden quedar al margen. El hombre medio preferiría ser un simple ciudadano de su pueblo, de sus negocios, de su Estado estable y confortable. Pero la catástrofe lo arrastra. La catástrofe lo convierte, en contra de su voluntad, en un ciudadano del mundo.

Acabará por comprender y por participar conscientemente en la marcha de la historia, colaborando con el aporte de sus fuerzas... ¿Sentía, quizá, placer hablando con los universitarios de la mística, de las ideas, de los bienes de la cultura, condenando al mismo tiempo las doctrinas subversivas que reducen las grandes líneas de la historia a los problemas económicos y a las luchas sociales? La estrategia del petróleo y los resultados de la mejor fabricación en Alemania o en los Estados Unidos, de aceros de alta calidad, lo familiarizan con cierto materialismo histórico. ¿Inquiere su conciencia o la de los testigos? Un escritor francés, Georges Bernanos, católico y reaccionario, pero testigo honrado al fin, le enseña que la guerra de España consistió esencialmente en "matar al pobre..."

Dos veces, en el transcurso de un cuarto de siglo, la más elevada civilización que haya edificado jamás la humanidad, ha llegado al borde del suicidio. Nadie puede negar que lleva en su seno demasiados gérmenes de muerte. Nadie puede negar tampoco que debe ser implacablemente estudiada y tratada, quizá, al rojo vivo. Los elementos de su renovación están, también, en su seno. Los sentimos en nosotros mismos. Todos estamos profundamente comprometidos y se trata de salvarlo todo.

FIN

Este libro fue donado a la Biblioteca Nacional de Chile por el parlamentario y escritor ALEJANDRO CHELÉN ROJAS

INDICE

Págs.

CAPITULO I. 11
Las Victorias tienen hambre
CAPITULO II. 18
Versalles y Weimar
CAPITULO III. 25
Antes Luddendorf.
CAPITULO IV. 31
Dos Fenómenos paralelos: Stalin. Hitler
CAPITULO VI. 41
La Marcha a la guerra
CAPITULO VII. 47
Guerra civil europea
CAPITULO VIII.
Juego de tramposos del que salen todos perdiendo 55
CAPITULO IX.
La "Guerra Absurda" 63
CAPITULO X.
Stalin gana la batalla del Báltico 69
CAPITULO XI.
El año de guerra de 1940 . . 73
CAPITULO XII.
El mediterráneo oriental; los Balcanes 79
CAPITULO XIII.
El callejón sin salida 85
CAPITULO XIV.
Fines de Conquista
CAPITULO XV. 89
Potencia industrial contra potencia agraria 95
CAPITULO XVI.
Los Errores 101

CAPITULO XVII.
El organizador de la derrota 105
CAPITULO XVIII.
Similitud de Regimenes 117
CAPITULO XIX.
Dinamita Opuesta 123
CAPITULO XX.
Stalin cogido en la trampa 133
CAPITULO XXI.
Potencia Militar de Rusia 139
CAPITULO XXII.
Condiciones de una guerra inhumana 145
CAPITULO XXIII.
Estrategia de conquista 153
CAPITULO XXIV.
Estrategia de la resistencia 159
CAPITULO XXV.
Cuarenta y tres días 165
CAPITULO XXVI.
Problemas del Cáucaso 171
CAPITULO XXVIII.
Problemas de Asia Central 177
CAPITULO XXVIII.
Condiciones políticas y sociales de la resistencia. 181
CAPITULO XXIX.
El resurgir interior 189
CAPITULO XXX.
El problema de los nuevos cuadros 193
CAPITULO XXXI.
Extremo Oriente 201
CAPITULO XXXII.
El Destino del Comintern 207
CAPITULO XXXIII.
El mañana de Europa 211
CAPITULO XXXIV.
Todos estamos profundamente comprometidos 221

FONDO GENERAL